



17 58946

S.P. 8453

C.O. 150289

16392



50000150289



Importadora n.º 185  
ESPASA-CALPE, S. A.  
Carretera de Irún, km. 12,200  
MADRID-20

D - 150289



MELCHOR DE SANTA CRUZ DE DUEÑAS / FLORESTA  
ESPAÑOLA



COLECCIÓN AUSTRAL





MELCHOR DE SANTA CRUZ DE DUEÑAS

R.16.392

# FLORESTA ESPAÑOLA



ESPASA - CALPE ARGENTINA, S. A.

*BUENOS AIRES - MÉXICO*

*Primera edición popular para la*  
**COLECCIÓN AUSTRAL**

*Queda hecho el depósito dispuesto por la ley N° 11723*

*Todas las características gráficas de esta colección han  
sido registradas en la oficina de Patentes y Marcas  
de la Nación.*

*Copyright by Cia. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.  
Buenos Aires, 1947*

**IMPRESO EN ARGENTINA  
PRINTED IN ARGENTINE**

*Acabado de imprimir el 27 de enero de 1947*

# ÍNDICE

## PRIMERA PARTE

<u>CAP.</u>	<u>PÁG.</u>	<u>CAP.</u>	<u>PÁG.</u>
I. De Sumos Pontífices....	9	IV. De Obispos.....	14
II. De Cardenales.....	9	V. De Clérigos.....	15
III. De Arzobispos.....	12	VI. De Frailes.....	17

## SEGUNDA PARTE

I. De Reyes.....	21	IV. De Aposentadores.....	44
II. De Caballeros.....	26	V. De Truhanes.....	45
III. De Capitanes y Soldados	40	VI. De Pajes.....	49

## TERCERA PARTE

I. De responder con la mis- ma palabra.....	53	IV. De dos significaciones..	59
II. De responder con la co- p'a antigua.....	56	V. De responder al nombre propio .....	60
III. De gracia doblada.....	58	VI. De enmiendas y declara- ciones de letras.....	62

## CUARTA PARTE

I. De Jueces.....	65	V. De hurtos.....	72
II. De Letrados.....	67	VI. De Ajusticiados.....	74
III. De Escribanos.....	69	VII. De Médicos y Cirujanos	76
IV. De Alguaciles.....	71	VIII. De Estudiantes.....	80

## QUINTA PARTE

I. De Vizcaínos.....	83	IV. De Labradores.....	90
II. De Mercaderes.....	87	V. De Pobres.....	93
III. De Oficiales.....	88	VI. De Moros.....	94

## SEXTA PARTE

CAP.	PÁG.	CAP.	PÁG.
I. De amores.....	96	V. De sobrescritos.....	106
II. De músicos.....	97	VI. De cortesía.....	108
III. De Locos.....	100	VII. De juego.....	109
IV. De casamientos.....	102	VIII. De mest.....	111

## SÉPTIMA PARTE

I. De dichos graciosos.....	118	V. De motejar de necio....	130
II. De apodos.....	123	VI. De motejar de bestia....	132
III. De motejar de linaje....	125	VII. De motejar de escaso... 134	
IV. De motejar de loco.....	129	VIII. De motejar de narices..	137

## OCTAVA PARTE

I. De Ciegos.....	139	V. De Flacos.....	145
II. De Chicos.....	141	VI. De Corcovados.....	146
III. De Largos.....	143	VII. De Cojos.....	147
IV. De Gordos.....	144		

## NOVENA PARTE

I. De burlas y dislates....	148	V. De retos y desafíos.....	157
II. De Fieros.....	152	VI. De apodos de algunos pueblos de España y otras naciones .....	158
III. De camino.....	152		
IV. De mar y agua.....	155		

## DÉCIMA PARTE

I. De dichos extravagantes	160
----------------------------	-----

## UNDÉCIMA PARTE

I. De dichos avisados de mujeres .....	167	III. De dichos a mujeres....	171
II. De dichos graciosos de mujeres .....	168	IV. De mujeres feas.....	175
		V. De viudas.....	177

## DUODÉCIMA PARTE

I. De niños.....	178	III. De enfermos.....	182
II. De viejos.....	180		

# P R I M E R A P A R T E

## CAPÍTULO PRIMERO

### DE SUMOS PONTÍFICES

En la mesa del papa Alejandro VI se disputaba un día si era provechoso que hubiese en la República médicos. La mayor parte tuvo que no, y alegaron en su razón que Roma estuvo seiscientos años sin ellos. Dijo el Papa que él no era de aquel parecer; antes era que los hubiese, porque al faltar ellos, crecería tanto la multitud de los hombres, que no cabrían en el mundo.

Un criado de un Sumo Pontífice, que era gran hablador y parlero, pedíale el arzobispado de Caller, que es en Cerdeña, que a la sazón había vacado. Respondióle: «¿Cómo quieres tu dignidad que la haga tan mentiroso, pues siendo de callar, tú nunca cesas de hablar?»

El papa Adriano VI deseaba echar al maestro Pasquín en el río Tíber, por quitar la ocasión de los que con libertad dicen todo lo que quieren en nombre de aquella estatua. Respondióle el duque de Sesa, que entonces era embajador, que no lo hiciese, porque se volvería rana; y si ahora cantaba de día, después cantaría de día y de noche.

## CAPÍTULO II

### DE CARDENALES

El cardenal don Fr. Francisco Jiménez, luego que fué arzobispo de Toledo, escribió, a un gran amigo que tenía, su buen suceso. Respondióle que por lo que tocaba a su señoría reverendísima le placía mucho de

la nueva dignidad; y por lo que era de su parte le pesaba, porque había perdido un gran amigo; dando a entender que la verdadera amistad ha de ser entre iguales.

Un escudero de Osma, en un pleito que tenía en la audiencia de Alcalá, quería recusar al vicario, por sospechoso; e importunaba mucho al cardenal don Fr. Francisco Jiménez, que le señalase otro juez, cual quisiese de Madrid o de Guadalajara. El cardenal se enojaba de aquello, y disimulaba con él, diciendo que su vicario lo haría bien. Tornando el escudero a insistir en su propósito al cardenal, respondió: «¿Quién puede haber en Madrid, o en Guadalajara, que determine ese negocio?» Replicó el escudero: «¿Hubo en Torrelaguna quien pudiese ser arzobispo de Toledo, y no habrá en Madrid, o en Guadalajara, quien pueda ser juez de un pleito?»

Cuando el conde de Pliego, el gordo, vino a hablar al susodicho cardenal, de parte del duque del Infantazgo, y del Condestable, y del conde de Benavente, etc., para saber con qué poderes gobernaba, sacóle a un antepecho de la casa, donde tenía la artillería, y mandóla cargar y pegar fuego, y díjole que los poderes que tenía eran aquéllos.

Siendo gobernador el susodicho cardenal, envióle el rey de Francia a pedir a Perpiñán: donde no, que pensaba de entrar por Navarra. Asíó entonces el cardenal de su cordón, y dijo: «Haga el rey de Francia lo que quisiere, que a tres cordonadas que dé con este cáñamo, le tomaré a toda Francia».

Él mismo, saliendo a ver un alarde que se hacía en Madrid, fuera de la puerta de Moros, hiciéronle salva los arcabuceros, cuando le vieron venir. Y como se levantó mucho humo, un caballero que iba cerca de él le dijo: «Apártese V. S. de este humo, que huele mal y es muy dañoso». Respondió que no le hacía al caso, y que mejor le olía que incienso.

El mismo cardenal jamás daba beneficio ninguno a quien se lo pedía. Vacó, acaso, uno en Val de Avellano, de donde era natural un criado suyo, el cual, sabida la vacante, llegóse a él, y dijo: «Señor reverendísimo, en mi tierra está un beneficio vaco, que me estaba muy bien, por ser mi natural; y sé también que V. S. no da nada a quien se lo demanda, ni tampoco se acuerda de quien le pide. Suplico a V. S. reverendísima me avise cómo yo pueda haber este beneficio». Respondió el cardenal: «Yo os lo daré; llamad al secretario, que os haga la colación». Y así se lo dió.

El cardenal don Pedro González de Mendoza, oyendo misa un día de Navidad en la santa iglesia de Toledo, ofreció un pontifical entero, con su aparador, que fué apreciado en ochenta mil ducados. Estuvo después de la ofrenda muy gran rato hincado de rodillas delante de la imagen de Nuestra Señora del Sagrario. Estaba acaso allí el marqués de Cenete, su hijo; y viendo que tardaba mucho, y no cesaban las lágrimas, llegóse a él, y díjole: «No llore V. S. Reverendísima, que yo le prometo de hacérselo volver.

Siendo el cardenal don Pedro González viejo de más de ochenta años, pidiéndole un criado suyo, de más de otros tantos, la alcaidía de Canales, que a la sazón estaba vaca, el cardenal respondió graciosamente, diciendo que le pesaba, porque venía tarde a pedirla, porque ya la había proveído; pero que la primera cosa que vacase le daría. Respondió el escudero: «Cuerpo de Dios, señor, ¿qué puede vacar primero que V. S. o yo?»

El mismo decía, por los clérigos, que el linaje, donde no había corona, que nunca medraba.

El cardenal don Alonso Manrique gastaba mucho, y debía mucho. Había en su iglesia un beneficiado: éste pocas veces comía en su casa, ni entraba en ella,

y con ser de esta condición, tenía un despensero. El cardenal le dijo: «¿Para qué queréis vos despensero, pues no le habéis menester?» Respondió: «V. S. tiene razón; porque en verdad, que a mi despensero, y a vuestro tesorero, por vagamundos los podían azotar».

El cardenal don Alonso Fonseca decía que no eran cuatro leguas las que había desde Alcalá a Guadalajara, sino cuatrocientas. Tanta es la diversidad del aire, gentes, costumbres y trajes.

A un clérigo pobre, que se llamaba Rabago, diciéndole el cardenal Siliceo: «Levantaos», porque estaba de rodillas, respondió: «¡Oh, qué buen levante de tierra, si viniese un poniente!»

### CAPÍTULO III DE ARZOBISPOS

El arzobispo don Alonso Carrillo tenía un criado, que no le servía de otra cosa, sino de asentar las necedades que se hacían en su casa. Había él dado, poco había <sup>(1)</sup>, a un alquimista buena cantidad de dineros, para ir por ciertos materiales y vasijas para el negocio. Desde algunos días hizo traer sobre mesa el libro en que escribían las necedades, para ver qué había de nuevo; do halló la que su señoría había hecho en dar a un hombre no conocido tanto dinero. El arzobispo dijo: «¿Y si viniere?» Respondió el cronista: «Entonces quitaremos a V. S. y pondremos a él».

Un contador de este arzobispo le dijo que era tan grande el gasto de su casa, que ningún término hallaba como se pudiese sustentar con la renta que tenía. Dijo el arzobispo: «¿Pues qué medio te parece que se tenga?» Respondió el contador: «Que despida vuestra serenidad aquellos de quien no tiene necesidad». Man-

(1) Hacía poco.



dóle el arzobispo que diese un memorial de los que le sobraban, y de los que se habían de quedar. El contador puso primero aquellos que le parecían a él que eran más necesarios, y en otra memoria los que no eran menester. El arzobispo tuvo manera como le diese el memorial delante de los más de sus criados, y leyéndole, dijo: «Éstos queden, que yo los he menester; esotros, ellos me han menester a mí».

Llegó una dueña pobre a suplicarle la ayudase para casar una hija. Respondiéndola graciosamente que le placía; y mandó al secretario que hiciese un libramiento en su tesoro; el cual hizo en blanco. Y tomando la pluma el arzobispo, puso en él doscientos mil maravedís por yerro, pensando que no ponía sino doce mil maravedís. La mujer se fué al tesorero con el libramiento; y luego que le hubo leído, se vino al arzobispo, y dijo que no tenía de qué pagar aquellos dineros que mandaba dar a aquella mujer. «¿Pues cómo», dijo el arzobispo, «doce mil maravedís que mando dar a esta mujer, te faltan? Por amor de mí los busques, y se los des». El tesorero dijo: «Mire V. S. que mandó dar doscientos mil maravedís. El arzobispo tomó el libramiento, y dijo: «Eso no lo escribí yo, sino Dios; por esto dáselos en todo caso». Y así se cumplió.

Pasando el arzobispo de Colonia por donde estaba arando un labrador, como iba armado, y con mucha gente, rióse mucho. El arzobispo le preguntó: «¿Por qué te ríes, labrador?» Dijo que de ver arzobispo armado. Replicó el arzobispo que él andaba así porque era duque y arzobispo. Respondióle el labrador: «Si este duque que dice V. S. fuese al infierno, ¿adónde iría el arzobispo?»

Al arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo, suplicó un escudero le socorriese con cien ducados, para casar una hija suya; y el arzobispo le rogó que se contentase con trescientos mil maravedís, que no le

podía de presente dar más por estar necesitado de dinero.

Diciéndole al arzobispo de Granada don fray Fernando de Talavera, por qué una dignidad tan alta se bajaba a cosas tan bajas, como ir a hospitales y a casas de pobres, respondió: «Si supieses qué cosa es ser obispo, no os maravillarías de lo que hago, sino de lo que dejo de hacer».

#### CAPÍTULO IV DE OBISPOS

Un obispo que iba de camino, dijo a un pastor, que guardaba ganado: «¿Cómo no son ahora los pastores tales como eran antiguamente, que merecían ser patriarcas, profetas, y que les anunciasen los ángeles el nacimiento del Hijo de Dios, y de pastores venían a ser reyes?» Respondió el pastor: «Tampoco son los obispos como solían, que cuando un obispo moría, se tñían las campanas de suyo, mas ahora, aun tirando de ellas con mucha fuerza, no se quieren tañer».

Curaba un médico a un obispo, y era el obispo gordo, y algo liviano. Saliendo de visitarle, preguntóle un caballero: «¿Cómo está el obispo?» Respondió el médico: «Tal estuviese mi mula».

El obispo don Pedro del Campo envió a fray Bernardino Palomo seis capones presentados. El mozo que los llevaba tomó uno de ellos: como los contó, dijo: «Decid a su señoría que le beso las manos por los cinco, y besádsela vos por el uno».

Posó un escudero en casa de un obispo deste reino, e hiciéronle la cama en un corredor, sin ponerle servicio ninguno de los necesarios. A la media noche, diéronle al escudero recias cámaras, que tuvo necesidad de levantarse cuatro o cinco veces; fué tan

grande la correnca, que le creció del frío, que hubo de henchir la cama. Y pareciéndole después que si el obispo lo sabía le sería gran afrenta, dijo a un criado del obispo, partiéndose de España: «Decid a su señoría, que pues no me mandó dar cama en cámara, que allí dejó cámara en cama».

A fray Ambrosio Montesino, gran predicador, diéronle a su vejez un obispado de anillo. Díjole un caballero, que había echado muy pobre contera en la espada.

Ayudando un criado de un obispo a ponerle un roquete, como se detuviese mucho en vestirle las mangas, díjole con enojo: «¿Por qué estás tanto en poner esas mangas?» Respondió: «Sepa V. S. que son muy estrechas». Dijo el obispo: «¿Sabes que van estrechas, que ha más de veinte años que he trabajado por ponérmelas, y hasta ahora no he podido?»

En una fiesta que se hizo en Guadalajara, en un disfraz salieron dos gentileshombres bien aderezados, en hábito de clérigos: enviando el obispo Campo a preguntar quiénes eran, respondieron: «Decid que dos arcedianos del obispado de Útica, de donde él era obispo».

## CAPÍTULO V

### DE CLÉRIGOS

Al maestreescuela de Toledo, fundador del colegio de Santa Catalina, vino uno a pedirle prestados cincuenta ducados. Mandó sacar un talegón de reales y dióselos. El que los pedía prestados tomólos de su mano, y echólos en un pañizuelo sin más contarlos. Viendo el maestreescuela que no los contaba, pidióle el pañizuelo con los dineros, y volviólos adonde los había sacado, diciendo: «Quien no los cuenta no los piensa pagar».

Leyendo Diego López de Ayala, canónigo de Toledo, un cartel de justa en casa del conde de Fuensalida, despabilando un paje mató la vela. Dijo el canónigo: «Alumbrad aquí, que esta carta no viene a maticandelas».

Dándole cuenta Cristóbal Alonso, clérigo, al dicho canónigo, del gasto de la despensa, decía en una partida: «De limpiar la caballeriza, y hacer la barba a su merced, tres reales».

Estando el canónigo en Flandes, en una carta que le escribió Cristóbal Alonso, respondiendo a un capítulo, en que le mandaba tuviese mucho cuidado de curar un macho de silla, que le había escrito que estaba muy malo, puso en un capítulo: «Señor, Juan Fernández vido al macho, dijo que tenía necesidad de ser sangrado, vea V. M. que manda se haga».

A un hidalgo de Toledo, que cada día andaba de partida para ir a las Indias, y nunca se partía, vió este canónigo un día con un gran penacho, y dijo a unos caballeros, que lo conocían: «No es posible que no salga ahora este virote, que bien emplumado está».

Un canónigo de Toledo, apodando en un banquete a muchas señoras, díjole una de ellas, que apodase a una doncella, que era hija del mismo canónigo. Respondió: «Señora, baste la plante, sin que la pode».

Una mujer enferma envió a llamar al cura de su parroquia para confesarse, y de que la hubo confeso, mandóle una gallina. Y en saliendo el cura de allí, pidióla a su criada y llevósela. Después se levantó la mujer de aquella dolencia, contó sus gallinas, y preguntando por la que faltaba, como le dijeren que la había llevado el cura, santiguóse, diciendo: «Válgame Dios, infinitas veces que se me perdió esta gallina, la di al diablo, y nunca la tomó; una vez que la prometí al cura, se la llevó».

Visitando un caballero a un canónigo de la santa iglesia de Toledo, por Pascua de Navidad, estaba el canónigo en una pieza, sin ninguna tapicería; preguntóle, que por qué en tiempo de tanto frío, tenía sus piezas tan desabrigadas. Respondió, señalando a dos hombres que estaban allí: «Más quiero vestir a éstos, que no a éstas».

A un clérigo, gran predicador, que andaba en la corte, codicioso de un obispado, bajando del púlpito, comedióse un señor a darle la mano. El se excusó, diciendo: «Para subir quiero que me la dé V. S., que para bajar no tengo necesidad».

Decía un caballero, que el escudero no engordaba sino de necio, y el clérigo no enflaquece sino de mal acondicionado.

Preguntando a un clérigo, que se llamaba Rabago, adónde era su posada, respondió: «Mi posada es como punto de sabuche, que la hago donde se me antoja».

Pasando un clérigo en Soria, junto a las casas de un caballero, que se dice Juan de Torres, un perro suyo arremetió a él y le rompió el manto. Otro día saliendo Juan de Torres de su casa, y el perro con él, acertó a pasar el clérigo, y dijo muy enojado: «Señor haced atar a este perro, o besadle en el rabo». Respondió Juan de Torres: «Pues me dais a escoger, quiérole atar».

## CAPÍTULO VI DE FRAILES

Acompañando a un arzobispo fray Dionisio, a pie, como andaba cojeando de la gota, decíale el camarero: «Ande vuesa reverencia, no haya miedo de caer». Respondió: «Por eso no caigo, porque he miedo; mas yo he miedo porque caigo».

Murmuraban de fray Dionisio, que aunque predicaba delicadamente, era prolijo. Descargóse en otro sermón, diciendo así: «Donosa cosa sería si los muchachos azotasen a su maestro, cuando no saben la lición. Si os lo digo una, decís que no lo entendéis. Si os lo digo dos, decís que soy prolijo; pues vez y media no se sufre».

Dábanle un obispado en las Indias. Respondió al secretario del emperador, que se lo propuso, así: «Sepa V. S. que el oficio de obispado es de muy gran trabajo para quien lo ha de servir como es obligado; y así, conociendo yo mi flaqueza de no le poder administrar como debo, creo que puesto en él, sería caminar al infierno: pues yendo por las Indias, paréceme gran rodeo».

Llegó fray Dionisio una noche a un lugar muy tarde, y no hallando posada, llevóle a posar a su casa un labrador que él conocía; y después de cenar, metiéndole en un palacio, a donde había de dormir, que estaba bien aderezado; y por encarecerle el servicio que le hacía, le dijo: «Señor, prometo a vuestra reverencia que en todo este lugar no hay otra colcha, sino ésta». Rogóle fray Dionisio que no se la echasen en la cama. Preguntando por qué, respondió: «Porque no habiendo más de esta, de necesidad se ha de emprestar a todos los enterramientos».

Yendo camino, llegó a una aldea, y la huéspedada por hacerle regalo, puso una gran delantera en la cama, que era bien alta. Preguntóle fray Dionisio qué era aquello. Respondió: «Señor, es delantera». Replicó el fraile: «No es sino escalera para que suban las pulgas».

Pusieron a fray Dionisio en la mesa una cola de carnero: no la quiso comer, diciendo que la cola era como trapo, con que está cobijado siempre el servicio.

Diciéndole a fray Dionisio, burlando, que habían hecho obispo a fray Bernardino Palomo, respondió: «El es donoso, y si ahora es obispo, donoso obispo será».

Estando enfermo fray Bernardino Palomo, fuéle a visitar un caballero. Preguntándole cómo estaba, respondió: «Siéntome tan fatigado, que creo que no me tengo de levantar de esta cama». Díjole el caballero: «Esfuércese vuestra reverencia, que yo espero en Dios, que ha de morir prelado». Respondió Palomo: «Otros morirán prelados, y yo pelado».

Decía fray Bernardino Palomo: «El vino tiene dos males: si le echáis agua, echáislo a perder; si no se la echáis, pierde a vos».

Decía el mismo que el comer se hizo para beber y hablar; y comiendo con grandes señores, el hablar es vergüenza, y el beber desvergüenza.

Fray Iñigo López decía muchas veces: «Aunque llueva mitras, no me caerá en la cabeza».

Convidó fray Bernardino Palomo a comer a fray Dionisio, y alabóle mucho, que lo había hecho como ilustre, y mandó salir al mozo fuera de la celda, y díjole que se decía dél que era hijo de un caballero, y que lo creía así. Respondió fray Bernardino Palomo: «Si lo dijistes por afrentarme, habéislo hecho mal; si para honrarme, ¿para qué se salió mi mozo?»

Proveyeron los reyes católicos el arzobispado de Toledo en fray Francisco Jiménez, y el obispado de Burgos en fray Pascual, y en fray Diego Daza el de Palencia. Preguntaron a unos: «¿Qué os ha parecido desta provisión?» Respondió: «Paréceme que jugaron los reyes al triunfo, y salió de frailes».

Un caballero dijo a un fraile, que se estaba visitando para decir misa, que la dijese de caza, por que fuese breve. El fraile, disimulando, estuvo mirando

el misal, volviendo muchas hojas; y dende a más de media hora, respondió: «En verdad, señor que no he hallado en todo el misal tal misa».

El mismo decía de otro fraile, que era muy elocuente y tenía gran memoria sin letras, que tenía rueda y huso, y no estambre.

Decía fray Tomás de Guzmán que el duque del Infantazgo don Diego de N. tenía orejas de dos cuentos, pues tanta costa tenía con la música de su capilla.

Caminando dos frailes, el uno dominico, y el otro de la orden de San Francisco, a la pasada de un vado el dominico rogó al francisco, que pues iba descalzo, le pasase a cuestras, porque él no se descalzase, y se detuviesen. El francisco lo hizo así; y como allegó a la mitad del río, preguntó al dominico si llevaba consigo dineros. Respondió el dominico que dos reales. Oyéndole el francisco, dijo: «Padre, perdonadme, que no puedo llevar conmigo dineros, porque así lo manda mi regla». Y diciendo esto, dió con él en el río.

Entró un fraile en un aposento, adonde estaban jugando a los naipes dos parientes suyos, y preguntó: «¿Qué es lo que juegan vuestas mercedes?» Respondió el uno de ellos: «Una necedad, y otra de envite». Replicó el fraile, diciendo: «Mire usted como juega, pues tiene mucho resto».



CAPÍTULO I  
DE REYES

Saliendo a pasear el rey católico una tarde por el campo de Zaragoza, vió venir hasta cuarenta labradores cantando. El cardenal don Pedro González de Mendoza contó al rey, como acostumbraban en aquella tierra, cuando salían los peones a trabajar, hacer cada día a uno de ellos rey, al cual obedecían en todo lo que les mandaba, y era aquel que venía delante de ellos; y si su Alteza quería reír, le hiciese algún acatamiento como a rey. El rey holgó de ello, y como allegó cerca el labrador, mandó a los peones que se detuviesen. El rey católico le quitó la gorra. El labrador con mucha majestad se santiguó, diciendo: «A gorra de rey, bendición de Santo Padre».

El rey católico decía que lo más dificultoso en las mujeres era saber callar.

Cuando entregó el mariscal Alonso de Valencia la fortaleza de Zamora al rey don Fernando, estaba dentro la recámara, y arreos de el rey don Alonso de Portugal. El rey no quiso tomar para sí cosa alguna. Y cuando algunos caballeros, o capitanes le pedían algo, siempre decía de no. Uno de ellos le dijo: «Por cierto, señor, lo que el rey de Portugal en estas guerras ha podido haber de vos, y de vuestros caballeros y vasallos, no lo ha dejado; ¿cómo vos dejáis lo suyo?» Respondió el rey: «Quiero, si puedo, quitar al rey de Portugal, mi primo, los malos conceptos de su voluntad, y no los buenos arreos de su persona».

Estando el rey don Fernando y la reina doña Isabel en un huerto, con muchos caballeros y damas, a par de una higuera, que tenía pocos higos maduros, que eran los más aneblados; a todos los caballeros que entraban en el huerto, les era mandado que cortasen un higo de aquella higuera, y le comiesen; con tanto, que el que una vez tocasen, tal cual fuese, le habían de comer, sin escoger otro. Como eran pocos los buenos, y muchos los aneblados, los más se hallaban burlados. Entró Hernando del Pulgar, coronista del rey, y dijéronle que cogiese el higo, y la condición. Puso la mano en uno, pareciéndole que era bueno, y como le halló aneblado, jugó otra pieza, diciendo: «Enderézote».

Entró allí un caballero, que traía un gran collar de hombros, y venía muy derecho, sin torcerse a ninguna parte. El rey preguntó a Hernando del Pulgar: «¿Qué parece este cab llero?» Respondió: «Asno matado, con el cesto al pescuezo».

Un soldado llegó adonde estaba el rey católico, a pedirle una merced de cosa que no era razón otorgársela. El rey respondió: «No se puede hacer». El soldado le besó las manos, mostrando por palabras agradecersele. Preguntado por los que allí estaban, pues le negaba lo que le pedía, por qué le besaba las manos, agradeciéndoselo, respondió: «Porque me despachó presto».

Vino al rey católico un escudero, a pedirle por merced le recibiese por su secretario. Dijo el rey: «Yo tengo lo que he menester». Respondió el escudero: Bien sé que tiene Vuestra Alteza secretario, mas no sabe l tín, que es gran falta». Dijo el secretario Hernán Álvarez Zapata, que estaba presente: «Peor es no saber romance».

El rey católico decía que concertar a Castilla, y desconcertar a Aragón, era perderlos a entrambos.

Entrando en la corte del emperador Carlos V, el duque de Nájera, muy acompañado, y con muy ricas libreas, viéndolo la emperatriz, dijo: «Más viene el duque a que le veamos, que a vernos».

La reina doña Isabel decía que si quisiesen cercar a Castilla, que la diesen a los frailes jerónimos.

A la reina doña Isabel en extremo le eran aborrecibles los ajos, no solamente en el gusto, mas en el olor. Por descuido trajéronle a la mesa perejil, que se había hecho donde habían puesto ajos. Como lo sintió, sin gustarlo, dijo, disimulando: «Venía el villano vestido de verde».

Cuatro cosas decía la reina doña Isabel que holgaba de ver: Hombres de armas en campo, obispo puesto en pontifical, dama en estrado, ladrón en la horca.

Quería enviar el rey católico a un negocio de mucha calidad a un caballero, que le parecía que era muy diligente. Sabiéndolo la reina, le rogó que no le enviase. Preguntó el rey por qué no quería que fuese. Respondió: «Porque tiene mala vista». Porfiando el rey que fuese, le envió, y trajo buen recaudo de lo que le enviaron. Ofrecióse otra vez de enviarle a otra cosa de más calidad, y la reina tornó a decir lo que primero había dicho; y por que no se enojase el rey, consintió que fuese. Él despachó de tal manera el negocio a que le enviaron, que al rey le pesó por no haber tomado el parecer de la reina. Venido delante de ellos, hecha relación de cuán mal le había sucedido, la reina mandó a su secretario le asentase treinta mil maravedís de juro, por razón de aquel viaje. El secretario dijo a la reina: «Suplico a V. Alteza me diga por qué le hace mercedes ahora, y no se las hizo primero, que las mereció mejor». Respondió: «Porque ahora hizo lo que era razón en errarlo y no primero en acertarlo».

La reina doña Isabel mandó a un caballero, que le trajese una hacanea de tal color y de tal talle; y como no la hallase, trajo una yegua y un caballo muy hermosos. Y como volvió, preguntóle la reina si traía la hacanea. El respondió que no, mas que traía buen recaudo para ello. Replicó la reina: «¿Qué recaudo traéis?» Dijo él: «Los maestros, que son un caballo y una yegua, que harán la hacanea como V. A. les mandare».

Decía la reina, que el que tenía buen gusto, llevaba carta de recomendación.

El rey don Felipe I, a un halcón que fué tras una águila, y la mató, le mandó cortar la cabeza, diciendo: «Nunca nadie contra su señor».

Al rey don Enrique cuarto dijeron unos caballeros que por qué no se vestía ricamente, y usaba paños bastos. Respondió: «No ha de hacer ventaja el rey a sus súbditos en ropas, mas en virtudes».

El alcaide de Atienza, que tenía la tenencia por el infante don Enrique, dióselo al rey don Juan el segundo. Aconteció que estando el rey sobre San Torcaz, defendíase muy bien el alcaide. Estaba allí presente el otro alcaide, que había dado a Atienza, y dijo: «A lo menos, señor, no lo hice yo de esta manera con V. Alteza». Respondió el rey: «Por eso yo mis fortalezas las confiaré antes de sus hijos de éste, que de los vuestros».

El rey don Alonso de Aragón, lavándose las manos dió dos sortijas de gran precio a un caballero, para que las tuviese mientras se lavaba. El caballero se las llevó, como el rey no se las pidió. Desde a más de diez años ofreciósele, que estaba presente este caballero, cuando el rey se quería lavar las manos; y como se quitó las sortijas, alargó el brazo para tomarlas. Dióselas el rey al que le servía con la fuente,

diciendo: «Cuando me volváis las otras». El mismo decía que cinco cosas le agradaban mucho: leña seca para quemar, caballo viejo para cabalgar, vino añejo para beber, amigos ancianos para conversar, y libros antiguos para leer.

Un arcediano de la iglesia de Sevilla mató a un zapatero de la misma ciudad, y un hijo suyo fué a pedir justicia, y condenóle el juez de la iglesia en que no dijese misa un año. Dende a pocos días, el rey don Pedro vino a Sevilla, y el hijo de el muerto se fué al rey, y le dijo como el arcediano de Sevilla había muerto a su padre. El rey le preguntó si había pedido justicia. Él le contó el caso como pasaba. El rey le dijo: «¿Serás tú hombre para matarle, pues no te hacen justicia?» Respondió: «Sí, señor». «Pues hazlo así», dijo el rey. Esto era víspera de la fiesta de el Corpus Christi. Y el día siguiente, como el arcediano iba en la procesión cerca de el rey, dióle dos puñaladas, y cayó muerto. Prendióle la justicia, y mandó el rey que lo trajesen ante él; y preguntóle por qué había muerto aquel hombre. El mozo dijo: «Señor, porque mató a mi padre, y aunque pedí justicia, no me la hicieron». El juez de la iglesia, que cerca estaba, respondió por sí que se la había hecho, y muy cumplida. El rey quiso saber la justicia que le había hecho. El juez respondió que le había condenado que en un año no dijese misa. El rey dijo a su alcalde: «Soltad a ese hombre, y yo le condeno que un año no cosa zapatos».

El rey don Manuel de Portugal mandó a su mayordomo que para otro día siguiente le aparejasen de comer en una casa de placer en el campo, y lo que le diesen, fuese cosa que no tuviese sangre, porque tenía devoción en tal día comer otros manjares. El mayordomo le suplicó le avisase su Alteza qué quería comer, porque él no sabía qué proveer, fuera de aves o pescado. Un caballero, que cerca del rey estaba,

sacando la espada de la vaina de otro caballero, dijo: «Vuestra Alteza podrá comer de esta espada, pues nunca sacó sangre, ni de suyo la tiene».

Al mismo rey don Manuel vino un hombre a pedirle un seguro, porque le habían informado, que andaban por matarle unos con quien había reñido, y no habían querido ser sus amigos. Mandósele el rey dar, y desde a ocho días, dijo al rey: «Señor, teño temor de aquellos homes». Respondió el rey: «Este non a vos posso mirar».

Los portugueses hacen fiesta en Lisboa cada año, el día que fué la batalla de Aljubarrota. Entrando fray Juan Hurtado a besar las manos al rey, dijo el rey: «¿Qué os parece de nuestra fiesta? ¿Celebran en Castilla fiestas por semejantes vencimientos?» Respondió fray Juan (porque le dolió): «No se hacen, porque son tantas victorias las nuestras, que cada día sería fiesta, y morirían los oficiales de hambre».

Decía el rey don Alonso de Aragón que ninguno había de tomar consejo con los vivos, si no con los muertos. Entendiendo por los libros; porque sin amor, ni rencor, siempre dicen la verdad.

## CAPÍTULO II

### DE CABALLEROS

El conde de Ureña decía que el hombre mentiroso era como ducado falso; y en todos otros vicios como ducado falso.

Topando por la calle un arzobispo, hízole el acatamiento que a tan gran prelado convenía. El arzobispo quitó muy poquito el capelo: volvió el conde la cabeza a un criado, que venía cerca del arzobispo, y le dijo: «Su Señoría debe ser tiñoso, o desorejado, pues no se atreve a quitar el bonete».

Llevó a palacio a su hijo don Pedro Girón, siendo muchacho hermoso. Las damas nunca quitaron los ojos de él, y mirar a los galanes. Tuvo ocasión el conde decirles: «Paréceme, señoras, que gustando del alcacer, no habéis dado bocado en la cebada».

Un cocinero, despidiéndose de él, fué a servir al marqués de pliego don Lorenzo Suárez de Figueroa. Viéndole después el conde, que venía vestido de verde, le dijo: «Muy verde estás, N.». Respondió el cocinero: «Señor, siembro en buena tierra».

Acostumbraba un pobre escudero venir siempre a la hora de comer. Y él, sabiendo su necesidad, holgaba que comiese en su casa. Ofrecióse, que hubo un ruido en palacio, y no se halló este escudero en él. Como acudió a la hora de comer, el conde le dijo: «Dormís a las martilladas, y despertáis a las dentelladas, como el perro del herrero; no seréis más mi compañero».

Estando en Osuna, vino a él una mujer, que en su mocedad la había conocido, y estaba viuda, y con muchos hijos, y había entonces gran hambre, y suplicóle la proveyese su señoría de algún trigo. Dijo el caso al contador, para que le librase algo. Puso en el libramiento un caiz de trigo. Traído al conde, para que le firmase, puso quinientas fanegas. Espantado el contador, dijo el conde: «Tu necedad me ha hecho a mí loco».

Preguntó el mismo conde a uno que venía de la corte, qué se decía allá de él. Respondió que no se decía bien, ni mal. Mandóle dar de palos; y después le dió cincuenta ducados, diciendo: «Ahora podéis decir mal, y bien».

A un alcaide, que le vino a decir que le habían tomado la fortaleza N., y traía una barba blanca muy larga, le dijo: «Perdíste me la fortaleza, y guardaste la barba cana».

Estando por gobernador de España el cardenal don fray Francisco Jiménez, arzobispo de Toledo, hasta que viniese el rey don Carlos de Flandes, para apaciguar una revuelta, hizo venir a Madrid, donde él estaba, al conde de Ureña. Pasando un día por la puerta de Guadalajara, vió en la tienda de un platero una pieza de plata, que le pareció muy bien. Tómola en la mano, y de que la hubo visto, dijo al platero: «Llevádmela a mi posada». El platero, que no le conocía, díjole: «¿Quién es V. md.?» El conde, que estaba muy enojado de haber venido al llamamiento del cardenal, respondió: «No, nadie, pues que venimos acá».

Llegó al mismo conde don Pedro de Guzmán a suplicarle le mandase dar algún pan, porque estaba falto de pan, que aquel año se había cogido poco. Dijo a su secretario le hiciese un libramiento para un mayordomo suyo, de mil fanegas de trigo. Y mientras el secretario lo escribía, quedó hablando con don Pedro. Venido el secretario con el libramiento, halló que decía: «No daréis a don Pedro mil fanegas de trigo de que yo le hago merced». Rasgó el libramiento y acometió a darle una puñada al secretario, diciendo: «badajo, no habéis de decir sino que el señor don Pedro de Guzmán me hace merced de recibir de mí».

Un paje suyo, hijo de un escudero de Valladolid, allegó a pedirle licencia, haciéndole saber cómo se iba a desposar. El conde le respondió que fuese en hora buena, y dijese al camarero le diese de la recámara un sayo. El cual le mostró los que el conde tenía, y ninguno le vino. El camarero dijo al conde: «Vuestra señoría mandó dar a este paje un sayo, y no le hay que le venga». Respondió el conde: «Vete de ahí, ¿no sabes darle cien mil maravedís para que le haga?»



Don Alonso de Aguilar, viendo que sacaban a un muerto de su casa para llevarle a enterrar, parecióle buena ocasión para un encarecimiento. Dijo a los presentes: «Mirad cuán dificultosa cosa es echar a un hombre de su casa: aun para echarlo muerto de ella son menester cuatro hombres».

Posó el rey don Fernando una noche en el castillo de Montilla, que don Alonso de Aguilar muy magníficamente había labrado. Subiendo el rey por una escalera más estrecha de lo que para obra tan principal convenía, le preguntó: «¿Por qué hicistes tan angosta escalera?» Respondió: «Nunca, señor, pensé tener tan ancho huésped».

Pasando por donde estaba un labrador ahogado dijo: «Nunca vi villano hartado de agua, sino éste».

Acabada la guerra de Granada, dió el rey al marqués de Villena unos lugares, que llaman Serón, y Tijola en el Alpujarra. Pareciéndole a don Alonso que era poca merced aquélla, decía a los otros caballeros: «Si al marqués han dado a Serón, no nos cabrá a nosotros a esportilla».

Un truhán le pidió disimuladamente una ropa que traía vestida, diciendo: «Señor, yo soñaba esta noche que me dábades una ropa muy rica que traíades vestida». Él se la negó con buen donaire, diciendo: «Anda borracho, no creas en sueños».

Uno traía en una capa bordadas unas esportillas, y cabe cada esportilla estas letras: Gado, que quiere decir: Es por ti llagado. Don Alonso de Aguilar se llegó a él y le dijo: «Señor, si como es esportilla fuera esportica, ¿qué diría?»

Al mismo don Alonso de Aguilar mandóle la reina que se intitulase marqués de Pliego. Dijo él entonces: «Eso me parece que es mandarme su alteza que me case con mi manceba».

Comiendo uno a su mesa pidió un poco de vino. Dijo don Alonso de Aguilar: «En esta casa no se ha de pedir poco, ni dar poco».

El gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba solía decir aquella sentencia de Platón: «El que quisiere ser rico, no ha de llegar moneda, mas disminuir codicia».

Él mismo decía: «España las armas, e Italia la pluma».

En un lugar de Andalucía, paseándose a un cabo de la iglesia el gran capitán, mientras empezaban misa, que iban de camino, el cura rezaba tan alto, dando tales voces, que le causaba dolor de cabeza. Preguntóle: «¿Padre, qué rezáis?» Dijo: «Señor, Prima». Respondió el gran capitán: «No la subáis tan alto, que la quebraréis».

El gran capitán pasaba muchas veces por la puerta de dos doncellas, hijas de un pobre escudero, de las cuales mostraba estaba aficionado, porque en extremo eran hermosas. Entendiéndole el padre de ellas, pareciéndole que sería buena ocasión para remediar su necesidad, fué al gran capitán, y suplicó le proveyese de algún cargo, fuera de la ciudad, en que se ocupase. Entendiendo el gran capitán que lo hacía por dejar la casa desocupada, para que, si él quisiese, pudiese entrar libremente, le preguntó: «¿Qué gente dejáis en vuestra casa?» Respondió: «Señor, dos hijas doncellas». Díjole: «Esperad aquí, que os sacaré la provisión». Y entró en una cámara y sacó dos pañizuelos, y en cada uno de ellos mil ducados, y dióselos, diciendo: «Veis aquí la provisión, casad luego con esto que va ahí vuestras hijas; y en lo que toca a vos, yo tendré cuidado de proveerlo».

Decía el gran capitán que a ninguno debía tanto como a aquellos a quien daba.

Desafiáronse en Nápoles doce franceses con doce españoles. El gran capitán los escogió. Y entrando en el campo todos, antes que los españoles les ganasen, por no entender cierto ardid francés, dió la hora señalada, y todos se dieron por buenos, que ninguno era vencedor. Preguntando Su Señoría a don Diego García de Paredes cómo había ido, dijo: «Señor, diéronnos por buenos». Respondió: «Por mejores os había enviado».

Vendiendo un soldado un caballo, preguntóle el gran capitán, que por qué le vendía. Respondió que porque huía de las armas. Dijo el gran capitán: «Espantóme venderle, por la cosa que yo pensé que le habíades comprado».

Mandó el rey católico derribar a Montilla, por cierto delito del señor de ella; y no bastaron ruegos del embajador del rey de Francia, ni de cuantos había en la Corte para que no fuese derribada. Sucedió derribándola, que cayó un pedazo de una torre, y mató cincuenta hombres de aquellos que la destruían. Sabiéndolo el gran capitán, dijo: «¿Qué hiciera Montilla, si fuera viva y sana, pues condenada y muerta, hizo tal estrago en sus enemigos?»

Estando el conde de Cifuentes don N. por embajador en la Corte Romana, en un Concilio, en presencia del Santo Padre, quitó la silla del rey de Francia, que estaba puesta donde había de estar la del rey de Castilla, y arrojóla. El obispo don Pablo, que iba con él, mostró enojarse, porque en tal tiempo buscaba escándalo. Dijo el conde de Cifuentes: «Padre, haced vos como letrado, yo haré como caballero».

Él mismo decía que los señores en los tiempos pasados contaban por lanzas y ahora por cuentos.

Decía don Diego de Mendoza, conde de Melito, que en la casa donde hay fuente, poca necesidad había

de aljibe; y el señor que tiene renta, no ha menester llegar tesoro.

Él mismo, siendo paje del rey católico, servía un amoscador a la mesa de la reina doña Isabel: descuidóse un poco, mandóle la reina: «Echa esas moscas de ahí». Respondió: «¿A maestresalas y todo?» Porque eran dos maestresalas muy chicos.

El conde de Orgaz don Álvar Pérez de Guzmán decía que tenía por necio al que no sabía hacer una copla, y por loco al que hacía dos.

Él mismo decía que el marido que se dejaba mandar de su mujer, que era comer con los pies y andar con las manos.

Don Juan de Figueroa decía que los que siempre alegaban sentencias de otros eran como clavos gordos, que no saben entrar sino por el agujero donde entra la barrena.

El marqués de Cenete, en el cerco de Perpiñán, llegó hasta los muros y arrojó una lanza dentro del lugar. Y como estuviese esperando, y no saliese ninguno, volvióse, y dende a poco salieron dos de a caballo; y queriendo ir a ellos díjole su ayo: «No vuelva vuestra señoría, que yo iré, y derribaré uno de aquellos, y V. S. llegará a cortarle la cabeza». Respondió el marqués: «Antes yo quiero ir, y derribarle; llegaréis vos después, y besaréisle en el rabo».

Decía el marqués de Ayamonte don N., que con desdicha era dichoso el que no tiene hijos.

A don Diego López de Haro dijo un criado suyo: «Señor, V. md. debe mandar castigar a N. que dijo mal de vos». Respondió don Diego López: «Gracias a Dios, que si N. no supo decir bien, sea yo cierto, que no me pueda hacer mal».

Decía el marqués de Cortés, que el que carecía de amigos era como panal sin miel, o espiga sin trigo, o árbol sin fruto.

Hernán Ruíz Cabeza de Vaca, era veinticuatro de Sevilla y veinticuatro de Jerez. Preguntando uno: «¿Quién es aquél?» Respondiéronle: «Una baraja entera de naipes».

Alonso Carrillo dijo a uno, que era muy escaso: «Malo érades para reloj, que por no dar, no diérades».

El conde de Lemos, pidiéndole un vasallo suyo justicia, y teniéndola, dijo algunas palabras con más licencia que convenía a la autoridad de a quien lo decía, o a la calidad de quien las hablaba. Con alegre cara respondió el conde: «A vuestras palabras debemos risa, y a nuestros yerros enmienda».

Don Juan, duque primero de Medina Sidonia, a su mayordomo, que le reprendía que daba mucho, le dijo: «La grandeza de mi casa se ha de conocer, no en los dineros que atesoro, sino en los que reparto».

Un duque de este reino, por consejo de un contador suyo, quería bajar los partidos a sus criados: acaso estaban en una sala tañendo una caja. El duque salió, y preguntó: «¿Qué tañen?» Respondió un criado: «La que ruego a Dios no vea yo en vuestra casa». Dijo el duque: «No debéis de quejaros, pues os doy de comer». Respondió: «¿De comer?, no, señor». Dijo el duque: «¿Cómo, no os doy de comer?» Respondió: «Señor, no». El duque le respondió: «¿Cómo es eso?» Respondió el criado: «V. S. me da de almorzar, mas no de comer».

A don Fadrique de Toledo, hijo de don García de Toledo, duque de Alba, suplicó una dueña le ayudase para casar una hija. El duque le mandó dar veinte mil maravedís. El camarero a quien lo mandó, dióle cien mil. Al tornar de la cuenta, como el duque halló

puestos cien mil maravedís donde no habían de estar más de veinte mil, según había mandado, dijo al camarero: «¿Cómo pusisteis aquí cien mil maravedís, no habiendo de ser sino veinte?» El camarero respondió: «Señor, yo os oí cien mil maravedís». Replicó el duque: «Bendito sea Dios, que te dió mejores oídos que a mí lengua». Y pasó en cuenta los cien mil maravedís.

El conde de Feria D. N. fué casado con hija del marqués de Pliego, y juntas la una casa con la otra, fué de las grandes de España. Era tan liberal, que daba siempre a todos cuantos le pedían. Tenía costumbre de decir a su mayordomo: «Da a N. treinta, o cuarenta mil maravedís, o ciento y cincuenta mil maravedís». De manera que nunca decía cosa señalada. El mayordomo le dijo: «Señor, de que vuestra señoría manda dar algo, dice que de treinta o cuarenta; estoy confuso, sin saber a cuál me atenga». Respondió el conde: «Por tu vida, de continuo te atén a lo más, no mudes mi condición».

Don Bernardino de Velasco, condestable de Castilla, fué aficionado a ballestas, la cual tiraba muy certero; y en una recámara no tenía otra cosa sino ballestas colgadas. Ofrecióse, que compró dos lugares, para lo cual hubo menester buscar cincuenta mil ducados. Metiólos el camarero en un cofre, en aquella recámara. Como el condestable vió allí el cofre, preguntó a los pajes qué tenía; y no se lo supieron decir, salvo que el camarero le había puesto. Mandó-le llamar, y preguntóle qué hacía aquel cofre allí. Respondió: «Señor, tiene el dinero que se trajo para la paga de aquellos lugares». Dijo el condestable: «Llévadle luego de ahí, por hurtar el dinero, no me hurten alguna ballesta».

A este condestable de Castilla entró a hablar un su vasallo, y le dijo: «Vengo a V. md. que me haga justicia, y vuestra reverencia me despache, que si no

me remedia V. Alteza, no tengo remedio alguno, ni tenemos otro bien, sino a V. S.». Dijo el condestable: «Este necio, por alto, o por bajo, alguna me había de acertar».

Estando el susodicho condestable para morir, llegó a él su mayordomo Buñuelos, y díjole: «Señor, perdóneme vuestra señoría hasta quinientos mil maravedís, que he expendido de su hacienda, mientras he sido su mayordomo». Respondió: «Yo te los perdono, y pluguiera a Dios que fueran diez cuentos».

Quemóse la fortaleza de Buitrago, siendo duque del Infantazgo, y señor della don Íñigo, el primero de este nombre. El alcaide que la tenía, temió fuese reputado por hombre de mal recaudo, y procuró de ser él el primero que trajese la nueva al duque. Entró donde el duque estaba, y le dijo: «Señor, justo es que V. S. me mande cortar la cabeza, que la fortaleza que V. S. me encomendó se ha quemado, sin quedar casi nada». El duque tenía allí ciertas redes para los venados. Preguntó: «¿Las redes quemáronse?». El alcaide respondió: «No, señor». Dijo el duque muy regocijado: «De esotro no se te dé nada, que yo lo había de derribar».

Un pobre escudero había criado un caballo con gran cuidado, el cual salió muy hermoso; diciendo que lo quería vender, fué avisado que no había en el reino quien mejor se lo pagase que el duque del Infantazgo, don Íñigo López. Determinó de llevarsele, y sucedió que se le murió en el camino. Hizo desollar el caballo, que era en extremo bien pintado, y después de aderezado el cuero, fué al duque y le dijo: «Señor, yo crié un caballo en nombre de V. S. y quiso mi mala dicha, que como estaba muy grueso, y el tiempo era caluroso, murióse en el camino; el caballo era tal cual se puede juzgar por el pellejo que aquí traigo». Y mostróselo. Preguntóle el duque cuánto podía valer. Respondió: «En verdad, señor,

no le diera por doscientos ducados». Mandóle dar trescientos, diciendo: «Por amor de mí, que si se ofreciere traerme algún buen caballo, le pongáis a mejor recaudo».

Fué un alguacil en Guadalajara a prender un zapatero a su casa, y su mujer le defendió de tal manera, dándole muchos palos al alguacil, que el zapatero tuvo lugar de retraerse a una iglesia. El alguacil se fué a quejar al duque, diciendo: «Señor, una mujer de un zapatero, defendiendo a su marido, que no le prendiese, me dió de palos; y esta afrenta a V. S. se hizo». Respondió el duque: «Pues a mí es el afrenta, yo se la perdono».

Decía el marqués de Santillana que debemos dar gracias a los que escriben, porque de los vicios nos avisamos, y de los acertamientos quedamos prudentes y enseñados.

Él mismo decía que los ofrecimientos eran para los extraños, y las obras para los amigos.

Alababa mucho los comentarios de César, porque en ellos hallaba muy buen estilo de hablar y obras para obrar.

Leía siempre, y fué reprendido de algunos caballeros. Respondió: «Converso mucho con los libros porque hallo en ellos mejor conversación que con vosotros».

Decía el mismo que se preciaba de usar de justicia y clemencia, porque con la justicia era bien quisto de los buenos y con la clemencia de los malos.

El duque Filipo de Borgoña decía: «De los grandes señores no digáis bien, ni mal; porque si decís bien, mentiréis; y si mal, ponéis a peligro».

Hablando el marqués de Comares con un regidor de Córdoba, le dijo: «Los romanos tenían su repúbli-



ca rica y sus casas pobres. Los regidores en España quieren tener sus casas hartas y las repúblicas hambrientas».

En un juego de cañas corrió un licenciado al puesto donde estaba el mariscal Payo. Dijo el licenciado: «Señor, ¿no emborra las letras el hierro de la lanza?». Respondió el mariscal: «Especial, de que son pocas».

Juan de Ayala, señor de la Villa de Cebolla, voló una grulla, su cocinero la guisó y dió una pierna de ella a su mujer. Sirviéndosela a la mesa, dijo Juan de Ayala: «¿Y la otra pierna?». Respondió el cocinero: «No tenía más de una, porque todas las grullas no tienen sino una». Otro día Juan de Ayala mandó ir a caza al cocinero, y hallando una banda de grullas, estaban todas en pie. Dijo el cocinero: «Vea vuestra majestad si es verdad lo que dije». Juan de Ayala arremetió con su caballo, diciendo: «Ox, ox». Las grullas volaron, y extendieron sus piernas; y dijo: «Bellaco, mira si tienen dos piernas, o una». Dijo el cocinero: «Cuerpo de Dios, señor, dijérades: ox, ox, a la que teniades en el plato, y entonces ella extendiera la pierna que tenía encogida».

Don Bernardino Pimentel, marqués de Tabara, mostró un día al emperador Carlos V su recámara (qué debía tener muy adornada, pues la mostraba a tan gran príncipe). Dijo el emperador que no había visto cosa más curiosa. Hallóse el condestable presente, y dijo al emperador: «No se maraville Vuestra Majestad, que todas las ciudades, que se abastecen de acarreo, están más proveídas». Respondió el marqués: «Así es; pero de Burgos nunca me vino provisión ninguna».

A Luis de Avendaño, un caballero que no tenía mucho, habiendo palabras con el un villano rico, le dijo: «Para él, cuerpo de Dios, que soy mejor que vos». Respondió Luis de Avendaño: «Si eso es ver-

dad, yo os doy mi fe, que soy el más ruin que ha habido en el mundo».

Don Manuel, descendiendo por una escalera peligrosa, dijo: «Aquí es menester llevar el seso en el carcañal (1) de los pies».

Diego García de Paredes decía que las otras naciones hablaban con los labios, y los españoles con el corazón.

Dos caballeros muy presuntuosos pusieron un cartel de justa en la Corte. Preguntando una señora a un caballero si había firmado, respondió: «No, porque son cuerpos fantásticos, y no reciben encuentro».

Diciendo un caballero muy principal de este reino, a un pariente suyo, que era muy frío, respondió: «Señor, reumas son, que descenden de la cabeza».

Hablando un caballero con un comendador, que traía al cuello un hábito de oro muy grande, cuando se quería despedir, no quería desviarse el caballo. Preguntó el comendador: «Qué ha este caballo, que no quiere andar?». Respondió: «Señor, es como mula de alquiler, que en viendo tabla de mesón, no quiere pasar adelante».

A un caballero pobre, que tenía una encomienda sobre un capuz muy viejo, dijo un truhán: «Vale, aunque va sobre raído. Como suelen decir los escribanos en lo que enmiendan».

Un gran señor tenía un criado, el cual se quejaba en su ausencia, porque siendo muy pobre, jamás le hacían mercedes, y no las hacían a otros, sino a los muy ricos, que no lo habían menester. Sucedió que pasando este señor un río a caballo, el caballo se paró a orinar en medio del río. Dijo entonces el criado: «También tienes tú la condición de tu amo, que siempre da donde hay abundancia».

(1) Calcañar.

Cosa usada es, cuando algún señor ha de heredar, si se detiene la herencia, desea la muerte a quien le engendró. A un señor le trajeron un nieto, que no había visto, muy hermoso. Después que estuvo un rato con él, dijo: «Por cierto, yo os quiero mucho, porque sois enemigo de mi enemigo».

Diciéndole a un caballero que uno decía mal dél delante de todos, respondió: «Mas quiero lo diga uno delante de todos, que todos delante de uno».

Él mismo decía, que deseaba tres provechos a sus enemigos: «Pleito con justicia; juegos, en que al comienzo ganasen; y que amasen donde los quisiesen bien».

A don Alonso Manrique dijo don Alonso de Sandoval, porque tenía la boca muy pequeña, que había de salir su alma en calzas y jubón, cuando se muriese.

De un caballero pobre, que a todos llamaba vos, y a ninguno merced, dijo uno, que por eso Dios, ni el rey no se la hacían.

A un señor de título, que tenía la misma costumbre de llamar a todos vos, aunque fuesen caballeros, concertaron muchos de ellos, que no le llamasen señoría, sino merced. Y uno, que era su amigo, le dijo: «Quiero hablar a vuestra señoría, antes que le echen el hábito de la merced».

Un señor de este reino tenía un cuento de renta, y puso oficiales, y tomó criados, como si tuviera treinta cuentos. Su madre de este señor preguntó al contador: «Vos, de que servís a mi hijo, ¿qué tenéis que contar?». Respondió: «Señora, patrañas».

Diciéndole a un señor, que sus criados decían en su ausencia palabras descomedidas, respondió: «Dejad decir, pues nos dejan hacer».

Decía Juan de Urbina, que los que cuentan nuevas de tierras extrañas, son como los pobres, que traen ropas remendadas, que son más los remiendos que añaden de viejo, que no el paño principal de que se hizo la ropa.

El almirante de Castilla don N. decía que el que se casaba era como el que va a la guerra, que se ha de exponer a todo lo que le viniere.

Decía el comendador mayor don N. de Cárdenas a un su mayordomo muy miserable: «Delos de mi honra, y no de mi hacienda».

Este comendador mayor nunca quiso testar, hasta que los reyes católicos le hicieron donación de nuevo, que decía, que todo lo que tenía era de los reyes.

Convidó al conde de Tendila, siendo embajador en Roma, el duque de Florencia; y como viese un estrado alto en la cabecera de la mesa, rogaba el duque con él al conde Tendilla. El conde importunaba al duque se asentase en él. Dijo el duque a un su criado: «Corre, di que le traigan al conde las llaves de casa, pues él quiere mandar más que yo».

Entrando don Bernardino en la cámara del conde de Benavente, porque el conde no se levantó, dijo que era bueno para vasallo.

### CAPÍTULO III DE CAPITANES Y SOLDADOS

Cuando *monsieur* de Auberni, y los franceses, por pacto dejaron desembargada a Gaeta, y todo el reino de Nápoles a los católicos reyes, el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba les proveyó de caballos, y de otras cosas necesarias para su camino. Díjole *monsieur* de Auberni, no perdiendo su antigua soberbia, aunque vencido del todo: «Ruégoo, señor,

que nos mandéis proveer de fuertes caballos, que sean para volvernos; mostrando que renovaríá la guerra de nuevo». El gran capitán lo entendió, y respondió riendo: «Tornad en buena hora, cuando quisiéredes, que siempre hallaréis en mí la liberalidad que hasta aquí».

Decía el gran capitán que los capitanes, o soldados, cuando no había guerra, eran como chimeneas en el verano.

Estando a la orilla de la mar, que acababan de tomar tierra, vieron venir por el agua tres navíos con gente. Venía delante en uno dellos un caballero armado, que se había quedado atrás. Preguntó don Diego de Mendoza al gran capitán: «¿Quién es aquél?». Respondió: «Santelmo, que parece siempre, en pasando la tormenta».

Él mismo decía: «Al enemigo que huye, hacerle la puente de plata».

Yendo a acometer en una batalla a los enemigos, cayó del caballo: algunos mostraron no tenerlo por buena señal. Díjole: «No temáis, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere».

Sentándose a comer, por estar muy llena la mesa, quedáronse en pie dos caballeros italianos, que lo habían hecho bien en la guerra. Levantóse de donde estaba sentado, e hizo que se levantasen todos, diciendo: «Haced lugar a esos caballeros, que si no fuera por ellos, no tuviéramos ahora que comer».

A Diego García de Paredes, que le aconsejaba que se quitase de un muy peligroso lugar, adonde daba la artillería, dijo: «Pues Dios no puso miedo en vuestro corazón, no lo pongáis ahora en el mío».

Estando cerca de dar una batalla, se le quemó la mayor parte de la pólvora. Y como de tal suceso la

gente se desmayase, les dijo con gran ánimo: «Luminarias son de nuestra victoria».

Armándose el conde de Cabra N., preguntóle un caballero que le ayudaba a armar de qué temblaba un hombre de tanto ánimo como él. Respondió: «Temen las carnes, del extremo en que las ha de poner el corazón».

Pedro González de Mendoza, padre de don Diego Hurtado, el que fué almirante, estando en Aljubarrota, como viese al rey don Juan I de este nombre, en mucho peligro, le tomó en su caballo y le sacó de la batalla. Y de que le hubo puesto en salvo, queriendo volver, el rey en ninguna manera lo consentía. Mas se le volvió, diciendo: «No quiera Dios que las mujeres de Guadalajara digan que saqué a sus maridos de sus casas vivos, y los dejo muertos, y me vuelvo».

Pedro Arias, hijo de Diego Arias, prendió en una batalla mucha gente de Toledo, en que había muchos oficiales y escuderos. Tenía necesidad de hacer una cava en Puñón-Rostro, y lo hizo así. Preguntaba a cada uno qué oficio tenía; y al que era oficial enviaba a la obra, diciendo que quién le mandaba dejar su oficio y venir a la guerra. A los escuderos enviaba libres, que habían venido a su oficio.

Enviaban a un capitán a la guerra, con pocos soldados contra muchos, y él tomó la mitad menos. Preguntado por qué, respondió: «Porque es mejor que mueran pocos, que muchos».

Afirmaba uno que era mejor la guerra que la paz, porque en la guerra enterraban los padres a los hijos, y en la paz los hijos a los padres.

Diciendo un capitán que eran tantas las saetas que tiraban sus contrarios, que cobijaban el sol, respondió: «Ventaja les tenemos en pelear a la sombra».

Un soldado aconsejaba a su capitán que tomase un lugar que sería a costa de pocos hombres. Respondió el capitán: «¿Quieres tú ser alguno de aquellos pocos?»

Decía un soldado que los franceses, al primer ímpetu son más que hombres, y después menos que mujeres.

A un soldado, que iba en calzas y jubón, y una pica en el hombro, sudando, dijéronle dos señores que le toparon en un campo muy nevado, que se maravillaban cómo sudaba, y ellos iban muertos de frío. Respondió el soldado: «Si vuestras señorías trajesen todo lo que tienen en su casa a cuestras, sudarían como yo».

Haciendo campo un soldado español con un capitán en Italia, sucedió que el capitán de un revés le cortó el brazo de la espada, y descendiendo el golpe a la pierna, le desjarretó y cayó en tierra. El capitán le puso la espada a la garganta, diciéndole que se rindiese, si no, que le cortaría la cabeza. Respondió el soldado: «Haced lo que quisiérades, que aunque me falte el brazo para pelear, sóbrame el corazón para morir».

Quejándose uno a un capitán que le habían despojado unos soldados de su compañía, preguntó: «¿Traíades este jubón cuando os despojaron?» Respondió: «Sí». Dijo el capitán: «No son de mi compañía, que a ser ellos, no lo dejaran, aunque fuera peor».

A un capitán muy codicioso, que se llamaba N. de Ribadeneyra, llamábale un soldado italiano: «El señor capitán Robadenari».

Un escudero de este reino, hombre cobarde, entró con otros escuderos, que iban a pelear con los moros de Granada. Los moros dieron en ellos, y los desbarataron, porque eran tres tantos más que los cris-

tianos; entre los que dijeron que habían muerto, fué uno el escudero cobarde, aunque no fué así. Una mujer que le conocía, dijo: «No puede ser». Preguntándole por qué, respondió: «Porque los moros no comen carne de liebre».

Entrando por Ceuta unos portugueses a hacer una cabalgata en un lugar de moros, iba entre ellos un castellano. Y como fuese de noche, para no ser sentidos, requería ir callando. Hablando el castellano, enojóse un portugués, diciendo que por qué hablaba, que pensarían los moros, que eran todos *castejaos* <sup>(1)</sup> *y non fincaría home vivo*.

Diciéndole a uno que por qué no traía armas de noche, respondió: «Porque hay tan buenos hombres por los pies, como por las manos».

#### CAPÍTULO IV DE APOSENTADORES

Fray Dionisio, quejándose a un aposentador de su majestad, que no le había dado buena posada, preguntó el aposentador: «¿Qué falta tiene?» Respondió: «Que no tiene establo, y toda en establo».

Preguntando un castellano a un portugués, criado de el aposentador de la emperatriz: «¿Quién es este caballero», no le respondió. Tiróle de la capa, pensando que era sordo; y tornándole a preguntar con voz alta, respondió con mucha furia: «¿Qui es, qui es? O mundo es».

A un aposentador, quejábasele un criado de un caballero, que la posada que le habían dado a su amo, era muy civil. Respondió el aposentador: «Si criminal la queréis, ahí está la horca».

(1) *Castejaos*, castellanos; *non fincaría*, no quedaría.



Haciendo el aposento en Toledo, dijo uno a un aposentador: «En verdad, señor, que he recibido gran contentamiento en haberme echado v. md. huéspedes». Preguntó: «¿Por qué, pues, a todos les pesa de recibirlos?» Respondió: «Por el placer que me han de dar, cuando se vayan».

En Guadalajara, aposentaron en casa de Páez a un gentilhomme de la boca <sup>(1)</sup>; y entrando en la posada, mostró el mandamiento que le habían dado los aposentadores, en que mandaban recibiese por su huésped a N., gentilhomme de su Majestad. Respondió Páez que no podía posar allí, porque si él era gentilhomme de su Majestad, él era feo del duque.

## CAPÍTULO V DE TRUHANES

Estaba el emperador Carlos V un día retirado, y don Francés, truhán, con él. Tocó la puerta un señor de este reino, que tiene poca tierra cerca la raya de Portugal. Mandó su Majestad al truhán que viese quién llamaba. Fué, y visto quien era, dijo al emperador como estaba allí don N. Replicó su majestad: «Anda, déjale ahora». Respondió don Francés: «Conviene que vuestra Majestad me dé licencia que le abra, porque no se enoje, y tome toda su tierra en una esportilla, y se pase a Portugal».

Este truhán estaba sentado en una silla, en casa de un grande. Díjole un paje, que se levantase, para que se sentase un caballero. Respondió don Francés: «Desensilla uno desotros, que hoy aun todavía estoy sudando».

Viendo correr toros un día de San Juan el emperador en Toledo, tenía par de sí a este truhán, cuan-

(1) Criado de la casa real, que seguía en grado al mayordomo de semana. Llámase así porque es el que servía a la mesa del rey.

do entraron los del juego de cañas. En entrando los primeros dos caballeros, preguntóle el emperador: «¿Qué te parece de estos dos?» Respondió: «Que han de caer juntos, como san Felipe y Santiago». Sucedió que antes que acabasen de pasar la carrera, rodaron por Zocodover.

La librea de este juego de cañas, era de terciopelo leonado, y encima tafetán blanco muy acuchillado. Preguntó el emperador a don Francés: «¿Qué te parece de aquella librea?» Respondió: «Asadura con redaño».

Un conde de este reino entraba a besar las manos al emperador. Y porque era hombre que guardaba mucho, dijo don Francés: «Éste es-conde, éste es-conde».

Cuando le hirieron de las heridas que murió, como le trajeron a su casa, venía con él mucha gente. Asomóse su mujer a los corredores, preguntando qué ruido era aquél. Respondió don Francés: «No es nada, señora, sino que han muerto a vuestro marido».

Vínole a ver Perico de Ayala, truhán del marqués de Villena. Viendo que se quería morir, díjole: «Hermano don Francés, ruégote por la grande amistad que siempre hemos tenido, que cuando estés en el cielo, lo cual yo creo será así, según ha sido tu buena vida, ruegues a Dios que haya merced de mi ánima». Respondió: «Átame un hilo a este dedo meñique, no se me olvide». Y ésta fué la postrera palabra, y luego murió.

Preguntó un caballero a Perico de Ayala qué virtud tenía la turquesa. «Que si caéis de una torre abajo, os haréis mil pedazos, y quedará la piedra sana».

Cuando Perico de Ayala iba por la calle, y había algún ruido, decía, que luego se hacía lanzón. Pre-

guntando cómo, decía: «Lánzome luego en la primera casa».

Mandó el marqués un sayo de brocado a Pedro de Ayala. El camarero envióle solamente las mangas y los faldamentos. Este truhán fué al mayordomo de la cofradía de la corte, y rogóle fuese a enterrar un difunto de la posada del marqués. Entrando dentro con la cruz, tañendo la campanilla que llevaban delante, comenzando a decir el responso, preguntó el marqués qué era aquello. Respondió Perico de Ayala: «Decid a su Señoría, que vengo por el cuerpo, que no me dió el camarero más de las mangas y faldamentos».

Pasando el rey católico a par del montón de tierra, que está cerca de Córdoba, preguntó: «¿Para qué se allegó aquí tanta tierra?» Respondiéronle que en tiempo del rey Almanzor, Córdoba era la cabeza de toda la morisma, y todos los pueblos eran obligados a traer allí una espuerta de tierra, en señal de sujeción. Dijo el rey a este truhán: «¿Qué tantas espuestas te parece que habrá aquí?» Respondió: «Haciendo una espuerta en que quepa la mitad, habrá justamente dos espuestas».

Apeándose un truhán, que se llamaba Alegre, en palacio, para subir donde estaba el rey don Fernando, unos caballeros, por burlarle, cortáronle la cola a la jaca, y subiéronse al aposento del rey. Ofreciósele a este truhán descender primero; y como vió lo que habían hecho con su jaca, cortó a todas las mulas que allí estaban los hocicos, sin ser visto de los mozos de espuela, que estaban fuera de la puerta de palacio. Saliendo el rey con todos los grandes, como el truhán iba delante, todos los caballeros burlaban de él, diciendo: «Mira, que buena cola lleva tu jaca». Él, disimulando, mirólo, y santiguándose, les dijo: «Verdaderamente que de eso se van riendo vuestras mulas como llevan todas los dientes de fuera».

Un truhán, que le había quitado un señor una carga de leña, que le daba cada año por Pascua de Navidad, levantándose de una dolencia, le envió esta copla:

Saliendo de esta dolencia  
muy flaco, por ser muy larga,  
cierto fué gran providencia,  
mandarme quitar la carga;  
mas parécele a mi dueña,  
que es gran inhumanidad,  
siendo la carga de leña,  
quitarla por Navidad.

A un señor de este reino, que era muy pequeño de cuerpo, saliendo una noche fuera de su casa, diéronle un gran sombrero. Dijo un truhán: «Dadle otro sombrero, e irá entre dos platos».

Un truhán, viendo que un escudero pobre, en un banquete había metido en su capilla muchas aves, de las que ponían a la mesa, porque estaba en un rincón donde le parecía que no le podían ver, dijo que quería hacer testamento y ordenar su ánima, diciendo: «Item mando que mi cuerpo sea enterrado en la capilla del señor N., nombrando el nombre del escudero». Riéronse todos de él, porque sepultura aun no tenía, cuanto más capilla. Dijo el truhán: «No digo yo, señores, sino en la de la capa, que según yo he visto de aquí, está bien dotada».

A una señora de mucha calidad, preguntó un truhán, si tuviera veinte mil ducados de renta, si fuera su amiga. Respondióle, que aunque tuviera cien mil. Replicó él: «¿Y si tuviera doscientos mil?» Dijo la señora: «Tanto pudiera tener, que lo hiciera». Acudió el truhán, diciendo: «¡Oh, malhaya mi fortuna, qué p... que pierdo, por no tener dinero!»

Envió un conde a un príncipe dos truhanes, que tenía por graciosos. Mandó el príncipe a su truhán,

que los examinase en su presencia. El truhán se allegó a uno de ellos, y le preguntó con voz baja, que no lo oyesen, si sabía nadar. Respondióle que sí. Preguntó lo mismo al compañero. Respondió que no. El truhán dijo alto, que lo oyó el príncipe: «Señor, el uno nada, y el otro no nada».

Aconsejaba la reina doña Isabel al comendador de Oreja, que dejase aquella encomienda por otra; y díjole un truhán al comendador: «No dejéis la Oreja, como buen lebrel, aunque os tiren de los genitales».

## CAPÍTULO VI

### DE PAJES

Un paje de un señor, por no haber cabalgadura, caminaba en una acémila; y como no fuese por donde él quería, por falta de freno, sucedió que encontró con un escudero, el cual, agraviándose del golpe que le había dado con la albarda, le dijo, que parase mientes cómo iba. Respondió: «Señor, yo soy carga».

Un caballero azotó a un paje, por un enojo que le hizo, y de que le hubo azotado, no se quería vestir. Mandóle que se vistiese. Dijo el paje: «Tómese V. md. los vestidos, pues de derecho son del verdugo».

Levantándose un mozo de dormir, contaba a otro mozo, que había soñado que era rey. Oyóle su amo, que acaso pasaba, y preguntóle: «Si lo fueras, ¿qué hicieras conmigo?; ¿qué me dieras?» Respondióle: «Diérale a vuestra merced cien ducados». Enojado el amo con él, asió un palo y dióle muchos palos, diciendo: «Bellaco, ¿a un hombre como yo, no le habíades de dar más?» El mozo, dando grandes gritos, quejábase, diciendo...

Unos mozos de espuela, a un paje, que se alababa que había visto en un jardín muchas cosas de una

huerta, rogáronle que les contase lo que había visto. Respondió: «Vi cantar un ruiseñor».

El duque del Infantazgo envió al conde de Saldaña un pavo entre dos platos de vidrio de Venecia muy ricos, que estimaba en gran precio. Descubriendo el paje el pavo delante del conde, quebró él un plato. El conde envió a suplicar al duque con su mayordomo no tuviese su señoría enojo, que por su causa se quebró. Sabido por el duque, preguntó al paje, muy airado: «¿Cómo le quebraste?» Soltando el plato, que traía de la mano, en el suelo, respondió: «Así se me quebró».

Delante de un señor de este reino contaban sus criados que don Diego Deza, arzobispo de Sevilla, había sido liberal para sus criados. Respondió él: «Hizo bien, pues lo que tenía, no lo tenía más que por su vida». Dijo un paje, hincada la rodilla en tierra: «¿Y V. S., por cuántas vidas lo tiene?»

Contando un caballero que venía de Italia, un hecho que le había acontecido algo dudoso, dijo un criado suyo, quitada la gorra: «Suplico a V. md. me dé licencia para que no lo crea».

Dando cuenta un criado a su señor de lo que había gastado, por escrito, decía: «De un pastel que compré para mí, cuatro maravedís. De paja y cebada para su merced, veinte y cinco maravedís».

Un conde de este reino, era muy celoso y tenía mandado al mayordomo, que ningún paje que fuese de más de doce años, no entrase en el aposento de la condesa, y los de más de doce años que anduviesen con capas. Vió este señor salir a un paje de hasta quince años, del aposento de la condesa. Mandó llamar al mayordomo, y díjole con enojo: «A este paje capadle, o encapadle».

A un caballero, que traía en la corte cuatro escuderos, y ningún paje, le dijo otro caballero, su ami-

go: «Señor N., menester es, que en todo caso le trueque uno de esos escuderos en menudos».

Estaban unos pajes en conversación, y decía cada uno lo que deseaba. Entre ellos hubo uno, que dijo que tenía deseos de ser melón. Preguntado por qué, respondió: «Porque todos me besarán en el rabo, para ver si era bueno».

Sirviendo un paje, un sábado, un plato de morcillas pequeñas a la mesa de un caballero, atreviéndose a esconder una en una bolsa que traía en el cinto, y quedó por descuido un poco por defuera. Viéndolo su señor, le preguntó: «N., ¿qué moneda corre?» Respondió: «Señor, morcillas»

Quejándose uno, que se le había ido su mozo con tratarle bien, y traerle bien vestido, respondió otro que traía su mozo muy destrozado: «Por cierto, que ha más de cuatro años que tengo a éste, y nunca se me ha ido». Acudió el que se le había ido, diciendo: «¿Cómo queréis que se os vaya, si no tiene pluma para volar?»

A este mismo, como se quejaba, que en vistiéndole se había ido, respondió uno: «El vocablo lo dice, vestido».

A un señor púsole un paje en la mesa un plato, con una cabezuela de cabrito, sin sesos, que se los comió en el camino. Preguntó al paje: «¿Cómo está esta cabeza sin sesos?» Respondió: «Señor, era músico».

Fueron unas señoras a un lugar, que está una legua de Toledo, a visitar a la mujer de un escudero, que estaba parida. Y para darles colación, llamó el escudero a un mozo, que tenía por muy diligente, y encareciéndoles, que iría tan presto a Toledo, como otro podría mandar a la plaza, le mandó que ensillase una jaca, y fuese prestamente a la ciudad, y com-

prase dos cajas de diacitrón. Desde a un rato que el mozo salió del palacio, dijo el escudero: «Ahora está mi criado en la mitad del camino». Y desde a un poco replicó: «Ahora entra en Toledo». Y de la misma manera tornó a decir: «Ahora llega a tal parte». Y desde a medio cuarto de hora, dijo: «Ahora entra en casa». Y llamándole por su nombre, entró do estaba su señor, y preguntándole: «¿Qué es de la colación?» Respondió: «Señor, no hallo el freno de la jaca».

Decía un escudero que el que sirve, ha de escoger señor de buen entendimiento; porque ya que no le pague, entienda que se lo debe.

A un señor de este reino envióle a llamar su majestad el emperador Carlos V, que viniese a la corte dentro de un breve término. Y andándose paseando por una sala, cantaba muy bajo:

Buen conde Fernán González,  
el rey envía por vos,  
que vayades a las cortes,  
que se hacen en León.  
Buen conde, si allá no ides,  
teneros han por traidor.

Dijo un paje, que estaba presente: «Aunque vades».



# T E R C E R A      P A R T E

## CAPÍTULO I

### DE RESPONDER CON LA MISMA PALABRA

Como vió tanta morisma don Alonso de Aguilar la noche que le mataron, y se tuviese por perdido, preguntó cómo se llamaba este lugar. Respondiéronle: «Señor, el Machar». Él siguió con decir: «Pues aquí el alma echar».

Había enviado el duque de Béjar a un criado suyo por ciertas cosas para su servicio, y entre ellas le había de traer una ballesta. Vínose huyendo, porque había visto prender a un su pariente por la Inquisición. Diciéndole el duque muy enojado: «¿Cómo veniste sin la ballesta, sabiendo que no tenía con qué tirar?» Respondió: «Señor, no quise esperar a traer con que V. S. tirase, porque no me tirasen».

Recibió un conde a un maestresala, y mandó a su contador que le asentase treinta mil maravedís de partido. En yéndose de allí el conde, díjole el contador, que le asentaría desde a un mes, porque entonces se cobraba el tercio de la renta. De allí a dos días preguntó el conde al maestresala: «¿Os asentaron, N.?» Respondió el maestresala: «Señor, no; que quiere el contador que esté hasta aquí a un mes en pie».

Había mandado un señor a un criado suyo un sayo de terciopelo, y tanto se detuvo en dárselo, que ya estaba raído; y juntamente con esto no le daba el tercio de su salario. Como no iba a palacio, envió el se-

ñor a saber con un paje, qué era la causa de su ausencia. Respondió: «Decid a su merced que si me manda que vaya, me envíe siquiera el tercio, pues el pelo ya es ido».

Vacando en Cuenca una canonjía de predicador, opúsose a ella un buen letrado, que recopiló todas las obras del Tostado (1) en un libro; encareciendo al obispo lo que había trabajado en aquella obra, le respondió: «No es mantequilla esta canonjía, que se ha de comer con Tostado».

Entrando en casa de un Páez una moza de una vecina a pedir una poca de cera virgen, respondió: «Rueca virgen os podrán aquí dar, que cera virgen no la hay».

A este mismo Páez envió el duque del Infantazgo a un negocio de mucha calidad, y encargóle que luego caminase. Topándole el duque otro día, le dijo con enojo: «¿Cómo no eres ido, estando de ayer despachado?» Respondió:

*Quien me manda caminar,  
cuando no se pasa el vado,  
no me tiene despachado,  
mas quiéreme despachar.*

Preguntóle uno en casa de un caballero a un paje, si estaba en la posada su señor. Díjole que no era levantado. Volvió otras dos veces, y respondiéronle que no se levantaría hasta cerca de mediodía. Dijo al paje: «Decid a vuestro señor, que para falso testimonio era bueno, que nunca se levantaría».

Pasando un caballero por la puerta de una señora, a quien servía, rogó a una doncella, que estaba allí, dijese a su señora que le suplicaba se asomase a la ventana. La señora se excusó, diciendo que la perdo-

(1) Alfonso de Madrigal, conocido por el Tostado, teólogo español (1400-1454), cuyo nombre es sinónimo de escritor muy fecundo.

nase, que estaba destocada. Respondió él: «Decidle, que porque creo que está destocada, la sirvo; que a estar tocada no la sirviera».

Habiendo palabras de enojo un nieto de un remen-dón con un escudero, decíale: «No tenéis vos de hacer bando conmigo, porque soy hidalgo de solar conocido». Respondió el escudero: «Ya sé que sois de solar, y aun de sobre olar».

A un escudero diéronle en casa de un caballero una silla muy ruin en que asentarse. Él estábase todavía en pie. Preguntóle el caballero por qué no se asentaba. Respondió: «No me siento, porque me siento».

Buscando un forastero, en Valladolid, donde hallaría damasco, un truhán le envió en casa de un hombre muy chiquito, que tenía la mujer muy hermosa, y preguntó allí si había damasco. Respondióle el dueño de la casa que sí había. Diciendo el forastero que se lo mostrase, señalando a su mujer, dijo: «Ella es la dama, y yo soy el asco».

Estaba una dama a una ventana, y un caballero que la conocía, paseóse toda una tarde en su caballo, delante de su puerta. Y en yéndose de allí, envióle presentadas dos botas de agua de azahar. Dijo al paje que las traía: «Decid al señor don N. que bien sabía que el viento de esta tarde había de parar en agua».

Una señora, que se llamaba Espinosa, estaba en una sala sentada, entre dos hombres, el uno gran bebedor, y el otro muy vicioso de mujeres. Diciéndole una doncella, que le traía un recado, desde la puerta de la casa: «¿Saldrá V. md. tan presto, señora Espinosa?» Respondió: «No, porque estoy metida entre cuero y carne».

Mirando un caballero desde una ventana de su casa un criado de un oficial, que se burlaba con su ama, preguntóle, pasando por su puerta: «¿Sois vos el maes-

tro?» Respondió: «Señor, soy su obrero». Dijo el caballero: «Mala obra hacéis».

El condestable don Bernardino de Velasco iba a un ruido a caballo. Dijo un caballero: «¿Adónde va V. S. a caballo?» Respondió: «A acaballo».

El señor de Santa Eufemia don Gonzalo Mejía, llevó al Real de Granada cien jinetes, todos en caballos blancos. Diciendo uno que parecía al altar, dijo don Alonso de Aguilar: «Más parece de atar».

Ladrando un perro a un escudero, que iba a entrar en una casa, dióle una cuchillada, que le cortó la cola. Agraviándose la dueña de la casa, decía que le estimaba en mucho su marido, porque era perro de ayuda. Respondió el escudero: «Así estará bueno, que no le estorbará el rabo para echársela».

Contando el doctor de Villalobos en el palacio de su majestad, que un solo diente que le quedaba se le había caído comiendo una breva muy madura, respondió el comendador don Juan de Zúñiga: «Más maduro estaba el diente».

## CAPÍTULO II

### DE RESPONDER CON LA COPLA ANTIGUA

En Salamanca, dando el grador de doctor a un legista, como acostumbraban a poner las armas de las escuelas, y las del maestro-escuela, y las del doctor, donde se hace el examen, un estudiante quitó las armas del doctor, antes que fuese de día, y puso en un escudo pintadas siete u ocho macetas de vasijas, de hechuras y tamaños diversos, en que había jarros, calabazas, cangilones, galletas, botas, frascos, tazas, copas, que no le eran armas impropias, con una letra que decía: «Dellos me dejó mi padre, y más me ganara yo».

Dieron a un hombre cien azotes por un caso desastroso; y por no parecer en su tierra, fuese a vivir a la Isla de los Azotes. Estando un día de invierno en la plaza, pasando por allí azotando a uno, dijo a los presentes: «¡Cómo dolerán aquellos azotes a aquel pobre hombre, con el frío que hace!» Uno de los que allí estaban, que sabía su desastre, siguió diciendo: «Hablando en algarabía, como aquel que bien la sabe».

En un banquete que hizo el mariscal don Pedro de Navarra, en Toledo, entre muchas cosas que sirvieron a la mesa, fué unas cabezas de puercos jabalíes, cobijadas con romero. Un caballero, queriendo motejar a uno, que estaba cerca dél, dijo al señor que hacía el banquete: «En figura de romeros, no vos conozca Galván».

Allegóse un caballero a una reja donde estaba Garci Sánchez de Badajoz, el cual venía a caballo, y rogó a Garci Sánchez dijese algún buen dicho; y envió a un paje por una caja de diacitrón, y dió una tajada a Garci Sánchez, tomó él otra, y lo demás repartió a los que estaban allí. Tornándole a rogar que dijese algo, respondió: «Todos me miran a pie, y el moro Zaide a caballo». Zaide era el caudillo de los moros. Dijo esto porque aquel caballero era hijo de una morisca.

El conde de Ureña hizo esta copla a su hijo, porque hacía muchos banquetes, contrahecho a uno de los proverbios de Íñigo de Mendoza:

*Hijo mío muy amado,  
para mientes:  
no convides tantas gentes,  
no gastes tanto ducado.  
Guarda, y serás honrado,  
y harás  
lo que hacer no podrás  
despojado.*

Contra un letrado, que había siete años que leía en Salamanca, sin poder haber una cátedra, dijo otro letrado: «Por vos se podrá decir: siete años te serví, sin de ti alcanzar nada».

Hay un romance antiguo que comienza:

*Mal me quieren en Castilla,  
los que me habían de guardar:  
los hijos de doña Sancha,  
mal amenazado me han,  
que me cortarían mis faldas,  
por vergonzoso lugar, etc.*

A un lebel le cortaron la cola cerca del espinazo, que quedaba muy descubierto. Dijo uno: «Con este lebel han encontrado los hijos de doña Sancha».

### CAPÍTULO III DE GRACIA DOBLADA

Paseándose un caballero con uno que no era hidalgo, por el Osario de los judíos, dijo el caballero: «Si ahora muriédeses, ¿adónde os mandaríades enterrar?» Respondió: «En Sodoma con V. md.».

Siendo convidado un cantor tiple con barbas, en casa de un canónigo de Toledo, envíole a decir este cantor, a uno que no era pariente del Cid Ruy Díaz, con un paje, que tanto volaría su halcón sin cascabelles. Respondió: «Decid a vuestro señor que más que el suyo sin capirote».

Un canónigo de Toledo, muy pequeño de cuerpo, dijo a un fraile tuerto, que pedía para las ánimas: «Padre, necesidad teníades de otro ojo». Respondió el fraile: «Y aun de otros dos, para ver cosa tan chica».

Un caballero, viendo desde una ventana pasar por la calle a un médico, díjole, por motejarle de indocto:

«¿Adónde vais, señor albéitar?» (1). Respondió el médico: «A curar a V. md».

Andando a caza en Hamusco don Hernando Sandoval, perdió un azor: supo que le había hallado uno de la Villa de N., sobre lo cual escribió al alcalde que allí estaba; y porque no le hacía justicia, vinieron en palabras. Dijo el alcalde: «Señor, no respondo a vuestras amenazas, porque sois viejo, y yo mozo». Respondió don Fernando: «Ya sé que sois mozo, y lo fuisteis de N., y agradecedme las espuelas, que os hago gracia de ellas».

#### CAPÍTULO IV DE DOS SIGNIFICACIONES

Mandó un señor a su criado que saliese a ver el cielo, si estaba estrellado, porque quería salir fuera: Como estuviese muy nublado, respondió: «Señor, no está estrellado, sino pasado por agua».

Haciendo una oferta un escudero al conde de Ureña, decía: «Vuestra señoría me tenga por amigo...» Detúvose; y desde a un poco dijo: «...y por servidor». Respondió el conde: «Ya me iba a sentar en el amigo, si no acudiérades con el servidor».

Preguntando una señora a una labradora, con quién había casado su hija, respondió, que con un organero. Preguntóla: «¿Hacelos, o tañelos?» Dijo: «No, señora, sino vendelos a celemines por la calle».

Una mujer de no muy buena casta, llamaba prima a otra que era muy gorda y se tenía por hidalga, la cual le respondió: «Buscad otra, que yo para prima soy gorda».

En una ciudad a do residía Garci Sánchez de Badajoz, era costumbre que el día del Corpus hubiese una

(1) Veterinario.

joya para el sacristán que sacase mejor invención. Vino a Garci Sánchez un sacristán, que no estaba bien vestido, en especial de calzas, que las traía muy rotas; y le dijo: «Señor, ¿qué me aconseja V. md. que saque para esta fiesta?» Respondió: «Unas calzas».

Preguntando uno a un amigo suyo, quién le vendería unas cabezadas para un caballo, envíele en casa de uno, que le había dado un caballero de cabezadas en la pared.

Diciendo a un hombre: «¿Qué hacéis acá en la tierra?» Respondió: «No he hecho obras para subir al cielo».

Despidiéndose un caballero de una dama, le dijo: «¿Mándame V. md. algo?» Respondió: «Señor, no hago testamento».

Vacando una cátedra en Alcalá, de poca renta, púsose en la pared una cédula, como es costumbre, para que se opusiesen a ella <sup>(1)</sup>. Como leyó uno: «Tal cátedra vaca», respondió: «Y tan flaca, que se pega a la pared».

## CAPÍTULO V

### DE RESPONDER AL NOMBRE PROPIO

Un escudero, que se llamaba N. Calderón, fuése a holgar a una huerta con dos mujeres enamoradas. Y estando todos tres a par de un pozo, pasó por allí un caballero que le conocía, y pidióle un jarro de agua. Respondió el escudero que por no tener con qué la sacar, pasaban gran sed. Dijo el caballero: «Con un Calderón, y dos herradas, ¿decís que no hay con qué la sacar?»

(1) Para que se presentasen a concurso.



Desposóse uno, que se llamaba Roque, con una doncella hermosa. Díjole uno: «¡Dichoso Roque, pues a tal dama dió mate!»

El protonotario Pedro Mártir (1), coronista de los reyes católicos, habiéndoles servido mucho, dieron a tres o cuatro confesores, que habían tenido, obispados. Él, deseándolo ser, dijo: «Entre tantos confesores, bien parecería un Mártir».

Un señor deste reino traía pleito con el duque don N. sobre el estado; andando el pleito, se enamoró de una señora llamada doña Blanca, y se casó con ella. Unos caballeros fueron a hablar a su padre, sobre que no tuviese pena del casamiento, por haber sido su voluntad. Respondió: «No puedo dejar de tener pena, pues mi hijo, trayendo pleito por un ducado, se contentó con una blanca».

Pasando un gentilhombre por la puerta de una mujer, que era amiga de un Merino de aquel pueblo, la cual estaba hilando muy delgado, como se detuviese mirándola, ella le preguntó: «¿Qué miráis?» Respondió: «Señora, miraba si esa lana era merina».

A uno, que se llamaba Jerónimo González, que estaba muy rico, y arrendó una renta de mucha cantidad, dijo un amigo suyo: «Vos entráis, Jerónimo, y saldréis Francisco».

Quejábase un caballero, que tenía por amiga una señora, que se llamaba N. del Campo, que estaba muy aromadizado. Respondióle un su amigo, a quien lo contaba: «¿Cómo no ha de estar V. md. aromadizado, durmiendo cada noche en el campo?»

Un fraile de la Orden de San Francisco, que llamaban fray Buenaventura, hablando en Córdoba con un capellán de las Monjas de Santa Cruz, preguntóle cómo

(1) Pedro Mártir de Anglería o Anghiera, cronista italiano (1456-1526), muerto en Granada, que fué consejero de Fernando V y Carlos I. Escribió las *Décadas de las cosas oceánicas y del Nuevo Mundo*.

se llamaba. Respondió: «Señor, llámome Malaver». Dijo el fraile: «¡Cuántos me andan a buscar a mí, y topan con V. md.!»

Desposándose una señora, que se llamaba N. del Prado, con un letrado, que tenía fama de no muy avisado, los deudos della le importunaban que se llamase Rivera, que era de su abolorio. Respondióles: «No me vendan Vs. mds. el prado, que no sé cuándo le habré menester».

Preguntando un escudero, que se decía N. Romero, a Garci Sánchez de Badajoz, si le conocía, respondió: «¿Pedís todavía por Dios?»

A un hombre, que llamaban N. del Peso, y era liviano, le dijo una señora, que aunque se llamaba de Peso, que para serlo le faltaban más granos que a un ducado de la barquilla.

Entrando dos caballeros en casa de una señora que tenía conversación con un escudero, que se decía N. de la Fuente, dijo el uno: «¿Qué le parece a vuestra majestad, señor N., que fresca que tiene esta señora su casa?» Respondió: «No es mucho que lo esté, teniendo la fuente dentro».

Servía un gentilhombre, que se llamaba N. Quemada, a una dama; y todas las veces que ella juraba en alguna porfía, decía: «Quemada me vea, si no es verdad».

## CAPÍTULO VI

### DE ENMIENDAS Y DECLARACIONES DE LETRAS

Diego Arias, contador mayor del rey don Juan, cuando le enviaba a llamar el rey, decía: «Querría más un clavo». Vínolo a saber el rey, y preguntóle por qué lo decía. Respondió que para poner en la rueda de la Fortuna.

El maestro don Alonso de Luna traía por armas media luna. Puso un paje esta letra en una pared, donde estaba la media luna:

*Nunca llena.*

Sabido por el maestre de Santiago, quiso saber del paje, a qué fin había puesto aquella letra. Respondió: «Porque estando llena, de necesidad ha de menguar».

Cerca de un pueblo, entre dos ventas, pusieron una cruz. Viéndola un caballero, dijo a otro con quien iba: «Mira dónde acertaron a poner la cruz, en medio de los dos ladrones». Oyéndolo el uno dellos, quejóse, diciendo: «Siendo yo tan servidor de V. md., mal me trata». Respondió: «Sed vos el bueno».

Visitando unas damas a un gentilhomme, mandó a su criado que les diese colación; y trayendo un plato de peras, y allegando el plato a su señor, les dijo: «Con añadir una R, se pudiera bien decir: Tomen esas perras». Respondió una de ellas: «Mejor fuera añadir una L, y dijera: «Tomen esas perlas».

Un cantero, que era buen oficial, y muy pobre, tomó a cargo de hacer una puente, en que ganó muchos dineros. Puso en medio de ella una letra, que decía: «N. hizo esta puente». Pasando por allí uno, que le conocía, como leyó la letra, añadió al principio una A, que decía: «A N. hizo esta puente».

Preguntando a uno qué cosa era murmuraciones, respondió: «Mur, y Mura, y colgaderos de estribos».

Unos carniceros preguntaron a un escudero: «¿Qué quieren decir las cuatro letras que están sobre la puerta de la carnicería mayor de Toledo?» Son éstas:

S. P. Q. T.

Declarólas así:

S. Sepan

P. Por muy cierto

Q. Quien diere mal peso

T. Tiene de llevar cien azotes.

Preguntando en Valladolid un hidalgo a un montañés, que venía de su tierra: «¿Qué nuevas hay?», le dijo que su padre era muerto. Preguntó con grande alteración: «¿De qué murió?» Respondió: «Cayó de un extraño». Unos caballeros que estaban cerca, que oyeron la plática, viendo que se había demudado de lo que el hombre le había dicho, le dijeron: «¿Qué es eso, señor?» Disimuló, diciendo: «Señores, mi padre era muy buen jinete, y sucedió que corriendo un caballo extraño, cayó dél y murió».

CAPÍTULO I  
DE JUECES

Traían pleito en una Universidad sobre quién iría delante en los doctoramientos, los doctores juristas, o los de medicina. Fué preguntado por el juez a las partes: «Cuando llevan alguno a ajusticiar por ladrón, ¿cuál va delante, el que ajustician o el verdugo?» Respondieron: «El que ajustician va delante». Mandó el juez: «Pues vayan delante los juristas, como ladrones, y sigan los médicos, como verdugos».

Pendiendo pleito en grado de apelación ante el licenciado N. de Pan y Agua, capellán que fué de la capilla de los reyes nuevos en Toledo, entre ciertas personas, sobre por quien había cantado un cuquillo en un árbol, habiendo sobre ello tratado largo pleito, y gastado mucho dinero, cada una de las partes le hizo presentes de tocino, aves, queso y vino; y al cabo pronunció sentencia, en que dijo: «Fallo que el cuquillo cantó por el licenciado N. de Pan y Agua, y no por N. ni N.; y así lo pronuncio»

Ante un alcalde pareció un criado de unos frailes, que no le querían pagar. Enviólos a llamar; y venidos los frailes, entraron en el aposento del alcalde, y él los recibió muy bien, y les rogó pagasen a aquel pobre hombre, pues se quería ir a su tierra. El procurador se sonrió, diciendo: «V. md. no es nuestro juez, sino de los legos; si algo le debemos, pídanos ante nuestro juez, que hacerle ha justicia». Y con esto se

despidieron, y saliendo al portal, y pidiendo las mulas, los mozos dijeron que un alguacil las había llevado. Volvieron a quejarse al alcalde. Él les respondió: «Padre, a lo menos no me negará vuestra reverencia que las mulas no son legas».

Siendo alcalde mayor en Toledo el alcalde Ronquillo, un mayordomo, de unas monjas del Monasterio de la Madre de Dios, pidió a una mujer de un entallador, que le diese un candelero de tinieblas, que tenía hecho, y pagado a su marido, y se había ido con los dineros. La cual mujer presentó su carta de dote, para que el alcalde, amparándola con ella, no consintiese sacar de su poder el candelero. Y visto el dote por el alcalde, respondió: «En verdad, hermana, que ya no hallo en todo este dote tal candelero».

Un hombre cometió un delito en un lugar deste reino, y siendo preso en otro lugar cerca de allí, pidiéndole al alcalde que le remitiesen para hacer justicia de él, decía: «Adonde se hace el delito, allí ha de ser remitido.»

Queriendo decir el mismo, un año que le cupo por suerte de ser regidor del pueblo, que haberlo hecho bien, merecía que fuese regidor perpetuo, dijo: «Perfecto regidor había yo de ser, que no año por suerte».

Siendo alcalde, queriendo castigar a uno conforme a las leyes del reino, dijo: «Tráiganle flemética».

Preguntándole que aquella pena pecuniaria, a quien se había de aplicar, respondió que para la cámara y físico de su Alteza.

Quejándose al susodicho alcalde, de una sentencia mal dada que había pronunciado, respondió: «No se puede hacer otra cosa; porque *quod escripse, escripse*».

## CAPÍTULO II DE LETRADOS

Un pleiteante dijo a un letrado, que le ayudaría en un pleito, que le hiciese un escrito, y tomase en prendas una espada. Respondióle el letrado: «Echad pororos, que espadas ya las he renunciado».

Decía un letrado a los pleiteantes, que le iban a pedir parecer para que abogase por ellos: «El que ha menester candil, traiga aceite».

Preguntando uno a su amigo por un letrado, si le tenía por hombre de letras, respondió: «Las letras de N. son como letras de el canto llano, pocas y gordas».

Un letrado labraba unas casas, en que había gastado cuanto tenía. Vino allí uno a quien ayudaba en un pleito, a pedir su parecer sobre cierto descuido, que en el pleito había tenido. Díjole el letrado: «Hacéis mil necedades, y después culpan a los letrados». Respondió: «Las necedades que yo hago son livianas, mas esa que vuestra majestad ahora hace, es de cal y canto».

De un letrado se dice, que pidiendo a su parte un asno, respondió en el escrito: «Que no era obligado a le dar, porque el dicho asno era ya pasado de esta presente vida».

Un letrado había perdido muchos dineros a los naipes, y quedóse barajando, como es costumbre de los que han perdido. Preguntándole uno qué hacía, respondió: «Estoyme mirando este proceso».

Leyendo un letrado un libro de secretos naturales, en que decía, que el hombre que tiene la bärba ancha, era señal de muy necio, tomó una candela en la mano, para mirarse a un espejo, porque era de noche, y quemóse por descuidado casi la mitad de la barba. Y escribió luego en la margen del mismo libro: *Probatum est.*

A un letrado fué preguntada una cuestión desta manera: «Una mujer de un lugar, tenía una borrica, la cual sirvió muy bien, viniendo a Toledo, y yendo al molino, y en otras cosas. Cuando esta mujer murió, mandó a sus herederos que aquella borrica no la cargasen, ni trabajase, sino que cada noche la echasen al prado, y cada día la diesen medio celemín de cebada; y para ello dejó ciertas fanegas. Esta borrica ha muerto ya; querría saber de V. md. si un asno que yo tengo, hijo de ella, si heredaría la dicha cebada». El letrado respondió que, siendo el asno su hijo legítimo, era heredero de la cebada que dejó su madre; y como amo del dicho asno, la podía pedir en su nombre, y él lo daría determinado en derecho.

El doctor N. fué gran letrado en leyes, y fuera de su oficio, en todo lo demás era un monstruo. Enviándole a llamar de la Corte, para determinar un caso de grande importancia, como no había salido en su vida de Salamanca, de que hubo caminado un día, y vió que no llegaba adonde había de ir, se volvió diciendo: «No pensé que tan largo era el mundo».

Entró en su casa un muchacho por lumbre. Preguntóle: «¿En qué la has de llevar?» Tomó en la palma un poco de ceniza, y puso el ascua encima. Dijo, muy admirado: «Con todo cuanto yo he leído, no lo acertaría a hacer».

Pasando por la puerta de un zapatero, le rogó que le hiciese unos zapatos para su hijo. Preguntó el zapatero: «¿Qué puntos ha menester?» Respondió: «No los he contado; yo volveré por aquí, y os lo diré». Fué a su casa, y descosió un zapato, y contó las puntadas, y vínole a avisar que se los hiciesen de sesenta, larguillos.

Unos labradores de un lugar fueron a Salamanca, a saber de un catedrático, que era gran letrado, si probando ellos como el cura de su lugar tenía una manceba en su casa, si le podían echar del lugar. Pregun-



tóles el letrado: «¿Esa mujer que decís, es de vuestro pueblo?» Respondieron: «No, señor, que de otra parte la ha traído». Dijo el letrado: «¿No os parece que ya que el cura es de esa condición, que es mejor que la traiga de fuera, que no que la tome de entre vosotros?»

Pasando un vado un licenciado muy miserable, tomóle la corriente del río, y dió con él, y con su mozo en una isla. Y creciendo mucho el río, ya que les daba el agua a la cinta, volvióse al mozo, diciendo: «Ya ves, hermano, el paso en que estamos; por tanto, si me eres algo en cargo, restitúyemelo luego».

### CAPÍTULO III DE ESCRIBANOS

Cuando entró la primera vez el emperador Carlos V en Toledo, tomándole juramento a la entrada de la puerta de Bisagra, Perálvarez de las Cuentas, escribano mayor, dijo en fin de el juramento: «Si así vuestra majestad lo hiciere, Dios le ayude; y si no, le encamine que lo haga».

En la ciudad de Lisboa, en un escritorio de un escribano de huérfanos, están escritas con grandes letras de oro estas palabras:

*Ante que des, escribe;  
Ante que firmes, recibe.*

Examinando en Sevilla a un escribano, mandaron al que examinaban, que diese por testimonio cuantas naranjas estaban en una alberca; las cuales eran medias, y desde fuera parecían enteras. Dijo que las sacasen en la mano, que de otra manera no lo haría.

En otro examen, fué preguntado a uno, que quería ser escribano, cómo haría una carta de vendita. Respondió así: «Sepan cuantos esta carta de vendita vieren, como yo N., vecino de tal lugar, otorgo, y

conozco, que vendo a vos N., vecino de tal lugar, tal posesión, que es en esta ciudad, en tales linderos, por tal precio». Como se detuviese, el que le examinaba le dijo: «Decid en hora mala adelante». Él prosiguió diciendo: «Para vos, y para vuestros herederos, y descendientes después de vos, etc.».

Un escribano hizo testamento abierto de un mercader, en el cual mandaba, que se cobrase mucha cantidad de maravedís, que le debían muchas personas. Preguntando al escribano un pariente del enfermo, si dejaba muchas mandas, respondió: «No, sino demandas».

Haciendo un escribano un testamento de un pobre escudero, después de haber escrito muchas mandas, dijo: «Asentar, señor, que mando que den a N. por buenas obras que de él he recibido, cien mil maravedís». Pareciéndole al escribano gran desatino, porque toda su hacienda no valía la mitad, le dijo: «Mirad bien, señor, lo que decís». Respondió: «Asiéntelo vuestra merced, que yo hago bueno para todo».

En Madrilejos tienen costumbre todos los días de Corpus Christi hacer en medio de la plaza un infierno, adonde muchos mancebos, hijos de labradores ricos, vestidos como diablos, meten a todos los amigos que allí hallan, y les dan muy bien de almorzar. Sucedió, que hubo allí una cuestión, de donde resultó que hubo algunos heridos. Trajeron un pesquisidor, y tomando el escribano en su presencia algunos testigos, entre los cuales fué un mancebo, que aquel día anduvo vestido como diablo, siéndole preguntado, qué era lo que había visto de aquella cuestión, respondió: «Que para el juramento que hacía, que él no había visto cosa alguna, porque al tiempo que ello pasó, él estaba en el infierno».

Preguntando un corregidor qué muerte sería bien dar a un hombre que había cometido un gran crimen, porque le parecía que era poco castigo ahorcarle, o

hacerle cuartos, respondió un escribano, que era mal casado, que tenía la mujer muy brava: «Señor, casémosle».

Haciendo un escribano un inventario de bienes muebles, en casa de un cristiano nuevo, dijéronle, que inventariase dos tocinos. Respondió: «Estos no se han de poner en este inventario de N. con los bienes muebles, sino aparte, porque son bienes raíces».

#### CAPÍTULO IV DE ALGUACILES

Entraron a robar unos ladrones de noche, la casa de un alguacil mayor de Toledo. Sabiéndolo un caballero, dijo: «Asentáronse los pájaros en el espantajo».

Un alguacil desarmaba cuanto topaba de noche, en dando las diez. Topóle un escudero a las once, y preguntóle muy denonadamente: «¿Sois vos el que quitáis las armas?» El alguacil arremetió a él, diciendo: «Yo soy». Respondió el escudero: «Pues quitadme unas corazas que tengo empeñadas en casa de una pastelera».

Topó una noche un alguacil a uno que venía muy embarazado. Preguntóle: «¿Qué armas lleváis?» Respondió: «Señor, un puñal». Descubijándolo, halló que era un jarro de vino; bebióselo todo, y dióle el jarro vacío diciendo: «Tomad, que os hago gracia de la vaina».

Preguntó un alguacil a un pobre hombre: «¿De qué vivís?» Respondió: «Si me preguntara de qué muero, dijera que de hambre».

Informado un vicario que muchas mujeres en algunos lugares curaban ensalmando con palabras supersticiosas, mandó al fiscal le trajese presas a las que curaban. E inquiriendo en un lugar cerca de Toledo,

que se llamaba Cueba, si había algunas mujeres que curaban, avisaron que cuatro. Traídas delante del vicario, preguntándoles qué curaban, respondieron: «Lienzos de los mercaderes de Toledo».

## CAPÍTULO V DE HURTOS

Un capitán de una cuadrilla de ladrones, que andaban a saltear, disculpábase, que no había guerra y no sabía otro oficio. Tenía costumbre que todo lo que robaba, partía por medio con aquel a quien le tomaba. Robando a un pobre hombre, que no traía más de siete reales, le dijo: «Hermano, de éstos me pertenecen a mí no más de tres y medio; llevaos vos los otros tres y medio. ¿Mas cómo haremos, que no hay medio real que os volver?» El pobre hombre, que no veía la hora de verse escapado de sus manos, dijo: «Señor, llevaos en buena hora los cuatro, pues no hay truco». Respondió el capitán: «Hermano, con lo mío me haga Dios merced».

En Medina del Campo estaban presos dos hombres por ladrones, y era pública fama que lo eran. El uno confesó muchos hurtos, y ahorcáronle. El otro negó siempre, aunque le dieron grandes tormentos, y diéronle por libre. Preguntándole después unos amigos en buena conversación, cómo era posible, ahorcando a su compañero, quedar él libre, respondió: «Señores, habéis de saber, que cuando N. y yo nos metimos en aquel trato, concertamos entre nosotros que quien descubriese la venta, pagase la alcabala; y así la pagó él, pues la descubrió».

Unos ladrones querían descerrajar una noche una tienda de un mercader. Dormían dentro dos mozos; como lo sintieron, el uno dellos les dijo: «Volveos después, que aun no estamos dormidos».

Robaron en Toledo unos ladrones a uno, que se llamaba Pedro el Negro, llevándole una arca y dos colchones. Viéndolo él, que venía de fuera, fué tras ellos; como los siguiese, preguntáronle qué quería. Respondió: «Voy a ver dónde me mudáis».

En Medina de Rioseco traía un hombre por la feria a vender un jarro de plata. Llegóse a él un mancebo y preguntóle qué pedía por la hechura, y si haría seguridad de él. Respondió el que le vendía: «Señor, soy corredor». El mancebo, que tenía el jarro en la mano, huyó, diciendo: «Si sois corredor, yo veré si me alcanzáis».

Decía el alcalde Ronquillo que de cualquiera edad que fuese el ladrón, era bien ahorcarle: al mozo, por lo que había de hurtar; y al viejo, por lo que había hurtado.

Catando unos ladrones la casa de un pobre hombre, que no tenía más ropa de la que tenía en la cama, y sus vestidos por cabecera, les dijo: «¿Lo que no puse de día, queréis vosotros hallar de noche?»

Un señor tenía un criado que era muy gran ladrón, y en so color de alabarle, le vituperaba, diciendo: «En casa no hay cosa cerrada para N., porque todo lo abría con ganzúa».

Rondando un alguacil mayor, pasando por una calle, vió unos hombres que sacaban unas arcas y otras cosas de una casa, y preguntóles: «¿Adónde lleváis esta ropa?» Respondieron: «Señor, hase muerto un hombre en esta casa y pasamos estas arcas a otra casa». Dijo el alguacil mayor: «¿Pues cómo no lloran?» Respondió uno de ellos: «Señor, mañana llorarán». Volviendo otro día por allí, halló llorando unas mujeres de aquella casa, quejándose que las habían robado.

Vendió un carbonero una sera de carbón a una mujer, y tomó una sartén, que estaba a mal recaudo, y echóla en la sera vacía. Preguntándole la mujer si era de encina el carbón, y si era bueno, respondió: «Al freír lo veréis».

## CAPÍTULO VI DE AJUSTICIADOS

Llevando a herrar a uno en la frente, diciendo el pregón que porque se había casado dos veces, dijo un caballero: «También lo merecía por la primera».

Queriendo llevar a arrastrar a uno, por una muerte de un hombre, que había muerto a traición, dijo al verdugo: «Villano, sacude ese serón de esa cal; si no, por Dios que no entro dentro».

Azotando en Sevilla a un rufián y a una p..., dijo ella al salir de la cárcel: «Por vos, mal hombre, me azotan, por vos». Respondió él: «Pues pese a tal, ¿qué dome yo en la posada?»

Llevando a ahorcar un hombre en Granada por ladrón, díjole un labrador: «Hermano, acuérdate que vas a morir; dime dónde está mi mula que me hurstaste, porque la cobre, y tu ánima no se pierda». Respondió el ladrón: «Juro a Dios que mentis». El fraile que iba con él, dijo: «Hermano, por caridad, no os desmandéis tanto, paciencia». El labrador le tornó a decir: «Hermano, decidme dónde está mi mula». El ladrón dijo: «Pues yo os prometo, que si en otra parte me lo dijérades, que vos me lo pagarades». Replicó el fraile diciendo: «Si no habéis de tener paciencia, iréme, y dejaros he». Respondió el ladrón: «Padre, yo no os convidé para que fuédeses conmigo; el que os convidó os demande la palabra: por mí bien os podréis ir».

Ahorcando a uno en Toledo, ya que le querían quitar la escalera, rogó que le diesen de beber. Diéronle una copa de vino, y para beberla sopló la espuma. Preguntándole el verdugo, para qué lo soplabá, respondió: «Hermano, la espuma es mala para los riñones».

Mató un herrero en un lugar a un hombre, y fué condenado a ahorcar. Juntándose los más de el lugar, fueron a decir al alcalde, que no permitiese que le ahorcasen, porque era muy necesario al pueblo, que no podía pasar sin herrero, para hacer las rejas, azadas, herraduras y otras muchas cosas. Dijo el alcalde: «¿Cómo podré yo dejar de hacer justicia?» Respondió un labrador: «Señor, en este lugar hay dos tejedores de paños, y para un lugar pequeño como éste, basta uno; ahorquen al otro».

Llevando a ahorcar un hombre, vino una mujer de la mancebía, por donde le traían a la horca, a pedirle para casarse con él. Decíanle: «Hermano, dad gracias a Dios, que os ha librado». Mirando a la mujer que le pedía, que tenía una gran cuchillada por la cara, y era vieja y muy fea, respondió: «¿A eso llamáis libre? Dadle al asno».

El licenciado Juan Moreno de Argumanes, siendo alcalde mayor en Toledo, condenó a uno, por muerte de un hombre, a ahorcar. Leyéndole la sentencia, dijo al alcalde mayor, que le emplazaba ante Dios, que pareciese dentro de treinta días a dar cuenta de la sinjusticia que le hacía. Respondió el alcalde, hablando con el promotor Juan Mejía: «Id vos a parecer por mí, porque estoy ocupado en muchos negocios».

Llevaban en Granada a ajusticiar a un hombre, y decía el pregón: «Mándale ahorcar y hacer cuartos» (1). Oyéndolo el delincuente, dijo: «Después de yo muerto, siquiera me lleven a la carnicería».

(1) Descuartizar.

Leyendo a uno una sentencia, en que le mandó el juez hacer cuartos, rogó al juez que le hiciese reales, u otra mejor moneda, y no cuartos.

En Valencia condenaron a tres hombres a ahorcar, y alcanzaron de la justicia que los echasen a gale-ras. Sabido por el verdugo, se fué a despedir de la justicia. Preguntándole por qué se despedía, respondió: «Porque me quitan mis derechos».

Llevando a cortar las orejas a un ladrón, el cual tenía largo el cabello, llegando al pie de la horca, y alzándole el verdugo el cabello para cortárselas, como no las hallase, el ladrón le dijo: «Cuerpo de tal, estoy yo obligado a dar orejas cada martes?»

Azotando en Salamanca a una vieja por alcahueta y hechicera, cuando la descendieron del asno, díjole el verdugo que le pagase los derechos que le debía; y entre las costas, contóle lo que había costado la co-roza, dándole cuenta lo que costó el papel, y los co-lores, y la hechura. Pagóle, diciendo: «Dámela acá, hijo, pues cuesta tanto, que no sé cuando la habré menester».

## CAPÍTULO VII

### DE MÉDICOS Y CIRUJANOS

Un hombre muy rico envió a llamar un médico por un poquito de mala disposición que había tenido la noche antes. Venido el médico, tomóle el pulso; y vista la orina, que era de sano, le preguntó: «Señor, ¿coméis bien?» Respondió: «Señor, sí». Replicó: «¿Dormís bien?» Respondió: «Sí». Dijo el médico: «Pues yo os daré con que se os quite todo eso».

Queriendo un labrador que aprendiese su hijo de carnicero, preguntó a un hidalgo de aquella tierra, que era su amigo, con quién le pondría a aprender aquel oficio. Respondió el hidalgo: «En este caso, se-



ría de parecer que le pusiésemos con el médico, porque mata lo más liberal que yo he visto».

Un médico fué a visitar a una doncella, hija de un señor; y pidiéndole el brazo para tentarle el pulso, cubrió el brazo hasta encima de la mano con la manga de la camisa. El médico, extendiendo la manga del sayo con una vuelta que se usaba entonces, y puesto sobre el pulso, le tentó, diciendo: «A pulso de lienzo, médico de paño».

A un tabernero de Toledo habíanle traído una carga de buen vino. Compró un orinal nuevo y echóle en él hasta un cuartillo. Y pasando por allí un médico, no muy experimentado, le mostró el orinal. El médico le dijo que tenía cuya era aquella orina muy diversos humores, y habría menester remedio luego. El tabernero le tomó el orinal de la mano, y bebió todo el vino, diciendo: «Andad mucho de enoramala para quien os lo mostró, que yo basto a hacer esta cura».

Un mal pintor, que nunca vendía obra que hacía, fuese a otro lugar, e hizose médico. Pasando por allí uno que le conocía, le preguntó que por qué era la causa que andaba en hábito de médico, pues era pintor. Respondió: «Quise tomar oficio, que las faltas que hiciere cobije la tierra».

Dijéronle a un médico bien avisado, que por qué no mandaba hacer algún beneficio a un enfermo. Y él, viendo que no había necesidad, respondió: «Añádanle en la cama un par de colchones».

Un escudero enviaba muchas veces a llamar el médico, con poca ocasión; y una vez envióle a llamar para decirle que le parecía que le andaba el pulso muy despacio. Respondió el médico: «Si andaré, señor, que va sobre asno».

Curando un cirujano a un pobre hombre, que le habían dado una pedrada en un ojo, que se le echó fuera, preguntó al cirujano: «Señor, ¿perderé el ojo?» Respondió: «No, que yo le tengo en la mano».

Un médico envió a llamar un albéitar, para que le curase una mula que tenía una matadura; y a la segunda visita, púsole en la mano dos reales. Él se volvió, diciendo: «Señor, no tenemos costumbre de llevar dineros a los de la facultad».

Preguntó uno a un médico qué era la causa que armaban caballeros con espuelas doradas a los doctores de medicina. Respondió: «Para que puedan hacer guerra a la salud».

A un médico que estaba en su casa, en una sala colgada de guadamaciles, en tiempo de frío, y en medio de un bracero, dijo uno que le vino a ver: «Por esto, señor, se podrá bien decir: *Frigido pugnabant calidis*».

En el examen de un doctor de medicina, dijeron que su padre era un labrador rico, gran comedor de cabra. Yéndose este doctor de Salamanca a su tierra, halló que su padre era muerto. Y rogáronle sus hermanos, pues había estudiado en Astrología, mirase por el juicio de las estrellas, si estaba su padre en el cielo. Salió al corral, y en presencia de ellos, paróse a contar muy despacio las Siete Cabrillas; y como las halló cabales, respondió con gran tristeza: «Verdaderamente, hermanos, nuestro padre no está en el cielo; porque si allá estuviera, ya por lo menos se hubiera comido tres o cuatro cabras».

A un criado de un médico, que estaba preso por un delito que había cometido, preguntóle el alcalde, estando presente su amo, a quién quería por curador. Respondió, que a su señor, pues su oficio era curar. Díjole el amo: «Pues me has tomado por tu curador, guarda la boca, y excusarás una sangría».

Acompañando un médico al doctor de la reina N. para que le enseñase la plática, fueron a curar a una mujer, que estaba mala de la madre, la que estaba muy angustiada. Díjole el doctor, después que hubo aplicado las medicinas necesarias: «Parad mientes, que cuando viéredes estas señales, que es mal de madre» (1). Sucedió que le llamaron a él después para un hombre que tenía mal de corazón, y como lo vió muy apasionado, para encarecer la cura, le dijo: «Ventura habéis tenido en enviarme a llamar; porque a topar con otro, que no entendiera esta enfermedad, pudiera ser que tuviérais peligro. Este es mal de madre, y es menester que luego os sahumen con un poco de ruda, y os echen una ventosa en el ombligo».

Un protomédico, examinando a uno, le preguntó: «¿Por qué razón dan las landres más en las ingles y sobacos que en otro lugar?» Respondió: «Señor, porque es uso y costumbre».

Decía uno que los médicos eran como los halcones, que si matan perdiz, valen treinta ducados; y si ána-des, cincuenta; y si garzas, doscientos. Así los médicos, si matan villanos, son tenidos en poco; y si a gente de capa prieta, son más estimados; y si matan a señores, a cien mil de partido.

Curando un médico a su hijo, no mandaba darle jarabes, ni purga, ni sangría, mas de que se rigiese bien. Quejándose su nuera, como no le hacían algunos beneficios, como a los otros enfermos se suelen hacer, respondió el médico: «Hija, la medicina tenemos nosotros para venderla, mas no para usarla».

Aconsejaba un médico a un soldado, que no bebiese vino después de haber comido higos. Y decía el soldado: «No lo entiende vuestra merced, señor, perdóneme por ello, que al higo vino, y al agua higa».

(1) Histerismo.

A una señora que hablaba mucho, caífanse los dientes. Preguntando a un médico, que de qué se le caían, respondió: «De las muchas coces que les da vuestra merced con la lengua».

Decía una señora, riñendo a su criada: «Más sucia eres que ojos de médico».

Preguntándole a un médico si un enfermo estaba peligroso, respondió: «No, sino en el mismo peligro».

El doctor de la Parra fué a visitar en casa del duque de Nájera, y a su hijo don García Manrique. Y después de haberle visitado, rogáronle que visitase a un acemilero. Y preguntándole que qué habían de comer los enfermos, respondió: «Den al señor don García medio pollo, y al acemilero dos libras de carnero».

## CAPÍTULO VIII DE ESTUDIANTES

Estábase un estudiante tañendo una vihuela y decíanle que cantase alguna cosa de arte: comenzó a cantar los nominativos.

A uno que estudiaba filosofía diéronle en una cuestión con un plato grande en los cascós. Alabándose a otro estudiante, que estaba gran filósofo, respondió: «Bien se puede creer, porque yo sé que tiene un Platón en la cabeza».

Un estudiante, preciándose de muy privado de una señora, fuéla a visitar con otro, y ella llamábale vos, y él la llamó señoría. La señora, muy enojada, le preguntó por qué la llamaba señoría. Respondió el estudiante: «Suba V. md. un punto, y bajaré yo otro, y andará la música concertada».

A un estudiante, que era pupilo de un colegio, echáronle en una escudilla grande mucho caldo, y sólo un garbanzo. Desabrochóse, y rogó a su compañero que

le ayudase a desnudar. Preguntando para qué, respondió: «Quiérome echar a nadar, para sacar aquel garbanzo».

Al mismo trajéronle una tajada de queso en un plato: era muy delgada; cuando la vió, tapóse la boca. Preguntándole por qué, respondió: «Por no la echar del plato con el resuello».

Consolando a una mujer, que lloraba mucho, porque se había ido un estudiante, a quien había pelado muchos dineros, dijo: «No lloro yo por su partida, sino porque no le tomé un manteo nuevo que traía».

Mandáronle a un estudiante, yendo a cazar, que no hablase, porque espantaría los conejos; y dijo cuando los vió: «*Ecce cuniculi multi*» (1). Y como se espantasen y le riñesen, respondió: «¡Quién había de pensar que los conejos sabían latín!»

Un repetidor preguntó a un estudiante: «*¿Quid est prima?*» Respondió en latín: «Cuatro cartas, cada una de su manjar».

A un reformador, que vino a reformar las escuelas de Salamanca, preguntó uno, si había reformado el reloj. Respondió un estudiante: «No, porque *para in parem, non debet imperium*».

Envió a decir desde Salamanca un estudiante a su padre, que le comprase un Digesto viejo, que le costaría a tal precio. Escribióle el padre: «Hijo, yo no entiendo en cosa de leyes; no compres cosa vieja; ahí te envío los dineros doblados, cómprale nuevo».

Fueron unos estudiantes a ver una cortesana, conocida suya, la cual pidió al uno de ellos una Celestina para leer. Respondióle: «Por Dios, señora, que me espanto de V. md., teniendo en casa el original, pedir traslado».

(1) He aquí muchos conejos.

Diciendo un estudiante, que la mujer de un doctor, que había sido familiar de un colegio, era muy discreta, respondió uno de ellos: «¿Cómo no lo ha de ser, teniendo familiar?»

El doctor Luna salía de leer, y traía consigo siete estudiantes, todos pequeños. Dijo un colegial: «Parece que sale la Luna con las siete Cabrillas».

Un mancebo de Fuendidueña fué a estudiar a Salamanca, y oyó lógica y filosofía. Volviendo a su pueblo, le dijo su padre: «¿Habéis aprendido ciencia para pleitear, o medicina para curar?» El hijo le dijo: «Padre, he aprendido lógica y filosofía, y soy gran sofista». Quiso el padre saber qué cosa era sofista. Respondióle: «Hacer del cielo cebolla». Acaso estaban allí dos huevos a asar para cenar, y dijo así: «Sabed, padre, que en mi mano está de estos dos huevos hacer tres». El padre rogó que lo hiciese. El estudiante dijo: «No me podréis negar, padre, que adonde hay dos huevos, contamos uno, dos: dos y uno son tres; luego tres huevos hay aquí». Tomólos el padre, diciendo: «Pues eso es así, yo y tu madre tomaremos; cena tú el que hiciste, que quien eso sabe, razón es que cene».

CAPÍTULO I  
DE VIZCAÍNOS

Un obispo de anillo tenía un criado vizcaíno, y mandóle que a un carnicero, que se llamaba David, que le solía fiar carne, le pidiese una asadura fiada; y cuando la hubiese traído, se fuere a palacio, para que se viniese con él. Predicando el obispo, traía autoridades de profetas en el sermón: «Dice Jeremías a tal profecía...» Mirando a la puerta donde estaba su mozo, dijo descuidadamente, prosiguiendo su sermón: «¿Pues qué dice David?» Respondió muy alto el vizcaíno: «Que juras a Dios, que no darás asadura, ni bofes, si primero no pagas».

Un clérigo vizcaíno, criado del cardenal don Pedro González de Mendoza, traía debajo la loba un machete. Acaso le vió el cardenal, y reprendióle, diciendo que era mal hecho traer un clérigo armas. Respondió el vizcaíno: «Reverendísimo señor, no traigo yo armas para hacer mal a hombre ninguno, sino para los perros de esta tierra, que son muy bravos». El arzobispo le dijo: «Cuando saliere a vos algún perro, para estar seguro que no os haga mal, decid el Evangelio de San Juan. Replicó el vizcaíno: «Señor, todavía es bueno traerle, porque algunos perros no saben latín».

A un forastero emprestóle un amigo un pajecillo vizcaíno, que le acompañase. Visitando a una señora, queriendo reír con él, dijo: «Sabrá V. md. que los vizcaínos son hechos de un judío». Acudió el vizcaíno, diciendo: «Señor, haced un vizcaíno que os acompañe, y no pediréis mozo prestado».

Curando un médico a un vizcaíno, por no haber escribanía, mandó que le hiciesen una agua de solamente ruibarbo, y agua de endibia. Venido su compañero, le contó que otro día de mañana se había de purgar con barbo de río en agua de envidia. El compañero compró un gran barbo, y lo coció con agua; y estándole comiendo, entró el médico, y maravillado de ver tal exceso en día de purga, le dijo el vizcaíno: «Tú me mandaste que me purgase con barbo de río en agua».

Decía el conde de Oñate que los vizcaínos eran ricos de manzanos, y pobre de pan y vino.

A un vizcaíno que estaba enfermo, mandóle el médico que tomase unas píldoras; y como tomó una, comenzó a mascarla, y como le amargase, tomó las otras, y metiólas en un agujero. Cuando vino el médico, preguntóle si había tomado las píldoras. Respondió: «En un agujero tienes, uno comido tienes, no están maduros».

El emperador quería tirar con una ballesta a una liebre que estaba echada, que la había descubierto un perro de muestra. Estaba allí un vizcaíno, que llevaba una haca muy matada; quitóle muy presto la silla, y tiróla a la liebre. Como la espantó, no tiró el emperador. Preguntándole por qué había hecho aquello, respondió: «Pensaba que silla que matabas haca, también mataras liebre».

Ofreciéndose a un caballero de enviar un recado a una señora, dijo a sus criados: «¿Cuál de vosotros irá a tal parte, que sepa decir lo que yo le mandare?» Dijo un vizcaíno: «Yo, señor». Respondió el amo: «No es cosa que vayas tú, que es menester hablar con eficacia». Pensando el vizcaíno, que eficacia era algún señor de mucha calidad, se ofreció a ir, diciendo: «¿Hablar con eficacia?, y aun con diablo que sea».

Un vizcaíno fué a ver a su madre a su tierra, y preguntóle su madre cómo le iba con su amo. Respon-



dió: «A la mía fe mi madre, cuando caminamos por mal camino, me va bien; y cuando por bueno, me va mal; que anda mi amo mucho, con su caballo». Díjole su madre: «Ruego a Dios, mi hijo, que siempre os depare malos caminos y malas carreras, por do quiera que vais».

Leyendo en Vizcaya una provisión un pesquisidor, que fué sobre un alboroto que había habido en aquel pueblo, como en los dictados del rey dice: «De Castilla, de León, de Aragón, etc., respondieron: rey y reina obedecemos; etc., no conocemos».

Un jurado de Toledo mandó a un vizcaíno, que comprase un par de perdices y mirase que no oliesen mal. De que las hubo traído, quiso ver su amo si eran frescas, y puso el dedo debajo de la cola, y llególe a las narices. Viendo que olía mal, enojándose con el vizcaíno porque no las había traído frescas, dijo el vizcaíno: «Juras a Dios, la más linda mujer del mundo hiede».

Tenían preso a un vizcaíno, por un delito que había cometido. Tomáronle juramento, si era verdad lo que le preguntaban; juró que no. Diéronle dos tormentos, y no confesó. Quitado del tormento, preguntándole el alcalde: «A fe de hidalgo, ¿hiciste esto que te pido?», respondió: «Sí».

Un médico encargó mucho a un vizcaíno que estaba enfermo, que guardase la boca; y cuando volvió a visitarle, hallóle con una espada y un broquel, puesto en postura. Preguntándole qué hacía, respondió: «Guardo la boca».

Dos vizcaínos, que iban camino, preguntaron en una posada si había qué comer. Respondió la huéspeda: «Hay dos panales». Dijo el vizcaíno: «¿Qué es eso?». Acudió el otro, diciendo: «Señor, yo conozco bien, dadnos el uno cocido y el otro asado».

Un vizcaíno fué a pedir albricias a su señor, que había parido su mujer. Preguntóle su amo: «¿Parió hija?» Respondió: «Mejor, señor». Replicó el amo: «¿Parió hijo?» Respondió: «Mejor, señor». Dijole el amo: «¿Pues qué parió?» Respondió: «Una hija muerta».

Caminando un vizcaíno en tiempo de caniculares, llevaba puesto un papahigo. Dijole un escudero: «Buen hábito es ese para este tiempo». Respondió el vizcaíno: «Dinero tuviésemos, que invención también sabríamos hacer como en Corte».

Decía un vizcaíno, por las mujeres que traían gran falda en saya: «Si rabo, ¿para qué alzado?, y si alzado, ¿para qué rabo?»

Él mismo no se acordando de la calle de los Albarberos, preguntaba: «¿Dónde es la calle donde hacen jubones a machos?»

Caminando un vizcaíno, pasó cerca de una fuente, que parecía que se reía. Pasó delante, diciendo: «Aunque más te rías, no entrarás acá».

Preguntando uno a un vizcaíno, cuántos rocines tenía su padre, respondió: «Cinco, con cuatro que se le han muerto».

Decía un vizcaíno que eran buenos los peces en azabache, por decir los peces en escabeche.

Dándole a un vizcaíno berenjenas en un convite, no las quiso comer, diciendo: «Señor, no como higos cocidos».

Este mismo, creyendo que una rueda de molino andaba por milagro, se hincó de rodillas para besarla; y como le llevase los hocicos, dijo: «Juras a Dios andar por arte del diablo».

Un vizcaíno, queriendo encarecer mucho, que le había sabido muy bien un gallo que había comido, decía: «Gallina macho, más supo que algalia».

A este vizcaíno, mandóle su amo desollar un conejo: comenzó a pelarle, y como no pudiese; dijo: «Juras a Dios con tan chiquitas plumas, no sé cómo te vuelas».

Andando a buscar un vizcaíno a un zapatero, preguntaba: «¿Do mora sastre de zapatos?»

Él mismo para decir a un zapatero, que le diese unos medios zapatos, dijo, señalando con la mano en el pie: «Zapato aquí, zapato allí, y cincha en medio».

Pasando uno por la mancebía, vió una moza muy hermosa; pregunto de dónde era. Dijéronle que de Vizcaya. Respondió: «Con eso aprendió oficio tan corto de razones».

Quejábase una vizcaína de los castellanos porque podaban las viñas, diciendo que si las dejasen crecer, que podría ser allegasen a Vizcaya.

## CAPÍTULO II DE MERCADERES

Alzóse a un mercader un hombre con toda su hacienda, y fué a mirar la obligación, en la cual halló que se obligaba a pagar a cierto plazo, so pena del doblo. Fué a su mujer muy alegre, a decirla que había doblado aquel día su caudal, por cuanto uno que se le había alzado con su hacienda, había incurrido en la pena del doblo.

Haciendo almoneda de los bienes de un mercader, que debía muchos dineros, compró uno un colchón, diciendo que aquel era bueno para dormir, pues dormía en él hombre que debía tanto.

Preguntando al mercader, cuyo era este colchón, cómo podía dormir debiendo tanta cantidad de dineros, respondió: «Duerme el que me lo fió, ¿y maravillaisos que duerma yo?»

Decía Hernando del Pulgar que para enriquecer uno en breve tiempo, que eran menester dos pocos, y dos muchos: «Poca vergüenza y poca conciencia; mucha codicia y mucha diligencia».

### CAPÍTULO III DE OFICIALES

A un pintor, que tenía los hijos muy feos, preguntáronle: «¿Cómo pintáis las tablas tan hermosas, y hacéis los hijos tan feos?» Respondió: «No es maravilla, porque las tablas pinto de día, y los hijos hago de noche».

Preguntando a este pintor por qué pintaba la Fortuna con alas, respondió: «Porque no sabe estar queda».

A un boticario, que tenía una fuente frontera de su casa, y la estaba mirando, puesta la mano en la mejilla, dijo un escudero: «Estáis pensando de qué haréis la malilla».

Un tundidor daba siempre a comer livianos a su mozo. Yendo un día al campo en Toledo, subiendo por la cuesta de San Pedro de Sahelices, volvió el amo la cabeza, por si venía, y vió que traía sobre el hombro una gran peña. Preguntóle para qué la traía. Respondió: «Hállome tan liviano, de comer siempre livianos, que de miedo que no me lleve el aire cargué de este peso».

Entró un albardero en la casa de un señor, tañendo una vihuela, y dijo: «¿Qué le parece a vuestra majes-

tad de estos puntos?» Respondió: «Paréceme que lo hiciérades mejor en una albarda».

Mandó un escudero a un tapicero que le hiciese un repostero con un castillo, que tuviese dentro un perro, que ladrase, y a la puerta un hombre con una espada en la mano. Y cuando se le trajo el oficial, preguntóle: «¿Cómo no parece el perro ladrando?» Respondió: «Señor: es hora de comer y estará royendo algún hueso».

Afeitando un barbero a un señor de título de este reino, díjole un caballero que se solía burlar con él: «¿Por qué V. S. se hace la barba con este albardero?» Respondió el barbero: «Dice la verdad, que yo le hago de vestir».

Trastejando un albañil en una casa, ayudábale su hijo; y queriendo dejar la obra, quedaba un poco mal aderezado, y mostrándolo el hijo a su padre, le respondió: «Si lo adobamos hoy bien, ¿de qué quieres, hijo, que comamos mañana?»

Preguntándole a un vizcaíno si sabía trastejar, respondió: «Juras a Dios, hombre estar aquí, que ha trastejado en Salamanca».

Un carnicero estaba retraído en una iglesia por deudas, que debía más de mil ducados. Llegóse a él uno, que solía comprar carne de su cajón, y le pidió que le pagase cinco blancas, que le había quedado a deber dos días antes; dióselas, diciendo: «Toma, señor, comencemos a concluir negocios».

Preciábase un forastero mucho de hidalgo, y amohinándose un sastre con él, dijo el hidalgo: «¿Vos sabéis qué cosa es hidalgo?» Respondió el sastre: «Ser de cincuenta leguas de aquí».

## CAPÍTULO IV

### DE LABRADORES

En la santa iglesia de Toledo, en el claustro de la capilla del arzobispo don Pedro Tenorio, en la cual está pintado el infierno, mirando un labrador, preguntóle el prior de Roncesvalles, que se andaba paseando por allí con otro caballero: «¿Qué os parece del infierno?» Respondió el labrador: «Lo que me parece es que no veo en él hombre de capote».

Comprando un escudero unas cargas de leña de un labrador, dábale a real por la carga, y no se las quería dar si no le daba algo más. El escudero le dijo: «Pues sea a real, etc.». El labrador contento con la demasía, se las llevó; y de que aquellas hubo descargo, dióle tantos reales, cuantas cargas traía. El labrador le pidió, que era él, etc. Respondió el escudero: «Que las habéis de subir».

El arzobispo de Zaragoza don N. no era hijo legítimo. Paseándose él y otro caballero, que también era bastardo, por el campo, el caballero, queriendo burlarse con un labrador, que venía por el camino, señaló con la mano en la cabeza dos cuernos, diciendo: «Villano, ¿pares o nones?» Respondió el labrador: «Pares son los bordes».

Un labrador llegó a una venta, haciendo gran llanto, porque se le había muerto una borrica, y de rato en rato decía con grandes sollozos: «Pues bien sé yo lo que me tengo de hacer». Halláronse allí cinco o seis caminantes, personas de calidad, y habiendo compasión de él, e informados de su pérdida, como le oyeron decir muchas veces: «Pues bien sé yo lo que tengo de hacer», creyendo que se quería ahorcar, allegaron entre ellos cinco ducados, que dijo que le había costado la borrica. Recibió el dinero, y deseando el uno de ellos saber

de él, si no le diera aquellos cinco ducados, qué había de hacer, respondió: «Por Dios, señor, vender el albarda».

Estando la corte en Alcalá, en tiempo del rey católico, un labrador de Villa-Verde vino a buscar a Hernando del Pulgar, a fama de hombre sabio, y antes que supiese de él lo que quería preguntarle, dijo: «Señor compadre, servíos de estos cuatro capones». Él los recibió, y preguntó de dónde era y qué quería. Respondió: «Señor compadre, vengo a rogaros que miréis vuestras leyendas, por saber qué se ha de hacer, que mi hija se ha envuelto con un zagal nuestro vecino». Hernando del Pulgar le dijo: «Yo lo miraré, volveos por acá a la tarde». Mandó poner sobre una mesa dos o tres libros abiertos. Y venido el labrador, preguntóle Hernando del Pulgar: «Compadre, sólo me resta saber de este vuestro negocio qué edad tiene la moza y el zagal». Dijo el labrador: «Será la moza de veinte y dos años, y el zagal de diez y seis». Respondió Hernando del Pulgar: «Siendo así, señor compadre, bien lo pudieron hacer».

Un caballero, que iba por la posta, atravesando por un lugar, quiso saber si había tiempo para su jornada; y preguntó a un labrador si había reloj en aquel lugar. Respondió: «No, señor, más hay órganos».

Muriendo un labrador, dijo en las últimas palabras: «Gracias a Dios, que me ha quitado de esperar a abril y mayo».

Un labrador reñía con su mujer, porque le habían dicho que su hija estaba preñada de un escudero; y decíale: «Por vuestra culpa ha sido esto, que si vos tuviérades guardada la moza, no aconteciera aquesto». Respondió la mujer. «Dad al diablo la cerradura, que todas las llaves hacen a ella».

Mirando un labrador la procesión que se hace el día de Nuestra Señora de Agosto en la Santa Iglesia

de Toledo, preguntó quién era aquel que llevaba el báculo delante del arzobispo. Diciéndole que se llamaba capiscol, respondió: «¿No le llamaran mejor capisberza, pues es todo uno?»

Un labrador fué a una ciudad a solicitar un pleito de un lugar, el cual venía muy destrozado, y de mal talle. Estando en el escritorio de un letrado, donde había muchos negociantes, díjole el letrado: «¿No había en vuestro lugar otro hombre de más lustre que vos, que viniera a entender en este negocio, que tuviera mejor presencia, y supiera explicar su embajada?» Respondió el labrador: «Señor, muchos mejores y más sabios que yo hay; mas dijeron que para vos harto era yo».

Sacando a uno que se había retraído en una iglesia, mostrábase un villano muy solícito. Un clérigo dió con él de unas gradas abajo. El villano comenzó a gritar, diciendo: «¡Vos me derribastes, sí, que vos me derribastes!» Respondió el clérigo: «No es verdad, que vos os caístes de maduro».

Un señor de este reino tenía una huerta, y estando en ella preguntó al mozo del hortelano por qué en ciertas partes de ella no sembraba su amigo trigo. Dijo el mozo: «Déselo V. S., que él lo sembrará»; y calló el señor. Y como le preguntase de otras cosas, el mozo no respondía. Preguntó el señor por qué no hablaba. Respondió el mozo: «Hacéis el bellaco en no responder a lo del trigo; pues yo también no responderé a esotro».

Un hidalgo pobre, que se había casado con una hija de un labrador rico, porque le dieron gran dote, decía que aquel casamiento era como morcilla, que él puso la sangre, y el suegro las cebollas.

Unas señoras, que se iban a holgar al campo, toparon en el camino un labrador, que traía un cabrito a vender. Tentóle una dellas, y dijo: «¡Señora, señora,



mire qué bonito, que aun no tiene cuernos!» Dijo el villano: «Aun no es casado».

Riñendo uno con un labrador, que traía carbón a vender, arremetió a él para tomarle un palo que traía, y darle con él. Dijo el villano: «Teneos allá, y buscad otro, que a éste no le faltará que hacer».

## CAPÍTULO V

### DE POBRES

Un señor muy humano iba con dos caballeros, y detúvose mucho, hablando con un pobre hombre. Como vió que les pesaba, dijo: «No es menos grandeza responder a el menor que satisfacer al mayor».

Pasando uno por donde estaba un pobre, que tenía sobre una llaga muchas moscas, movido de compasión se las quitó, meneando la capa cerca de él. El pobre se enojó, diciendo: «No me haces honra en quitármelas, porque éstas están ya hartas de mi sangre, y estas otras me han de atormentar de nuevo».

Diciendo uno a un romero por injuria que era pobre, respondió: «A mí no me hará ya más injuria la pobreza; y a ti no te traerán las riquezas pocas perturbaciones».

Uno que había sido rico y vivía en gran pobreza, alumbrábase con cera. Díjole un amigo suyo por qué se alumbraba con cera, no teniendo qué comer. Respondió: «Señor, hago el cabo de año de mi hacienda».

Decía el mismo que el don sin dinero no era don, sino don aire.

Maravillándose uno, que no hallaba en un lugar pequeño a un amigo suyo, que estaba en él, respondióle, a quién preguntaba por él: «¿Cómo le queréis hallar estando perdido?» Y era así que no tenía un real.

Pidiendo un hombre por Dios, dijo a un caballero que pues era su hermano, le diese limosna. Preguntado cómo era su hermano, respondió: Todos descendemos de un padre, y una madre, que fueron Adán y Eva. Dióle una blanca. Respondió el pobre: «Por ser tan pariente, poco me das». Despidióle, diciendo: «Si cada uno de tus hermanos te diese tanto, no habría príncipe tan rico».

A un pobre hombre escuchábale un señor de mala gana, y despidióle, diciendo que se desviase de allí, que olía a ajos. Respondió: «El negocio huele a ajos, que yo no».

Un pobre pedía limosna, diciendo que era hombre que se había visto en mucha honra. Respondióle a quien le pidió: «Eso me lleváis de ventaja, que en mi vida me he visto en honra».

Mirando unos mozos de espuelas a una dama hermosa que estaba en una ventana, dijo uno dellos: «Cualquiera daría su capa por holgar con ella». Llegó acaso un pobre a pedir limosna, y entendida la plática, dijo: «Allá iría mi moradilla».

## CAPÍTULO VI

### DE MOROS

El rey Chico de Granada sabía la lengua castellana medianamente, pero nunca jamás la quiso hablar. Preguntando por qué cuando se ofrecía no usaba della, pues lo podía hacer, respondió: «Nunca el rey ha de hacer cosa, por pequeña que sea, que no parezca bien».

Saliendo este rey de Granada, por el concierto que con el rey don Fernando había hecho, yendo por un alto donde se veía bien la ciudad, con su madre y otros parientes, parándose a mirar la hermosura de ella, como quien se despedía para no verla otra vez, lloró, diciendo que por mejor tuviera ser muerto, que haberla dejado. Como lo vió su madre, dijo: «Bien es

que llore como mujer quien no la supo defender como hombre».

Mostrando un rey moro muchas joyas de gran precio, uno de los que allí estaban loándolo dijo: «¡Cuán bueno fuera eso si no hubiéramos de morir!» Respondióle el rey: «Locamente has hablado, porque si no hubiéramos de morir, no fuera yo rey».

Saladino, Moro, que últimamente ganó a Jerusalén, cuando murió, dejó mandado que cuando le llevasen a enterrar, pusiesen encima de una lanza una mortaja, y fuese uno diciendo a grandes voces: «El señor de toda la Asia, de cuantos reinos y riquezas ganó, ninguna otra cosa lleva consigo, sino esta mortaja.»

Cuando el rey don Fernando tenía cercada a Granada, en una escaramuza que hubieron los cristianos con los moros, fué entre ellos un alcabalero de una villa de Andalucía, el cual iba con un buen caballo morcillo; y siguiéndole un moro, no muy ladino, a caballo, venía cerca dél, diciendo: «¡Alcabalero, alcabalero!» El alcabalero, pensando que lo había conocido, de tal manera hirió de espuelas a su caballo, que en poco espacio llegó al Real.

El rey don Fernando preguntó a Abenámbar cómo había vivido tanto. Respondió: «Pudiendo estar sentado, nunca estuve en pie; casé muy tarde, y enviudé temprano, y no me torné a casar».

Pasando un moro por el Alcaná <sup>(1)</sup> en Toledo, como vió tan pequeñas tiendas, sin otra morada, preguntó que adónde dormían. Respondieronle que allí estaban de día, y de noche se iban a sus casas, y quedaban las tiendas en guarda de un alcaide. Dijo: «¡Oh, necia gente, de día sin mujer y de noche sin hacienda!»

Mirando este moro un juego de cañas, preguntóle un caballero qué le parecía. Respondió: «Poco para veras y mucho para burlas».

(1) Calle o sitio en que estaban las tiendas de los mercaderes. (Del árabe *aljanat*, las tiendas.)

# S E X T A P A R T E

## CAPÍTULO I DE AMORES

Visitando un caballero a una señora, mandóle dar una silla, diciendo: «Siéntese vuestra majestad». Respondió él: «Del corazón».

A un caballero, que sacó una doncella de casa de su padre, por una ventana, preguntóle una señora cómo se atrevió a hacer tal cosa esa doncella. Respondió: «Sabrá V. md. que se encendió tanto nuestro amor, que a no echarnos por la ventana, nos abra-sáramos».

Una señora iba encubierta, pareciéndole que ninguno la conocía, y un caballero que servía llegóse a hablarla. Preguntóle ella: ¿En qué me conoció V. md.? Respondió: «En ver que mis llagas derramaban sangre». Quiere decir que a un hombre, después que le han muerto, si pasa por delante de él el que le mató, las llagas parece que de nuevo tornan a destilar sangre.

Paseándose un gentilhombre por la puerta de una dama a quien servía, escupió ella acaso, y cayó sobre la capa. Disculpándose la dama, le dijo: «Señora, un pescador se moja todo, por tomar un pececico; pues quien espera tomar tal trucha no es mucho que se moje un poco».

Preguntando a un estudiante un escudero qué haría uno, que nuevamente comenzaba amores, respondió que se lo dijese una vez y que el diablo se lo diría cinco.

Un gentilhomme había muchos años que andaba enamorado de una señora, y de vergüenza no se lo había osado decir. Quiso aventurarse a hablarla, y la dijo, como había tanto tiempo que andaba perdido por ella, y de vergüenza, no lo había querido decir. Respondió: «Pecador de vos, si luego me lo dijéades, ¿qué más habiades aventurado a perder que lo perdido?»

Mirando las manos un caballero a unas señoras, haciéndolas entender que por arte de quiromancia conocía las cosas por venir, rogóle una señora a quien él quería mucho, que mirase su ventura. Respondió: «¿Qué puedo yo decir, sino que toda la mía está en la mano de vuestra majestad?»

Traía un caballero en una medalla un camafeo, con estas letras: «Muera él».

A una señora, que se llamaba Ana, envió un gentilhomme que la servía una áncora de oro, y esta letra que declara el nombre:

*En el medio está la pena,  
y en los fines quien la ordena.*

A una dama, que era su nombre Catalina, le envió esta letra:

*Nunca tal,  
y nacida por mi mal.*

## CAPÍTULO II DE MÚSICOS

Decía un caballero que los cantores era la gente más dichosa de cuantos oficios hay en el mundo, pues ganan dinero por su placer, y porque se huelguen les dan dinero.

Rogó el cabildo de la Santa Iglesia de Toledo a un cantor que se quedase allí, y le darían un buen partido. No lo quiso hacer. Volvió desde mucho tiempo, y no con tan buena voz, y pidió que le recibiesen. Despidióle Diego López de Ayala, obrero de la iglesia, diciendo: «A donde habéis gastado el acero, gastad el hierro».

Preguntó uno, que era buen músico de vihuela, y cantaba muy desgraciadamente, a una señora, si le había hecho gran servicio en darle música. Respondió: «Si tañistes, no cantastes».

Paseando una música por la puerta de Páez, cantaba uno la *Bella mal maridada*. Paróse a la ventana, diciendo: «La bella id y buscadla; la mal maridada, entrad, que aquí la hallaréis».

Un caballero, que tartamudeaba mucho, salía de una sala tañendo una vihuela, y dijo a don Enrique Enríquez: «¿Qué le parece a vuestra merced como pongo en la vihuela?». Respondió: «No ha de ser el poner con cacarear».

Juan Fernández de Heredia, oyendo a un gran músico pobre, el cual tenía la suela del zapato descosida, le dijo: «De cuantos puntos dais cada día en esta vihuela, dad algunos en esa suela».

Un señor de este reino, que tenía poca renta, recibió a unos menestriales para su servicio; y tañendo en presencia de otro caballero, preguntó qué le parecía. Respondió: «Bien tañen, sino que no hay quien dance».

Andaba un gentilhombre enamorado de una doncella, que era algo prima; y la tercera era traidora, que no entendía de buena gana en el negocio. Tañendo una noche a su puerta, díjole un amigo suyo, que le acompañaba: «Templad esa prima». Respondió: «¿Có-

mo puedo templar bien la primera siendo falta la tercera?».

Un escudero servía a una señora; y habiéndole hecho muchos servicios, sin haber de ella ningún favor, dándole una música, la señora se paró a la ventana, y asió de un costal de paja que halló cerca de sí y arrojóle sobre él. Él disimuló la burla, diciendo: «De mal pagador, siquiera en paja».

Un portugués servía a una dama, y acordó de darle una música, y llevó un gran músico que tañese y cantase. Él comenzó a tañer y a cantar, diciendo: «Por vos, gentil señora, soy venido aquí; habed compasión de mí». Enojado, el portugués le dijo: «Ora tange y cantad por mí, que despois tangeréis y cantaréis por vos».

Dándole el mismo otra música, le tiró esta señora cuatro o cinco piedras, que le acertó con las dos de ellas. Despidiéndose muy enojado, le dijo su amigo que le acompañaba: «¿Qué mayor bien queréis haber alcanzado con vuestra música que se vengan las piedras tras de vos, como a Orfeo?».

Tañendo un gentilhombre una noche a la puerta de una señora, estaban dos damas a una ventana, oyéndolo. Y como comenzase a cantar una canción que comienza: *Secretas pasiones mías*, dijo la dama: «Ciertamente, señora, este caballero debe de estar enfermo de almorranas».

Costana, cantor, pedía la alcaidía de una fortaleza que está cerca de Burgos, que se llama Rabé<sup>(1)</sup>, y porque no se la daban, no quería cantar. La reina doña Isabel preguntó: «¿Por qué no canta Costana?». Respondió el comendador mayor don N.: «Señora, ha jurado de no cantar sin Rabé».

(1) Rabé o rabel, instrumento músico pastoril.

### CAPÍTULO III

#### DE LOCOS

Dicen que Garci Sánchez, al tiempo que salió de seso (1), estaba componiendo aquellas coplas que comienzan: *Salgan las lágrimas mías*; y como las componía, tañía jurutamente con la vihuela. Rogóle el corregidor de la ciudad donde residía, un día, que tañese y cantase; él lo hizo, y cesando, dió la vihuela al corregidor, diciendo: «Tome, V. md., porque vea yo en poder de la justicia a quien tanto mal me hizo».

Paseando por un terrado, entró un caballero en su casa y preguntó: «¿Dó está el señor Garci Sánchez?». Respondió: «¿Dónde ha de estar el muerto sino enterrado?».

A un escudero, que estaba loco, hiciéronle juez en unas justas, y diciéndole: «Tal caballero quebró su lanza», respondió: «Si la quebró, que la pague». Diciéndole: «Don N. perdió una lanza», decía: «Si la perdió, que la busque».

Un loco, a quien había mordido un perro, hallándole durmiendo, tomó un gran canto con las dos manos y dióle sobre la cabeza, diciendo: «Quien tiene enemigos no ha de dormir descuidado».

Un soldado, que se llamaba el capitán Bocanegra, y estaba loco, dijo a uno que traía un sambenito: «¿Qué servicios hicistes a su majestad, que os mandó dar esta encomienda?».

Garci Sánchez de Badajoz, hallándose con una espada en la mano, dijo a un escudero que estaba solo con él en una cámara: «¿Será buen tiro quitaros la

(1) Enloqueció.



cabeza de un golpe?» Respondió el escudero: «Mejor sería que llevásedes dos, que una no es mucho; si queréis, iré a llamar a otro». Y así escapó, saliéndose del aposento.

Un mancebo extranjero fué a ver la casa de locos de Toledo. Llamóle uno de ellos y preguntóle de dónde era. Dijole que de Sevilla. Preguntóle si tenía allá parientes. Respondió que tenía padre y madre. Quiso saber de él qué oficio tenía. Sabido que era platero y que allí tenía siempre que hacer y que en Toledo no hallaba que trabajar, dijo el loco suspirando: «Es verdad, hermano; que yo estoy aquí por otro tanto».

El comendador mayor de Castilla, don N., tenía en su casa un loco; y su camarero, pasando tiempo con él, le decía: «Yo os tengo de matar; guardaos, que os quiero matar». El loco fué al comendador mayor y le dijo: «Vuestro camarero me quiere matar». El comendador mayor le respondió: «Si te matare, yo le ahorcaré». Replícó el loco: «No quiero yo sino que le ahorquéis un día antes que me mate».

Un gallego fué a la guerra de Granada, e hiriéndole en la cabeza una saeta, viéndole un cirujano, dijo: «No escapará, porque la saeta entra por el seso». El gallego le dijo: «Eso no puede ser». Replícó el cirujano: «Yo lo veo». Respondió el gallego: «Digo que no puede ser eso, porque no es eso; que si seso tuviera, no viniera yo a guerra».

Decía uno que más provecho trae el loco al cuerdo que el cuerdo al loco, porque la locura del que no tiene seso avisa al sabio, y el seso del sabio aprovecha poco al loco.

A un loco que estaba en la cámara del Nuncio, preguntó un viejo qué haría para tornarse mozo. Respondió: «Rápate». Replícó el viejo: «¿Y si eso no

bastare?» Dijo el loco: «Ponte con un amo; tornarte has luego mozo».

Pasando un caballero cerca de un loco, dijéronle al loco que le quitase la gorra. Llegóse el loco a él y quitósele de la cabeza. Diciéndole que no había de hacer así, y señalándole cómo había de hacer, respondió: «Eso sería quitármela yo a mí».

Preguntándole a un clérigo, que se llamaba Rabago, cuál es la silla de la necedad, respondió que, como el rey había puesto premática, no tenía silla, sino albarda.

Quejándose uno que le había echado un loco un puñado de tierra en los ojos, díjole el loco: «Perdonad, que pensé que érades carta» (1).

Preguntando a un loco qué tanto tiempo había menester uno para ser loco, respondió: «Según la priesa que dieren los muchachos».

Decía un caballero que no había otra diferencia entre los cuerdos y los locos sino que los cuerdos sueñan de noche y los locos de día y de noche.

#### CAPÍTULO IV DE CASAMIENTOS

Culpando a uno porque tomaba un largo término para responder a un casamiento que le traían, respondió: «Lo que una sola vez se ha de hacer, mucho se ha de pensar».

Un escudero tenía un hijo muy necio, y queriéndole desposar, encomendóle mucho que el día del desposorio no hablase palabra, porque los parientes de la desposada no entendiesen quién era. Hecho el desposorio, y estando todos sentados a la mesa cenando,

(1) Alude al modo antiguo de secar la tinta con arenilla.

los parientes de la desposada decían unos a otros que debía ser algún gran necio. Y entendiéndolo el desposado, dijo a su padre: «Señor, bien puedo hablar, que ya me han conocido».

Informándose uno de un mancebo, que quería tomar por yerno, si tenía deudos, respondiéronle: «Deudos, no, mas deudas, sí».

Decía uno que se había de escoger la mujer con las orejas y no con los ojos.

Traíanle a uno un casamiento, y enojábase el tercero, porque se detenía en dar la respuesta. Respondió el mancebo: «No os maravilléis que no me determine tan presto en cosa que tanto me va:

*Si es fea, es aborrecible;  
Si hermosa,  
De guardar dificultosa:  
¡Ved qué extremos tan terribles!»*

Decía un caballero que para ser el casamiento apacible había de ser el marido sordo y la mujer ciega.

Una mujer hermosa casóse con un hombre muy feo, y durante el matrimonio se tornó más hermosa. Dijo don Pedro Lasso que no había visto jamás fruta en cesto que tanto durase sin podrirse.

El duque de Maqueda, don N., hablando en los casamientos, decía que con los dedos se tomaban las mujeres. Preguntando cómo, respondió: «Contando la moneda que traen y no considerando las virtudes que tienen».

Uno, que se iba a desposar de un lugar a otro, en el camino oyó cantar un cuquillo. Volvióse, diciendo: «Para él, cuerpo de Dios; yo te hago mentiroso».

Aconsejando a uno que casase una hija y le diese en dote una casa que tenía, sin otra hacienda, y que

Dios le haría merced, respondió: «Esa merced hágasele Dios a mi hija, que yo no quiero vender la casa».

Decía uno, por los que se casan con gran dote: «Renegad de mercadería que dan tantos dineros con ella».

Casóse un escudero con una doncella pobre; y preguntando un caballero a un hermano del desposado qué le habían dado en casamiento, respondió: «Que ayunen a pan y agua».

El padre que tiene hija de veinte años, la ha de dar a otro mejor que él; y si es de veinticinco años, a otro tan bueno como él; y de ahí adelante, a quien se la pidiere.

Decía uno: «El padre da el dote, y Dios la mujer».

Un mancebo había despendido gran cantidad de hacienda que había heredado de su padre, y pedía ante un vicario una doncella, diciendo que estaba desposado con ella. Preguntándole el vicario si había consumado el matrimonio, respondió el procurador de ella: «Y aun el patrimonio».

Decía uno por una mujer que se había casado tres veces, que había gozado de capa, capote y capirote, porque el primero era hidalgo, el segundo labrador y el tercero cristiano nuevo.

Pedían dos mancebos una doncella a su padre para casarse con ella. El uno era rico y el otro pobre; él dióla al pobre. Preguntándole por qué no la había dado al rico, respondió: «Porque el rico, que es necio, está aparejado para ser pobre, y el pobre sabio, está aparejado para ser rico».

Decía uno que una de las buenas cosas que tienen los casados era el deseo de enviudar.

Casóse un caballero viejo con una dama muy moza, con poder. Decía un letrado que el uno se había casado con poder y el otro sin él.

Yéndose uno a desposar, avisóle el padrino que parase mientes que la primera palabra que dijese a su esposa fuese avisada, porque los más suelen decir entonces necesidad. Díjole: «Señor, bien pensada la tengo». Replicó el padrino: «Siendo bien pensada, de razón será bien gorda».

A uno diéronle poder para que se desposase con otra; y en desposándose, sentóse cerca de la desposada. Y como no hablase, preguntándole por qué no hablaba, respondió: «Señores, no me dieron poder para decir la primera necesidad».

Un gran necio iba muy pensativo a desposarse. Dijo uno: «¿Qué va pensando nuestro desposado?» Respondió otro que iba cerca de él: «En la primera necesidad que ha de decir». Acudió el primero, diciendo: «En casa llena, presto se guisa la cena».

Traíanle a un caballero en casamiento una señora que tenía gran dote, y era fea y de cincuenta años. En este medio ofrecióse que le vió las piernas bajando de una mula, que eran muy morenas y flacas. Trajéronle otro casamiento con una señora de veinticinco años, hermosa, aunque no muy rica, y casóse con ella. Preguntóle un caballero cómo había dejado tan gran dote y había tomado tan poco. Respondió: «Vi la figura por abajo y quedéme a veinticinco».

Un hombre rico tenía una hija doncella de treinta años de edad, la cual vivía muy apenada en ver que su padre no tenía cuidado de casarla. Este hombre envió un día a llamar a cinco hijos casados, diciendo que viniesen a comer con él, porque tenía cierta cosa que comunicar con ellos, que era para tratar algún casamiento. Alegróse, creyendo que aquella junta

sería para su provecho. Venidos todos los hijos, después de haber comido, el padre les dijo: «Hijos míos, para lo que aquí nos habemos juntados es que querría saber de vosotros dónde es vuestra voluntad enterraros, cuando Dios, en fin de vuestros días, determinare de llevaros de esta presente vida a la otra; ved si queréis que yo haga hacer luego una capilla, en que todos nos enterremos. Recibid placer en que cada uno de vosotros declare en esto su voluntad. Y comenzando a preguntar al mayor, respondió que en cierta iglesia, donde él era parroquiano, se quería enterrar. Y prosiguiendo por todos los otros, cada uno señaló diferente lugar. Preguntándole a la doncella: «¿Pues vos, hija mía, adónde os quedéis enterrar?», respondió: «Señor mío, no me he de enterrar, porque tengo de morir desesperada y no de he ser sepultada».

Tratándose en presencia del príncipe don Carlos de las excesivas dotes que se daban, y cómo antiguamente, cuando daban a un señor de título quinientos mil maravedís era una gran cosa; y habiendo preguntado el príncipe a algunos caballeros ancianos, de los que allí estaban: «¿Qué dieron a vuestro padre en casamiento?», unos decían trescientos mil maravedís, otros doscientos cincuenta. Y preguntándole a don Diego de Acevedo: «A vuestro padre, don Diego, ¿cuánto le dieron?», respondió: «Sepa vuestra alteza, que era pobre, y tomóla en camisa».

## CAPÍTULO V

### DE SOBRESCRITOS

El rey de Francia, don Francisco de Angulema, en un sobrescrito de una carta que envió a Garcilaso de la Vega, que estaba en Roma por embajador del emperador Carlos V, mandó poner: «Al embajador de los reyes y rey de los embajadores».

A un caballero que se llamaba don N. Velasco, envió un portugués en el sobrescrito: «Al muy magnífico señor don N. *de haber asco*».

El marqués de Tarifa envió una carta a un caballero de mediano estado, y puso el secretario el *señor* a un lado de la carta. Quejóse este caballero a otro, del cual lo supo el marqués. Y ofreciéndose otra vez ocasión de escribirle, puso el *señor* en un papelico por sí, dejando harto blanco en lo alto de la carta, y avisóle que él de su mano lo pusiese donde más le agradase.

Un caballero envió en un sobrescrito de una carta a un pobre escudero: «A mi señor primo». Respondióle el escudero en otro sobrescrito de esta manera:

*«Tal manera de favor  
no me la deis, ni la quiero;  
para primo soy grosero,  
y pobre para señor».*

A una señora muy vieja, que se llamaba doña Ana de Meneses, púsole un caballero en el sobrescrito de una carta: «A mi señora doña Ana *de mil meses*».

Un gentilhombre escribió a una señora muy avisada una carta sacada de un libro que se llamaba *Cárcel de amor* (1), pareciéndole que no sabría de dónde se habría sacado. Como ella la leyó en presencia de quien la había traído, tornósela a dar, diciendo: «Esta carta no viene a mí, sino a Laureola».

Escribió un escudero una carta a un veinticuatro de Sevilla. Puso en el sobrescrito, después de haber puesto el nombre, dos xx. y iiij. Leyendo uno el sobrescrito, dijo que decía: «Al magnífico señor N. xx y nueve».

(1) Del autor español Diego de San Pedro.

## CAPÍTULO VI

### DE CORTESÍA

Llevaba un escudero a las ancas de una mula a su madre, y topando al duque de Nájera don N., no muy bien criado, porfiaba por irle a acompañar. La madre, que era más avisada, dábale pellizcos para que no lo hiciese. Pareciéndole a él que era seña para no dejar de ir, mientras más le pellizcaba, más le porfiaba.

Cuando murió el rey de Hungría, salió aquel día el emperador Carlos V con gran luto. Llevábale la falda el conde Nasao. Un caballero, presumiendo de muy cortés, asió de la falda del conde Nasao, y llevóla hasta que el conde volvió la cabeza y le vió; y muy enojado le dijo: «Solta, el diablo tenporte».

Un conde quería pasar un río, y pareciéndole que estaba hondo, mandó a un trompeta que pasase adelante. Él, mostrándose buen criado, respondió: «Pase, V. md.».

Pidió un caballero a otro, que era su igual en linaje y estado, la mano para besarla, porque era más anciano que él. Dándosela, asió de ella a manera de amistad, diciendo: «Señor, yo y V. md. para otros dos».

Escribiendo uno a su mujer, puso a par de la firma: «El menor marido de V. md.».

A un catedrático en Salamanca, ofreciósele de llevar a una señora a ancas de su mula. Y antes que subiese, decíale: «Suba V. md.». Ella se excusaba. Y tornaba él a porfiar: «V. md. ha de subir primero».

Una condesa viuda firmaba: «La triste condesa». Escribiendo a un criado labrador, que tenía cargo de



cierta hacienda que tenía en el campo, respondiendo a la carta de la condesa, puso la firma: «El triste Pedro García».

## CAPÍTULO VII

### DE JUEGO

Cuando fué la hermana del emperador Carlos V a casar con el rey de Portugal, queriendo pasar las barcas de Alconete, iba el río muy crecido. Una señora, antes que entrase en la barca, rogó a su hijo que por servicio de Dios, si se ahogase en el río, no le enjugase los vestidos hasta que la hubiesen enterrado.

Jugando una señora a los naipes en presencia de un caballero que la servía, con otro caballero de quien él tenía celos, dijo ella: «Señor, ¿qué le parece a V. md. qué malas cartas me da el señor don N.?» Respondió él: «Señora, no las tome».

Decía un tahir que los dados tenían la propiedad del bocado con que se purgan, que con pequeño bocado purgan mucho. Y así, con los dados, con poco punto vacian la bolsa.

Encareciendo uno el daño que hacen los tahures, decía que eran peores que logreros; que el logrero gana con ciento, diez; pero el tahir, con diez, gana ciento.

Uno que era muy sucio, jugaba a los naipes, y porque perdía, ofrecíase al diablo. Díjole el con quien jugaba: «Si llevara, sino que tiene asco».

En la ciudad de Toledo, salían de una casa de juego dos hombres riñendo, porque le había ganado el uno al otro muy grande cantidad de hacienda; ya no le quedaba más que jugar, y él, como picado, por-

fiaba de jugar con el mismo. Habíanle avisado al que perdía, unos amigos suyos, que no jugase con aquel hombre, porque era fullero. Él no les quiso creer hasta haber perdido; y le dijo al que le había ganado que se había de quejar al corregidor, porque le había ganado falsamente su hacienda, y como tenía testigos, que sabían era fullero. Agravióse el otro de esto, y así vinieron a reñir. Al tiempo de la pendencia, pasaban por la calle dos religiosos de la orden de San Francisco, y procuraron hacerlos amigos. Preguntando los religiosos por qué reñían, les dijeron la ocasión. Los religiosos rogaron al que había ganado volviese la mitad. Y diciéndoles que dejasen tan mal vicio como era el jugar, pues siempre que jugaban ofendían a Dios con los siete pecados mortales, respondió el que había ganado, que antes él hallaba que era singular remedio contra todos los vicios. Y fundábalo así:

«¿Qué soberbia puede tener quien acaba de perder con un conde cien ducados y se abaja luego a jugar seis reales con su mozo de espuelas?

»¿Qué avaricia tendrá quien no sabe guardar un real que no lo juegue?

»¿Cómo se ocupará en lujuria el que siempre está jugando?

»¿Qué ira podrá tener el que sufre mil vituperios porque no se levanten del juego?

»¿Qué gula, el que no osa gastar medio real por tener que jugar?

»¿Qué envidia tendrá de lo ajeno el que tan mal depende lo propio?

»¿Qué pereza quien no se contenta jugar los días, mas hace de las noches días?»

Jugando un mercader a la primera con un capitán, cada vez que el mercader le tiraba algún resto, decía

el capitán un Pese a tal. Ganóle el mercader todo el dinero y quitóselo el capitán. Díjole el mercader: «Si me lo habías de quitar, ¿para qué renegábades?»

Decía el Gran Capitán <sup>(1)</sup> que el que juega no puede ser hombre de bien; porque él oye lo que no debía sufrir o dice lo que no era bien que le oyesen.

Preguntando a un jugador de qué traía perdido el color y andaba siempre tan amarillo, respondió: «De los sobresaltos que le daban».

Preguntó uno que quién era un gentilhomme que andaba en la corte en un buen caballo, bien acompañado de criados. Dijéronle: «Es un hombre que al juego de la pelota, sin otro oficio ni renta, sustenta eso que veis». Respondió: «No he visto hombre que con faltas ajenas remedie las suyas, como éste».

## CAPÍTULO VIII

### DE MESA

En un convite, estaba a la mesa un mancebo, que en glotonía había gastado muchas tierras y heredades que había heredado de su padre. Díjole uno: «Las tierras suelen tragar a los hombres, y éste se ha tragado las tierras».

Un escudero escogió por compañero en una merienda a un viejo que no tenía dientes; el cual se dió tan buena maña, que comió más que el escudero. Cuando se levantaron, le dijo: «¡Por mi vida, señor, que habéis corrido bien, aunque veníades desherrado!»

Convidaron a uno a cenar, y pusiéronle rábanos al principio. Díjole el convidado: «En mi tierra, al fin

<sup>(1)</sup> Gonzalo Fernández de Córdoba, famoso general español (1453-1515).

se ponen éstos». Respondió el que le convidó: «Y aquí también».

Preguntando a uno a qué hora era bien comer, respondieronle: «Para el rico, cuando ha gana, y para el pobre, cuando lo tiene».

Dos compañeros tenían a asar un capón. Preguntó el uno al otro si tenía padre. El cual le contó muy de espacio, cómo era muerto, diciendo de qué murió y en qué lugar y qué tanto había que era muerto. Y pareciéndole que mientras que el otro contaba de la manera que su padre murió comería la mayor parte del capón, que ya estaba cortado, preguntóle: «Pues, hermano, ¿de qué murió vuestro padre?» Respondió: «Súpito».

Entró un caballero a visitar a otro, el cual estaba comiendo unas guindas, puestos unos antojos (1). Preguntóle uno que pues tenía buena vista, por qué comía con antojos. Respondió: «Señor, he deseado comer unas guindas garrafales y el despensero no se atrevió a traérmelas, por ser caras; y comiendo éstas con estos antojos, que crecen (2) mucho, las tengo por garrafales».

El doctor Ayala decía que era saludable cosa desayunarse por las mañanas en los días caniculares. Preguntándole cuándo comenzaban, respondió: «Quince días antes de las calendas de agosto, según dice Plinio, que son a diecisiete de julio, y acaban a tantos de septiembre». Dijo Saavedra: «No las cuento de esa manera». Preguntándole cómo, dijo: «A mi cuenta, comienzan primero de enero y acaban postrero de diciembre».

Estando la corte del emperador Carlos V en Toledo, allegaron juntos dos despenseros de dos señores a

(1) Antecjos.

(2) Aumentan.

comprar un sollo, y pujaban tanto cada uno por llevarlo, que dijo el uno: «Tomad cuarenta ducados y dádmele». Respondió el otro: «Mas veis aquí cincuenta, y que sea mío». Oyendo esto, un labrador dijo: «Renegad de tierra, que vale más un pescado muerto que cuatro bueyes vivos».

En un banquete de cuaresma servían a la mesa de un señor mantecas frescas. Preguntándole a un caballero cómo a él no le servían de ellas, respondió: «Piensa el maestresala que no tengo bula».

Convidó uno a cenar a un amigo suyo, y como le hubiese dado muy cortamente de cenar, quiso cumplir la falta con palabras, diciendo: «No habemos dado a vuestra merced aves por estar manidas». Respondió el convidado: «Mejor fuera que lo dijeran ellas».

Llegó el conde de Cabra una noche a las once a Sevilla y fué a posar en casa de don Bernardino de Estúñiga. Y dándole a cenar, pusieronle un pollo asado, y el conde dió del plato. Dijo don Bernardino: «Juegue vuestra señoría dél, que de ahí es el triunfo».

En un banquete que hizo un señor a muchos caballeros, después de haber servido muy diversos manjares, sacaron bardos enteros y pusieron a un capitán de una nao, que estaba al cabo de la mesa, un pez muy pequeño. Y mientras que los otros comían de los grandes, tomó él el pececillo y púsole a la oreja. El señor que hacía el banquete, paróse mientes y preguntóle la causa. Respondió: «Señor, mi padre tenía el mismo oficio que yo tengo, y, por su desdicha y mía, anegóse en el mar, y no sabemos adónde; y desde entonces, a todos los peces que veo pregunto si saben de él. Díceme éste que era chiquito, que no se acuerda».

Un escudero convidó a otro a comer, y excusándose el convidado por no echarle en costa, le prometió de no traerle como a extraño, sino como a amigo, con lo que tenía en su posada de ordinario. Después de haber

comido muy cortamente, dijo el convidado. «En verdad, señor, que no pensé que éramos tan amigos».

Pidió un caballero que le diesen de comer. Díjole un criado: «Señor, no son más que las diez». Respondió: «¿Qué se me da a mí que el reloj dé las diez si mi estómago da las doce?»

A un francés dábanle uvas al principio de comer. Dijo que no las comía sino a la postre, porque sobre cosa redonda no se hace buen edificio.

Convidó un caballero a comer a otro, y al segundo manjar sirvieron aceitunas. Sonrióse el convidado y díjole: «Señor, ¿a dónde hubieron estas aceitunas, porque me parecen muy tempranas?» Respondió: «De Sevilla son, y hartas hay en este pueblo». Replicó el convidado: «Yo bien creo que las abra, mas por cierto que yo en mi vida no las he comido más tempranas que aquí».

Un convidado halló un pelo en el manjar. Quitóle, diciendo: «A lo menos, no podréis decir que no teníades un pelo que darme a comer».

Preguntó uno a otro que había estado en un banquete el día de San Juan, de junio, qué tal había sido. Respondió: «Todo nos lo dieron frío, salvo el vino, que estaba caliente».

A un fraile, que era convidado de un escudero, pusiéronle delante unos huevos; echó la bendición, diciendo: «*Hoc et plus benedicat Dominus Jesus*». Dijo el escudero: «Padre, bendiga lo que agora está presente en la mesa, porque en verdad le digo que no hay más que comer».

Afeitando un barbero en Sevilla a uno que era gran bebedor, trayéndole la tijera encima de los labios, dijo: «Cuando el agua llegue aquí, N., ¡ay de ti!» Está en la ribera del río Guadalquivir, junto a la cerca de la ciudad, que dicen el Almenilla, esta letra:

*Cuando el agua llegue aquí,  
jáy, Sevilla, qué es de tí!*

Para motejar a uno de buen bebedor, díjole otro que las continuas avenidas le habían derribado los molinos y llevado las presas.

A una señora que era muy enemiga del vino, dándole un paje un jarro de agua, acertó a estar aquél jarro de vino. Enojada con el paje, mandóle traer otro, y también sabía a vino. Díjole un criado de la misma señora: «No tiene la culpa el paje, que todo sabe así, que nadó ayer en Talavera».

Un señor dijo a uno, que era su convidado, que bebía muy poco vino: «Si todos bebiesen como vos, barato saldría el vino». Respondió: «Antes valdría caro, porque yo bebo cuanto quiero».

A un castellano que bebía mucho, preguntóle un portugués si bebería un cruzado. Respondió: «Y aun una cruzada».

Uno que era amigo del vino, el día de Ramos llevaba un ramo en la procesión. Díjole un amigo suyo: «En casa tan conocida, no hay necesidad de ramo a la puerta».

Reprendiendo un médico a uno porque bebía mucho vino en tiempo de pestilencia, respondió que bebía mucho porque cuando viniese la pestilencia a él, pensase que era cuero y pasase adelante.

A un gran bebedor, que tenía fiebre, preguntó el médico qué quería. Respondió: «Que me curéis la calentura, y no la sed».

Riñendo un señor con su criado, el cual era gran bebedor, dijo el criado: «Pues, ¿qué hago yo?» Respondió el amo: «Cuatro azumbres».

Un criado de un duque, que bebía demasiadamente, cayó de una escalera y lastimóse las narices, y fué necesario ponerse un parche en ellas. Entrando a servir al duque, preguntóle cómo venía así. Respondió el maestresala: «Tráigole con capirote, porque no se abata a las tabernas».

Estando la corte del emperador Carlos V en Toledo, un flamenco entró una tarde en una taberna, y bebió cinco azumbres de vino y quedóse dormido. Y despertando otro día de mañana, pidióle la tabernera que le pagase seis azumbres de vino que le había dado. El porfiaba que no eran más que cinco, diciendo: «Mi tripa no hace más de cinco azumbres». Dijo la tabernera: «Verdad decis; mas este vino, como es bueno, subióse una azumbre a la cabeza, y cinco del vientre son seis». El flamenco respondió: «Tú has dicho la razón».

A un mayordomo de un señor que estaba muy enojado, preguntóle un amigo qué había. Respondió: «Ha reñido conmigo Fulana, y voto a tal que es una gran borracha». Díjole: «No hagáis caso de enojos de mujeres, especialmente que siempre riñen con quien más quieren». Acudió el mayordomo, diciendo: «Pues enójese con San Martín, Madrigal, Yepes, Coca y Ciudad Real; y no conmigo».

Un día de Corpus Christi hicieron en un pueblo una danza. Y a las cuatro de la tarde, uno de los danzantes, que había bebido mucho, echóse a dormir, vestido como estaba, y no se levantó hasta el otro día a la misma hora, e iba preguntando: «¿Hacia dónde va la danza?, que soy yo la guía y no se puede hacer nada s'n mí».

Un jurado de Toledo fué a visitar a un enfermo que tenía fama que bebía mucho. Preguntando qué beneficio le habían hecho, dijeron que le habían puesto un emplasto de hojas de parra. Respondió: «Muy bien es, porque son los pelos del perro que le mordió».



Fué un enfermo con otro amigo suyo a ver al susodicho jurado, que había venido de fuera de la ciudad; asentóse en un banco junto a un costal de harina. Avisándole el compañero que se desviasse, no se le pegase la harina, dijo el jurado: «No os quitéis, señor; éste la ofrenda junta».

El doctor Córdoba, en Toledo, aconsejaba a un borracho, que tenía un ojo malo, que no bebiese vino, que le perdería. Dijo: «Mas quiero perder una ventana que toda la casa».

Leyendo una escritura a un buen bebedor, en que se obligaba por cierta fianza, cuando dijo el escribano que renunciaba tal y tal ley, respondió uno: «¡A osadas, que no renuncio a la de Toro!» (1).

Traía un borracho un sayo de la cinta arriba de terciopelo y de allí abajo un chamelote (2). Preguntándole por qué le traía así, respondió: «Por que no me den las aguas de la cinta arriba».

Uno tomábase muchas veces del vino, y aconsejábanle algunos amigos que lo aguase mucho. Respondió que si fuera menester aguado, no lo criara Dios puro, sino aguado; y para darnos a entender que no lo habíamos de aguar, puso aquél taponcito en cada una.

Andaban unos flamencos saltando en unos caballos muy saltadores, en Valladolid, un día de Alegrías. Dijo un caballero español a uno de los flamencos, que decía: «¡Alegría, alegría!», que aquello no era alegría, sino mata uva.

A un hombre rico que bebía mucho y maltrataba de palabra a otro que era grueso, respondió: «Suplico a V. md. que ya que no me trata bien por quien soy, lo haga siquiera porque parezco cuero».

(1) Alusión a las *Leyes de Toro*, publicadas por las Cortes celebradas el año 1505 en dicha ciudad de la provincia de Zamora (España).

(2) Camelote, tejido fuerte e impermeable.

CAPÍTULO I  
DE DICHS GRACIOSOS

Un portugués y un castellano trocaron una mula por otra, sin que volviese el uno al otro cosa alguna, y con las tachas que cada una tuviese. Hecho el trueque, queriendo el castellano burlarse con el portugués, fingiendo decir verdad, contó muchas tachas que tenía la mula que le había dado. De que el castellano hubo callado, respondió el portugués: «Desta manera fazo conta que llevo la mía».

Predicando un fraile portugués, decía: «*Os moros son próximos y os judeos son próximos, y os casteaos ainda son próximos*».

Los portugueses suelen decir por afrenta: «Andad para castellano». Aconteció en Lisboa que un castellano de buena disposición y traje, llegó a una tienda de joyería y preguntó a una moza que guardaba la tienda si tenía una pieza de Holanda. La moza se paró a una puerta que estaba dentro de la tienda, y llamó a su señora, diciendo: «Aquí está un castellano que quiere comprar una pieza de Holanda». Saliendo la portuguesa, volvió muy enojada a la moza y díjole: «Bellaca, mal criada; a un hombre como éste, ¿no has vergüenza llamarle castellano?»

En una fiesta que se hace en Lisboa, víspera de Nuestra Señora de Agosto, de una victoria que hubieron los portugueses de los castellanos, predicando un fraile portugués, decía: «Estábamos os christianos de un cabo del río y los castellanos de la otra parte».

Cuando el rey don Fernando estaba sobre la ciudad de Granada, un fidalgo portugués entró corriendo a

caballo por la puerta de Granada, y clavó con su puñal un escrito, que decía: «*Aquí chegou Vasco Fernández*». Sabiéndolo un criado del rey, pasó mucho más adelante, y puso con su puñal un escrito, que decía: «*Aquí nan chegou Vasco Fernández*».

Decía un portugués: «*Os finos amores, nan es sino saltar, y festejar; que lo demás, os asnos lo fazen*».

Un portugués, que había reñido con uno, estaba muy enojado, y por ruego de muchos vino a concluir la amistad, diciendo: «*A vida, eu se la otorgo, mas decepamento de membros, nan se pode escusar*».

Una dama portuguesa decía a otra dama que se parase a una ventana a ver el obispo de Braga. Respondió: «*Quitáosme allá, que nunca tuve gana de ver lugar de tres vecinos*».

Un hijo de un señor, caballero muy avisado, viendo que los más caballeros cortesanos traían cadenas de oro, y él por no tener dineros no la podía traer, acordó de hacer una de hierro sobredorada, y traíala debajo del sayo, que no parecía sino un poco de ella. Cayendo en la cuenta una dama a quien él servía, para ver qué le respondía, le dijo: «*Señor, ¿por qué trae V. md. esta cadena tan allegada al pecho?*» Él, entendiendo que era conocida su cautela, con graciosa risa, respondió: «*Señora, doyle siempre la teta, porque no llore, ni haga ruido*».

Cañizares arrendó mucha yerba para ganado, pensando de tornarlo a arrendar, y ganar muchos dineros en ello; y sucedióle al contrario que perdió cuanto tenía. Si dijeren de qué murió Cañizares, digan que yerbas le mataron.

Este mismo decía que el que bailaba no difería del loco, sino que el otro lo era toda la vida, y él mientras bailaba.

Decía que pedir la cosa más de una vez, que era tomarla.

Viendo un negociante en Corte a un ahorcado, le dijo: «¡Bienaventurado tú, que no tienes que hacer con el Gran Canciller!»

Preguntando una mujer a un buhonero, que le vendía un estuche, quién era su amiga, púsole un espejo en la mano, diciendo: «Ahí la verá V. md.».

Secrestando <sup>(1)</sup> un pesquisidor una noche la plata de un caballero, uno que se decía Páez, mató una haca; y entretanto que traían luz, escondieron muchas piezas de plata. Mandó el pesquisidor prender a Páez. El promotor encarecía mucho. Díjole Páez: «¿Qué parentesco os tenía aquella haca, que tanto pedís su muerte?»

Preguntándole a Páez un amigo suyo con quién pondría su hijo para que aprendiese a contar, respondió: «Con N., que os llevará poco, y es el mayor contador que hay en el reino; pero es de vidas ajenas».

Saliendo Páez de su casa muy enojado, cayó en el lodo. Dijo a uno, que le quería ayudar a levantar: «Dejadme, que por mal que estoy aquí, mejor estoy que en mi casa».

Había dado un señor a un escudero, que le había servido mucho tiempo, dos lanzas de partido. Díjole un día que le diese la una de ellas para dar a otro criado. Respondióle: «Sírvase V. md. también de esotra para vítores».

Fué un caballero a buscar a otro a su posada, y oyéndole hablar, preguntó a un paje si estaba su señor en casa. Negándole el paje, fué enojado. Acaeció que

(1) Gerundio del verbo arcaico *secrestar*, equivalente a *incautarse* o *secuestrar*.

aquel caballero, a quien él fué a buscar, vino otro día a su casa. Y preguntando por él, el mismo dijo: «No estoy en casa». Queriendo el otro saber dél, porque lo decía, respondió: «No es mucho que me crea V. md. hoy a mí, pues ayer creí yo a su criado».

Alababa un mayorazgo a su hermano, que le estaba bien un sayo pardo. Respondió: «Mejor me estuviera uno de luto».

Dijeron a uno, que traía una ruin ropa de martas: «Esas martas más parecen Miércoles de Ceniza que Martes de Carnestolendas».

Decía uno que los que dicen: «No lo sé decir». Como lo siento acá dentro, que son bachilleres en el estómago.

Fué uno a pedir un asno prestado a un vecino. Dijo que no le tenía en casa. Sucedió que en diciendo esto, rebuznó el asno. Replicó el que se lo pedía: «¿Cómo decíades que no estaba en casa?» Respondióle muy enojado: «Pues cuerpo de tal, ¿creéis más a mi asno que a mí?»

Estando un escudero a la muerte, dejó mandado a un hijo, que tenía solo, que vendiese tres halcones, que valían gran precio. Mandó que del valor del uno pagase las deudas que debía; y de lo que valiese el otro hiciese bien por su alma; y el tercero fuese para él, muerto el padre. Desde a pocos días fuésele el uno de ellos, que no le pudo más ver, y dijo: «Este vaya por el ánima de mi padre».

Un hombre, que se llamaba Pedro el Negro, pasando por la Dehesa de las Calabazas, que es cerca de Toledo, salió a él un mastín de ganado, y yéndole a morder, dióle una lanzada. Demandóle el dueño delante la justicia, que le pagase lo que valía el perro. Preguntóle el alcalde: «¿Por qué, cuando el mastín os vino a morder, no le disteis con el asta de la lanza,

y no con la punta?» Respondió: «Porque no me venía a morder con la cola, sino con la boca».

Descalabró uno a su mujer por cierta terribilidad que en ella había, y curóla con mucha costa, y cuidado, tanto que ella decía entre sí: «Yo estoy segura que de aquí adelante no ose mi marido hacerme mal, por no gastar otro tanto como ha gastado». Entendiendo el contento de su mujer, desque estuvo sana, en presencia de ella hizo cuenta con el boticario y cirujano; y averiguada cuenta con ellos, dijo: «Señores, yo os debo tantos reales, veislos aquí, y tomad otros tantos para otra vez, si se ofreciere que los haya menester mi mujer».

Un señor de este reino escribió a un caballero, que era su pariente, que le enviase una docena de alabardas, porque le habían dicho que se hacían muy buenas en aquella ciudad. Por no entenderlo, o por descuido, por poner alabardas, puso albardas. El secretario, vista la carta, mandó que se buscase el mejor oficial; y hechas, envióselas. Como recibió la carta, escribióle dándole las gracias por las albardas, diciendo que ellas habían sido muy bien enviadas, y mejor merecidas: las seis para su secretario, porque por poner alabardas, puso albardas; y las otras seis para él, por haber firmado la carta sin leerla.

Un escudero fué a negociar con el duque de Alba don N., y como no le diesen silla, quitóse la capa, y asentóse en ella. El duque le mandó dar silla. Dijo el escudero: «Vuestra señoría perdone mi mala crianza, que como estoy acostumbrado en mi casa de asentarme, desvanecióseme la cabeza». Como hubo negociado, salióse en cuerpo, sin cobijarse la capa. Trayéndosela un paje, le dijo: «Servíos de ella, que a mí me ha servido de silla, y no la quiero llevar más a cuestas».

El Comendador Griego, catedrático en Salamanca, que murió de mucha edad, nunca se curaba por pare-

cer de médico. Estando enfermo, fué importunado de muchos amigos, que llamase un doctor, el mejor que había en Salamanca. Y desde que le hubieron hecho relación de la enfermedad, y tentó el pulso, y vió la orina, mandó que tomase unos jarabes; y como los trajeron, mandó a un mozo que los echase en un bacín, y los guardase. Y cada día, como los traía de la botica, los mandaba echar allí. Pareciéndole al doctor, que estaba bien jaropeado, ordenó una purga, la cual él mandó echar con los jarabes. Visitándole un médico, preguntóle si había purgado, y mandóle mostrar el bacín; como le vió, dijo: «¿Qué le parece a V. md. qué cosa tan mala tenía en su cuerpo?» Respondió: «Y aun por ser ello tal, no lo metí en él».

## CAPÍTULO II DE APODOS

Mirando unos caballeros las damas de la reina doña Isabel, mujer del rey católico, iba a la postre la guarda de las damas, que era vieja, flaca y fea. Dijo Alonso Carrillo que parecía muerte en cabo de rosario.

A una mujer enamorada, y que andaba vestida de blanco, dijo que había echado la castidad en la corteza.

Paseándose la reina por un lugar, vió en una calle muchas tinajas vacías, medio trastornadas. Preguntó Alonso Carrillo qué parecían. Respondió: «Frailes, que están en *Gloria Patri*».

Estando en el Alcázar de Sevilla, do se ve la Huerta del Alcoba, que tiene muchos naranjos, dijo que parecían espinacas con garbanzos.

A unas damas, que tenían mucho color en los carrillos, dijo que parecían ovejas almagradas, que pasaban a Extremadura.

A uno, que traía las mangas de una casaca puestas en el cinto, dijo que parecía gallina, vueltos los alones.

A un licenciado, que era muy luengo y derecho, apodó que parecía al Derecho Civil.

Preguntando al mismo qué le parecía de un escudo de mucha diversidad de armas, respondió: «Plato de menudillos de aves».

A un caballero, que traía los mozos muy destrozos, dijo que parecían huevos perdidos.

En Toledo, en la portada de las casas del arzobispo, están unas ninfas grandes de piedra, que tienen asidos unos escudos grandes por lo alto, con sus armas del arzobispo don Juan de Tavera. Fué apodado por un canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, que se llamaba Diego López Ayala, que parecían aquellas ninfas molineros que están atando el costal.

La primera vez que en la Santa Iglesia de Toledo tañeron los coros, que dió el arzobispo de Toledo don Juan Martínez Siliceo, dijo este canónigo que parecían en el sonido gato que le pisan la cola.

Haciendo en esta Santa Iglesia una procesión muy solemne un viernes de cuaresma, por la elección de un Sumo Pontífice, tañían las chirimías, y sacabuches. Apodó el susodicho canónigo que parecía melón de invierno.

A uno que tenía poco pelo en la barba, dijo que parecía lugar despoblado en tiempo de pestilencia.

En un juego de cañas, que se hizo en Valladolid, salió un caballero muy cano vestido de verde; y al pasar de la carrera, cayósele la máscara, y quedó la calva de fuera. Preguntó el emperador al truhán don Francés: «¿Qué te parece de aquel caballero?» Respondió: «Que no he visto en mi vida puerro que tan bien haya pasado la carrera».



Hicieron un pasadizo muy largo y angosto, desde la casa de palacio del rey católico hasta la casa de don Íñigo López. Enviándole a visitar desde Alba, y preguntando el mensajero cómo estaba su merced, y toda su casa, respondió que estando su casa buena, le había echado una melecina (1) sin necesidad.

Don Diego de Mendoza, conde de Melito, tenía huéspedes una noche, y fué muy corta la cena. Reprendió a su maestresala, diciendo: «Ponce, esta cena era buena para espada, porque junta presto la punta con el pomo».

Salió en unas justas un caballero vestido de luto, y por la ropa sembrados unos huesos de muertos; y a uno que apodó que parecían majaderos, respondió un criado del caballero: «Si lo fueran, vos estuviérades allí».

### CAPÍTULO III

#### DE MOTEJAR DE LINAJE

Convidó un hidalgo a un cristiano nuevo (2), y pusieron a la mesa menudo de puerco bien guisado. Sospechando el convidado lo que podía ser, dijo: «Señor, suplico a vuestra merced me diga qué manjar es éste». Respondió: «Es una pajarilla de puerco». El cristiano nuevo, puesto las manos, dijo, mirando al cielo: «¡Oh, si pluguiese a Dios que volase!»

Comprando un hidalgo un tocino, otro que no lo era, pujóselo. Dijo el hidalgo: «Yo os prometo que, pues me pujáis el tocino, que yo os puje los garbanzos».

Entrando acaso uno en casa de un hidalgo, mandó esconder unos tocinos, que estaban en el suelo. Dijo el que venía de fuera: «¿Por qué los meten?, que en

(1) Medicina, remedio.

(2) Judío converso, poco tiempo después de bautizado.

verdad que me crié con ellos». Respondió el hidalgo: «Es verdad, que os lo pusieron en la teta por acíbar para destetaros».

Un caballero mandó llamar a un mercader para venderle un surdo de seda, que le habían enviado presentado desde las Indias. El mercader se ofreció de comprársele, si le tomaba en trueco una muy buena mercadería, que era azafrán. Preguntóle el caballero: «¿De qué pueblo sois?» Sabido, que de Sevilla, le dijo: «Pues sois desta ciudad, negociad con el reverendísimo arzobispo, que es inquisidor mayor, que como los manda asar, los mande de aquí adelante cocer, que no nos desconcertaremos en el azafrán».

Uno, que cobijaba el día de Todos Santos su sepultura, y otra que estaba a par della, le dijo cuya era: «Ayer entrastes en la iglesia, y hoy os queréis alzar con todo».

Preguntó a un hidalgo uno, que tenía más de rico que de cristiano viejo, qué remedio tendría para poder comer, porque se levantaba de una gran dolencia, y con ninguna cosa tenía apetito. Respondióle: «Tened manera como os hagáis hidalgo, y comeros eis los codos de hambre».

Riñendo dos vecinos, dijo el uno al otro: «¡Andad para borracho!» El otro le respondió: «¡Andad para judío!» El que llamó al otro borracho, era buen bebedor; y el que llamó judío era tornadizo. Topándose otro día, dijo el buen bebedor al tornadizo: «Hermano, vuélveme mi borracho, y toma tu judío».

A un caballero, díjole uno desvergonzadamente, topándole algo flaco: «¡Muy rabiseco anda V. md.!» Respondió: «Yo soy el seco, y vos lo demás».

Predicando en Toledo un clerigón el Sermón del Obispillo el día de San Nicolás, siendo el obispillo hijo

de un cristiano nuevo, dijo así: «Costumbre es, señores, cuando hacéis algún obispo en vuestra casa, comerle cocido; pues si aquellos son buenos para cocidos, este nuestro obispo, muy mejor será para asado».

Querían dos caballeros pasar un río, y no se atrevía ninguno, por no saber su hondura. Adelantóse un cristiano nuevo, que venía con ellos, y pasóle muy determinadamente. Diciéndole después algunos de la compañía, que se maravillaban mucho, que siendo quien era, que naturalmente son medrosos, atreverse a semejante caso, respondió uno de aquellos caballeros: «Del fuego le libre Dios, que del agua poco miedo le tiene».

Cuando el rey católico puso la Inquisición, fuéronse muchos tornadizos de judíos fuera de estos reinos, a Francia, y a otras partes. Paseándose uno de éstos por un pueblo principal de Francia, por la ribera de la mar, vió desembarcar a uno de su tierra. Llegóse luego hacia la nao, y vió que traía su mujer, e hijo, y hacienda. Como salió en tierra, preguntóle la causa de su venida. Él, disimulando el caso, dijo: «Señor, por muerte de uno me vengo acá». Respondió el que lo preguntaba: «Y aun por esta misma muerte venimos acá todos».

Uno, que no era hidalgo, vistiéndose un sayo de terciopelo, congojábase, y dijo que no sabía que se había. Díjole un escudero: «Debeos de probar la seda».

Mostrando uno su casa a un caballero, entre otras cosas que le mostró, fué una pieza, en que estaban colgados doscientos tocinos, diciendo: «¿Qué le parece a V. md. qué buenas sala de arneses?» Como vido el caballero que no había ninguno encentado, respondió: Buena, y que no les falta hebilla».

Pedía uno a otro, que pues le había dado su fe, de darle para tal día ciertos dineros, por qué no lo cumplía. Respondióle muy enojado: «Si os di mi fe, fué para remendar la vuestra». Llegó entonces un caba-

llero que los conocía, y procurando de hacerlos amigos, agraviábase mucho al que le habían dicho: «Si os di mi fe, fué para remendar la vuestra». Oyéndole el caballero, dijo: «Siendo, como es, todo un paño, no se parecerá el remiendo».

En un convite puso uno a otro delante un pedazo de tocino, diciendo: «Jaque». El otro tomó el tocino, y púsolo sobre las ancas de un capón, y díjole: «Mate, en casa señalada».

Topándose estos mismos en la calle, que iban a caballo, preguntó el que puso al otro el tocino sobre las ancas del capón: «¿Por qué cabalga V. md. tan trasero?» Respondió: «Por no matarle en la cruz».

En un banquete habían dado lechones dorados. Dijo uno que era bien hecho, porque si las píldoras no se doraban, pocos estómagos las recibirían.

En otro banquete, que hizo un caballero en el campo, hallóse allí un cristiano nuevo, y sirvieron un pernil de tocino; y él, de temor, no pudo dejar de comer de ello; y desviándose de allí, debajo de una encina, puso los dedos en la boca, y echólo fuera. Burlando dél dos caballeros que lo vieron, dijéronle cómo no lo sufría su estómago. Respondió: «No es esto, sino como sintió el puerco la bellota, no hubo diablo que lo detuviese allá dentro».

Pidiendo uno a un escudero un capirote de luto prestado, para un enterramiento, respondióle: «No habéis menester capirote, que vos sois gavilán».

Amenazaba un escudero a uno que era de ruin casta, porque no hacía cierta cosa que le rogaba. Dijo el otro: «Mira, señor, por bien, llevarme hasta Jerusalén, con una cuerda de lana; mas por mal, ni aun un paso». Respondióle el escudero: «Esto será por ser camino de vuestra tierra».

El mismo había ganado gran cantidad de dineros a logrero, e hizo una capilla en la parroquia donde moraba. Viéndolo un caballero, dijo: «Después de haber robado el capuz, ofrece la capilla al templo».

Traía uno, que no era muy hidalgo, un sayo, con unas lisonjas, como llamas. Loándole de galán, díjole un caballero que era verdad; pero que andaba en peligro, por ser la casa pajiza.

Uno llamó a otro tornadizo; y habiendo dado queja dél, y condenándole a que se desdijese, conforme a la ley del reino, consintió la sentencia, y dijo: «Yo me desdigo de lo que dije, que juro a tal, que mentí en llamarle torñadizo, que nunca se tornó, que tan moro se está hoy, como el primer día».

#### CAPÍTULO IV DE MOTEJAR DE LOCO

Burlándose un gentilhombre con unas señoras, dijo la una de ellas: «No diga locuras, que le atarán con una cuerda». Respondió: «Seguro estoy que no la habrá entre Vs. mds.».

Don Diego López de Mendoza, duque del Infantazgo, iba entre dos caballeros livianos. Viéndolo un loco, le dijo a grandes voces: «Duque, peligro corriades». El duque preguntó: «¿De qué?» Respondió: «De ahogaros, si no fuérades entre dos calabazas».

A uno que traía una gorra muy pequeña, con muchos clavos de oro, le dijeron que la herradura era conforme a los cascos.

Contando un letrado cierta cosa delicada a dos hombres algo livianos de seso, diciendo uno de ellos, que no lo entendía, respondió: «Bien lo creo, porque las calabazas no tocan a lo hondo».

Jugando uno a la pelota, dió a otro tan gran golpe con la cabeza en los pechos, que le derribó. Siendo preguntado cómo se sentía, respondió: «Que no lo había dado con el tercio vacío».

## CAPÍTULO V DE MOTEJAR DE NECIO

A Hernando del Pulgar, coronista del rey católico, preguntó uno qué remedio tendría para ser sabio. Respondió: «Por cierto, yo no lo sé, porque ello viene por una parte, y vos vais por otra, y es imposible toparos».

Uno, que era tenido por necio, tropezó en un gran canto. Dijo un escudero: «Nunca he visto a N. caer en cosa, sino en aquella piedra».

Hernando de Ayala, preguntó a un hijo de un comendador: «¿Quién heredó la inocencia del señor vuestro padre?» Respondió: «Señor, yo y mis hermanos; y a mí me mejoró en tercio y quinto».

A uno, que traía en algunas calzas una guarnición de unas franjas, que llaman majaderuelos, díjole uno: «Señor, cubrios». Preguntando por qué, respondió: «Porque no digan que echáis pimpollos».

A un caballero deste reino proveyeron por corregidor de Badajoz, y era hombre no muy sabio, ni experimentado. Don Alonso Enríquez, cuando lo supo, dijo: «Mal han proveído los del Consejo». Preguntando por qué, respondió: «Porque no puede ser corregidor en su tierra».

A un hombre no muy sabio, riñendo con Bejarano, iba a darle con un majadero. Volvió las espaldas, diciendo: «¿Dos a mí? ¿Dos a mí?»

Increpando a uno por qué no respondía a lo que un necio le decía, respondió: «Soy como tordo viejo en campanario, que no hago caso de las badajadas que oigo».

Alabando a un necio por sabio, diciendo que era muy hondo, dijo uno: «Y tan hondo, que no le alcanzarán con dos sobrecargas».

Diciendo uno a otro que le parecía muy necio, respondió: «¿Sabéis por qué os parezco necio?, porque os hablo en necio, para que me entendáis».

Un licenciado, que era muy necio, andaba muy solícito a buscar un vestido de camino. Supo que un amigo suyo le tenía; y después de haberle importunado mucho que se le prestase, respondió que antes le prestaría una albarda con todos sus aparejos. A esta respuesta dijo otro, que se halló presente: «Este hábito no lo quiere ahora el señor licenciado, porque le conviene ir muy disimulado esta jornada».

El doctor Villalobos estaba delante del emperador, diciendo gracias; y preguntó un caballero a otro médico que venía con él, que por qué no hablaba. Dijo que él no sabía gracias, que eran de chocarreros, sino letras. Respondió el doctor Villalobos: «Pues mostradme a ser necio, y no seré gracioso».

María de Loches decía que quería ser infanta, porque había visto en Alcalá a las infantas. Dijéronla: «Si fueses infanta, haríante una saya de piedras». Respondió: «Con una que traigo de paño me muero de frío: ¿qué haría si fuese de piedra?»

Vió hacer unas franjas de oro muy ricas, y preguntó: «¿Cuántas brazadas hacen desto cada día?» Respondiéronle que hacían dos varas. Dijo ella: «Pues cuando yo hacía pleita en mi tierra, once, o doce brazadas tejía».

Decía un caballero que las necesidades eran como los duelos, que nunca viene uno solo; y así, en oyendo alguna necesidad, decía: «Bien vengas, si vienes sola».

## CAPÍTULO VI DE MOTEJAR DE BESTIA

Motejando un gentilhombre a una dama de flaca, le respondió: «Más delgado es un aguijón, y hace andar un asno».

Entró un escudero en casa de un caballero, que lo representaba sin serlo, y preguntó a un paje: «¿Qué hace vuestro señor?» Respondió: «Está comiendo». Díjole el escudero: «No digáis que estoy aquí, que yo esperaré». Anduvo paseándose cerca de una hora, y pasando por allí el paje, tornóle a preguntar si había comido. Dijo: «Señor, ya le quieren dar la paja». Salióse enojado, diciendo: «¿A cabo de dos horas no le han dado la paja? Voto a tal que no espere yo a que le den la cebada».

Un forastero traía un muy gran sombrero de paja, y estaba mucha gente alrededor mirándole. Llegóse a él un clérigo de Toledo, que se llamaba Palma, y díjole: «¿Tenéis aquí algún amigo?» Preguntóle: «¿Para qué?» Respondió: «Para que os defienda de tantas bestias como se han llegado a la paja, y por comer de ella, no os den algún bocado».

Quejándose uno a este mismo clérigo de la carestía de la cebada, diciendo que si no llovía, que creían que habían de morir todas las bestias, respondió: «Plegue a Dios de guardar a V. md.».

Queriendo hacer una burla una señora a un gentilhombre, entendiéndolo él, la dijo: «No a mí, señora, que he traído los atabales». Respondió ella: «Pues esos no se suelen traer sin albarda».



Jugando tres gentileshombres, entró un toro por la puerta, y el uno se escondió debajo de una cama, otro se metió en una tinaja, y el otro debajo de una albarda. Contando después cada uno cómo se había escapado, burlando del que se había metido debajo de la albarda, dijo uno: «Por cierto fué discreto, que quiso morir con su hábito».

Tenía un escudero una espada desenvainada, y dijo a un oficial: «Si no hubiese más de un pan en el mundo, ¿quién lo comería?» Respondió: V. md., si fuese sembrado».

Estando la Corte en Toledo, pasó un azacán por donde estaban dos escuderos, dando muy recios palos a su asno. Dijéronle los escuderos: «No le maltratéis tanto a este pobre asno». El azacán, quitándose el bonete, dijo: «Perdonad, señor asno, que pensé que no teníades parientes en Corte».

Un hidalgo casó con una hija de un labrador; y estando después descontento della, preguntóle que cuántas cargas de paja encerraba su suegro cada año. Respondió: «Hasta que me casé, trescientas; pero después acá, cuatrocientas, porque se le acrecentó una bestia más y muy tragona».

Diciendo uno a otro, que se cargaba encima: «¡Desviaos, que me matáis!», respondió: «Que no soy albarda».

Un hombre de buena disposición, ofrecióse de acompañar a un canónigo de Burgos, que era muy chiquito, el cual no consentía que le acompañase. Preguntóle que si lo hacía, por qué no viese la miseria de su casa. Respondió: «No lo hago, sino porque no me culpen, que voy a pie, llevando la bestia a par de mí».

Preguntó uno a un albardero si era aquel oficio de mucha ganancia. Respondió: «Si todos los asnos tra-

jesen albardas, yo ahorraría más de doscientos ducados cada año».

Un caballero preguntó a un escudero: «¿Vuestro hermano es vivo?» Respondió: «No señor, sino lerdo».

Dos gentileshombres, que se motejaban, enviáronse sendas coplas. Y sabiendo el uno de ellos que la copla que el otro le enviaba no era suya, le respondió que era muy gorda para alquilada.

## CAPÍTULO VII

### DE MOTEJAR DE ESCASO

En una casa de un señor de título de este reino, entró un labrador, preguntando: «¿Adónde está su merced?» Respondió un criado: «Su Señoría ahí dentro está; su Merced, no lo veréis».

A uno, que alababa mucho la bondad del huevo fresco, preguntóle un caballero: «¿Qué virtud tiene, que tanto lo encarecéis?» Respondió: «La que no tienen los señores; y es, que da mucho, y presto».

Un criado de un señor de este reino fué por su mandado a hacer una diligencia. Y fué tan diligente que mató el caballo en el camino. Mandó el señor apreciar el caballo para que se le pagase. Diciendo el mayordomo, como mandaba su señor, que le pagase cincuenta ducados por el caballo, y que le hacía merced de dos mil maravedís, respondió: «Esta no es merced, sino limosna».

Quejándose unos pajes a un caballero escaso, que no les daba el mayordomo a cenar sino rábanos y queso, mandó llamar al mayordomo, y díjole muy enojado: «¿Es verdad lo que dicen estos pajes, que todas las noches les dais a comer rábanos y queso?» El mayordomo, con gran temor, respondió: «Sí, señor».

Dijo el caballero: «Pues yo os mando que de aquí adelante les deis una noche rábanos y otra queso».

Estando la corte en Toledo, un huésped muy limitado, mandaba cada día un paje que sacase una caja de carne de membrillo en presencia de sus huéspedes; y sin convidarles con ello, cortaba un poquito, y mandábala luego meter en el arca, y debajo de llave. Mandóle una vez al paje que la sacase, y dijo el huésped donde posaba: «Hermano, no vayáis por ella, que ella está tan mostrada de ir y venir, que con mandárselo, se vendrá a la mano».

Un escudero muy escaso, encomendó a un corredor le hiciese haber un caballo, que fuese a su gusto. Después de haberle mostrado muchos caballos, en sabiendo el precio, decía: «No es a mi gusto». Entendiendo el corredor su intención, trájole un rocín viejo y flaco, diciéndole: «Señor, aquí traigo a V. md. un caballo muy a su gusto». Maravillado el escudero de la disformidad del caballo, le dijo: «¿Y en qué veis vos que sea a mi gusto una cosa tan mala?» Respondió el corredor: «¿No le parece, señor, que caballo que no comerá dos celemines de cebada en un mes, que lo será?»

Preguntando uno a un criado de un caballero qué renta tenía su amo, respondió: «Para matar de hambre una casa, aunque tenga cien personas».

Un señor quería despedir su música, y mandó que se aderezasen, como lo tenía de costumbre, y viniesen cabalgando a la puerta de palacio. Como vinieron, mandóles tocar los instrumentos, y desde que cesaron, despidióles. Dijo uno de ellos: «Para publicar tan gran miseria, ¿eran menester trompetas y atabales?»

Quejándose un señor porque habían puesto en la mesa unas aceitunas de mal sabor, diciendo que eran zapateras, dijo un truhán: «Por Dios, que han hecho bien de tomar oficio, por no haber menester a V. S.».

Un escudero muy lacerado dijo a uno que le mandaría dar de palos. Respondióle: «No creo que lo haréis, porque al fin es dar».

Había un hombre tan mísero, que todo lo que mal le sucedía, pensaba que procedía de querer alguno hacerle mal. Y sucedió que dando un criado suyo agua a un caballo en el río, se ahogó él y el caballo, y dijo: «Juro a tal, que por hacerme mal lo hizo».

Alabando a un señor que era muy escaso, de virtuoso, y que era tan concertado como un reloj, respondió uno: «Reloj que no da, no vale nada».

Reprendiendo un escaso a un liberal, porque había dado en una necesidad por un par de perdices cuatro reales, respondió: «¿Comprárades las dos, si os las dieran por cuatro maravedís?» Dijo: «Sí, comprara». Replicó: «En tanto tengo yo cuatro reales, como vos cuatro maravedís».

A un hombre muy rico, que era miserable, rogóle un caballero que le vendiese un caballo. Respondió que no tenía voluntad de venderle; mas si su merced le quería, se sirviese de él sin blanca. Dijo el caballero: «Y si yo dijese sí, ¿qué haríades?» Respondió: «Diría, yo no».

Un caballero muy escaso era enemistado, y temía no le diesen yerbas en el manjar. Tomando un criado para su servicio, le avisó que solamente le había de servir de hacerle salva <sup>(1)</sup> en todo lo que comiese, y le daría cada mes tres reales. Pareciéndole que era poco partido, despidióle, diciendo: «Antes creo que morirá V. md. de hambre que no de yerbas».

Uno que era muy rico y escaso, levantándose de jugar, que había ganado quinientos escudos, dió a un criado suyo, que le había servido muchos años, una

(1) Prueba que se hacía de los manjares servidos a los señores.

gorra vieja en aguinaldo, porque le venía grande, que se había quitado el cabello, diciendo: «Toma esta gorra, que si no la has merecido hasta aquí, tu lo servirás». Dijo el criado: «Con tales dados, no perderá V. md.».

A un hombre miserable, que se quejaba que se le caían los dientes de neguijón, dijo un caballero: «Será de no usarlos».

Decía un criado de un señor, que según razón, no se podía condenar su amo, porque se arrepentía luego de cuanto hacía y prometía.

A un señor, que hablaba mucho y daba poco, le dijo una señora: «El mejor señor deste reino sería V. S., si los cerraderos que tiene en la bolsa, tuviera en la boca».

## CAPÍTULO VIII

### DE MOTEJAR DE NARICES

Pasando por una calle un caballero, que tenía grandes narices, dos mujeres que venían por allí, volviéronse en viéndole. Preguntándolas por qué se volvían, respondieron: «Porque no nos dejarán pasar vuestras narices». Díjoles, puesta la mano en la narices, como que las apartaba: «Pasad, que yo haré lugar».

Uno que tenía grandes narices, y oyó decir que en Alemania castigaban a los ladrones, cortándoles un poco de la nariz, dijo: «Yo determino de ir allá, y haré tres o cuatro hurtos grandes, y quedaré rico y con buenas narices».

Diciendo uno que se espantaba de las narices de N. por ser grandes, respondió otro: «No habéis de decir sino de N. de las narices, porque diciendo desta manera, dais la menor a la mayor; y desotra, lo mayor a lo menor, que es impropio.

A uno que tenía muy mala barba, y grandes narices, le dijeron que la sombra de la nariz había estorbado el salir de la barba, como la sombra del nogal estorba que no salga la hortaliza.

Un alguacil, que tenía grandes narices, hizo pedazos un tablero de un oficial. Preguntándole el oficial por qué se le quebraba, respondió que había mandado el corregidor que todos los salidizos y tableros, y cualquiera cosa que saliese demasiado, se cortase. Dijo el oficial: «Si es así, ¿cómo no os han cortado a vos las narices?»

Escribió uno a un su amigo que le avisase qué era lo que más se sonaba en la Corte. Respondió: «Narices».

CAPÍTULO I  
DE CIEGOS

El marqués de Pescara, a un capitán que no tenía más de un ojo, y le decía, que en anocheciendo se dormía, respondió el marqués: «Tenéis vos andada la mitad del camino».

A un ciego enviaron en el sobrescrito de una carta esta letra:

*Al señor delante quien,  
Si no suena,  
No hay cosa mala, ni buena.*

En la reseña que hicieron en Navarra, para escoger los mejores soldados, al que querían despedir decía el capitán: «Ponedle ojos». Como pasase uno, que no tenía más de un ojo, oyéndole decir: «Ponedle ojo», dijo: «Vos, señor, seríades mi padre, que más ha de diez años que le perdí en la guerra».

Una ama, que servía a cuatro estudiantes en Salamanca, era falta de un ojo. Viendo que se levantaban muy tarde, decía: «Yo con un ojo me contento de dormir hasta que amanece, y vosotros durmiendo con dos, no os contentáis hasta las diez».

A un portugués, que no tenía más de un ojo, sucedió que, esgrimiendo, de una estocada le sacaron el otro ojo; y como quedó a oscuras, dijo a unos caballeros que lo estaban mirando: «*Fica a boas noytes, fidalgos*».

A un escudero tuerto, que platicaba alto consigo solo, diciendo: «¿Qué te falta, N.? Tú tienes muchos

dineros, lindo cuerpo, linda amiga...», dijo un paje: «Señor, un ojo».

Un tuerto, que no tenía más de un ojo, dijo a uno si le quería jugar un ojo. Respondió: «Sí haría, sino que no tenéis para envidar».

Un juez era tuerto, y estando dos litigantes alegando de su derecho, el juez era apasionado de el uno de ellos. Como el otro porfiaba, mandóle el juez callar, si no, que le enviaría a la cárcel. A lo cual respondió: «Sedme testigos que el señor juez me es sospechoso, y temo me sentenciará tuerto, pues me mira de mal de ojo».

Desposóse un rico ciego con una mujer hermosa; y como la retozase mucho, decía ella: «Esté V. md. quedo, que otro día habré». Respondió él: «Señora, para mí no hay día».

Un gentilhombre tuerto servía a una dama muy morena, la cual le motejó de bizco. Respondió él: «No sea V. md. como el cuervo, que pica luego en el ojo».

Un tuerto que no tenía más que un ojo, estaba donde se vendía trigo, con un gran costal en la mano. Preguntóle uno: «¿A cómo vale la fanega?» Respondió: «Vale a un ojo de la cara». Dijo el otro: «¿Para qué traéis tan gran costal, pues no podéis llevar más de una fanega?»

A Antonio de Cabezón el ciego, músico de tecla del emperador Carlos V, fué a ver un cantor tiple sin barba, el día de San Juan, de junio, después de comer. Y despidiéndose de él, preguntóle Antonio de Cabezón dónde iba. Respondióle que a la plaza de Zocodover, a ver las damas. Dijo Antonio de Cabezón: «Si V. md. va a ver las damas, ensílleme mi mula, que también quiero ir a ver los toros».



## CAPÍTULO II DE CHICOS

Un caballero, muy chiquito de cuerpo, que se llamaba don Alfonso de Rojas, estando en la Vega de Granada, dió a un moro una gran lanzada, que le pasó un muslo y le mató el caballo. Apeándose el moro, echó mano a su alfanje y vino contra don Alfonso de Rojas. Él puso la lanza a los pechos, diciendo: «¡Date, perro! ¡Date, perro!» Respondió el moro: «No veo a quién».

Cañizares era pequeño de cuerpo; yendo a caballo, le dijo un recién convertido: «¡Parecéis un Santiaguito!» Cañizares puso mano a la espada y dijo: «Si como sois judío fuéades moro, tened por averiguado que aquí os cortara la cabeza».

Llevaba un caballero, chico de cuerpo, una señora muy hermosa de la mano; y pasando cerca de un caballero que estaba leyendo unas coplas a su puerta, preguntó aquella señora qué coplas eran. Respondió: «Son unas lamentaciones de amor que hizo Garcí-Sánchez de Badajoz». Díjole ella: «Esas más viejas son que la china gala». Replicó el caballero: «V. md. es gala y ese caballero es la china».

Don Pedro de Ayala dijo a un caballero, no muy dispuesto, que cuando iba camino llevaba una sola arca en una acémila, que se podía llamar con justo título Monarca.

Preguntando a uno que por qué, siendo él gentil-hombre, se había casado con mujer muy chiquita, respondió: «De el mal, lo menos».

A un hombre chiquito, que tenía sarna, dijo uno: «Ahora veo lo que nunca vi: la sarna en el atador».

Paseándose dos hombres, el uno muy chico y el otro muy largo, dijo una señora que parecían Alimaña la baja y Alimaña la alta.

Un caballero chico de cuerpo, para hablar una noche a una señora que estaba a una ventana, púsose de pies sobre la mula y cayó. Preguntando cómo había caído, dijo que la bestia le había hurtado el cuerpo. Respondió ella: «Bien era bestia quien tal cuerpo hurtaba».

Un caballero muy chiquitito, yendo camino, adelantóse de sus criados. Preguntaron los mozos a un caminante si iba lejos un caballero. Respondió: «Ahí adelante topé un caballo que llevaba un sombrero sobre el arzón y unas botas colgadas de la silla.

Haciendo una ejecución a un pobre hombre, chiquito de cuerpo, pidió que leyesen la obligación. Y leyéndole, como obligaba su persona y bienes, respondió: «Asentad, señor, que no tengo persona ni bienes».

Dijo uno, por un caballero muy chiquito: «Si se perdiere el señor don N., no le busquen hasta que llueva como alfiler».

A uno que era muy pequeño de cuerpo, envióle un caballero una carta, escrita en medio pliego de papel por lo más ancho, como escriben las cartas de descomunión, y puso al pie de ella así:

*«Quise escribirla al través  
porque el señor a quien fuere,  
al tiempo que la leyere  
no la arrastre por los pies.*

Decía Hernando del Pulgar que a los chicos, aun de ruines nos los hartan, que dicen: «un ruinejo hombre».

A un hombre pequeño que juraba siempre: «Por la mi barba cana, le dijo un caballero: «Aun no sois aldea ¿y tenéis barbacana?»»

Una señora decía, por un caballero chiquito de cuerpo, y de buenas facciones que para de oro era bueno, y de plata no valía nada.

El almirante de Castilla don Fadrique era muy pequeño de cuerpo; quiso justar una vez en la corte, sin ser conocido, y salió con unas armas muy mohosas, por ir más encubierto. Y aquel día hízolo muy bien; los muchachos decían a grandes voces: «El más ruin lo hace mejor».

### CAPÍTULO III

#### DE LARGOS

Preguntó el Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba a un caballero cómo se llamaba una dama que estaba presente, que era demasiadamente dispuesta. Diciéndole que se decía Esperanza, respondió: «Muy larga es para esperanza».

Un hombre de Toledo, que se llamaba Pedro el Negro, para hablar a un genovés muy alto, que se decía Juan Antonio Pinelo, en las cuatro calles, púsole una escalera arrimada a los hombros y comenzó a subir por ella. Preguntándole el genovés para qué hacía aquello, respondió que le quería hablar al oído.

Informándose uno de un amigo suyo si era rico un mancebo que quería tomar por yerno, respondió: «Lo que yo he visto de él es que tiene buena posada». Díjolo porque era muy largo de piernas.

A uno que era muy largo, dijo uno que era bueno para portero, para emplazar por las ventanas si hallase cerradas las puertas.

Un caballero muy dispuesto traía colgando de la cinta una bolsa, cuentas, anteojos, puñal, y escribanías y pañizuelo. Fué apodado que parecía picota, donde suelen estar colgados pesos y medidas falsas.

A uno que era muy seco y muy largo, dijo un caballero que parecía a aquellos dos lugares del marqués de Montemayor que están cerca uno del otro: Villaseca y Villaluenga.

#### CAPÍTULO IV DE GORDOS

El doctor Sánchez era muy gordo, y visitando en Soria, díjole un labrador: «Vuestra Alteza me haga justicia». Respondió: «Mejor dijérades: Vuestra Gordeza».

Tenía preso un alcalde a uno que se llamaba N. de Arcos, y fuéronle a rogar que le soltase dos hombres muy gruesos, o que le diese en fiado. Preguntando el alcalde a un escribano qué querían, respondió: «Estas cubas arcos quieren».

A un vicario muy grueso, librando en la cárcel del arzobispo de Toledo, pidióle un pobre clérigo le diese, por amor de Dios, algo de lo que sobraba en su cocina, porque tenía gran necesidad. Respondióle: «Hermano, en mi cocina sobra tan poco, que no hay para enviar fuera». Replicó el clérigo: «Siempre veo yo, señor, desde aquí la chimenea llena de humo». Dijo el vicario: «Será como hacen colada». Respondió el clérigo: «Y aun de esas coladas se han hecho esas papadas».

Enterrando a una mujer muy gorda, dijo uno, que había menester la tierra mostaza para comerla.

A uno que se quería casar, traíanle una mujer rica y muy gruesa en extremo. Dijo al que se la traía: «Del

un cuarto yo me encargaré, que basta para mí; buscad quien tome lo demás».

Preguntando uno a un hombre que había mucha edad, cómo estaba tan grueso y fresco, respondió: «No he sido mozo ni amo».

Un hombre muy flaco apostaba a correr con otro, que era muy gordo, que si haría con que corriesen iguales de una misma manera y de un mismo lugar. Y respondió el gordo, hecho el partido, diciendo que para que igualasen el flaco con el gordo, que le atasen tanto peso como le faltaba para que fuesen iguales. Respondió el flaco que mejor sería, para que el gordo igualase con él, que le pusiesen en tanto estrecho, hasta que estuviese flaco.

## CAPÍTULO V DE FLACOS

Una dama flaca envió a decir al caballero que la servía que la color que sacase en un juego de cañas fuese verde. Conociendo el gran capitán Gonzalo Fernández la dama a quien este caballero servía, viendo la librea, le dijo: «Si con este verde no place, déle V. md. de mano».

Un truhán apodó a un hombre flaco de gesto que parecía que le habían sacado cilleruedas <sup>(1)</sup> de las quijadas.

A una mujer flaca le pusieron esta letra sobre su sepultura:

*Yace en esta sepultura  
los huesos de una señora,  
que en el siglo, como ahora,  
se vieron sin cobertura.*

(1) Seca que se forma en la garganta.

*Fué tanta su sutileza,  
que aunque se ha de deshacer,  
nunca llegará el no ser  
a do llegó su flaqueza.*

A una señora, que era flaca, amiga de uno que se llamaba Marco de Cerdeña, le dijo uno: «Parece que le dan a V. md. a comer cada día un marco de pan, pasado por cedazo de cerdas».

A una mujer enjuta de pechos, le dijo un estudiante que parecía gallina que le han sacado las pechugas para manjar blanco.

Estaban en una ventana el conde de Ribadeo, hombre flaco, y el adelantado de Murcia D. M., que era muy grueso; pasó por allí un gentilhomme bien aderezado y desacompañado de criados. Preguntóle el adelantado: «¿Dónde queda la gente?» Respondió el conde: «En el otro jubón». Dijo el gentilhomme: «No he visto en mi vida laúd y guitarra más bien concertados».

## CAPÍTULO VI DE CORCOVADOS

Importunaba un corcovado a un juez, que le hiciese derecho en un pleito, que traía ante él. Respondió el juez que oírle podía, mas no hacerle derecho.

Llamando una dama a un corcovado de una ventana, diciendo: «Ce, gentilhomme», respondió: «Señora, la Ce me cuadra; mas el gentilhomme no dice con mi hechura».

Uno que era tuerto de un ojo, topó una madrugada, cuando quería amanecer, a un corcovado, y díjole: «Compadre, ¿de mañana habéis cargado?» Respondió el corcovado: «Por cierto sí, de mañana es, pues vos no tenéis abierta más de una ventana».

A un corcovado, preguntóle uno: «¿De dónde eres, corcovado?» Respondió: «De las espaldas».

Apodando uno a un corcovado, dijo que parecía el postrer besugo del canasto.

Diciendo uno a un corcovado, que era gran falta ser corcovado, respondió: «Antes me parece que es sobra».

## CAPÍTULO VII

### DE COJOS

A un patituerto hurtaron los zapatos, y decía muy enojado: «Plega a Dios que le vengan bien».

Un señor, que estaba muy lisiado de la gota, desafió a correr a uno; preguntándole qué había de correr, respondió: «Humores».

Decía uno que los zurdos eran cojos de manos.

Despidiendo un capitán a uno que era cojo, dijo el cojo: «La guerra no ha menester hombres que huyan, sino que esperen».

Consolando a uno que se había casado con una mujer coja, respondió: «No tengo mucha pena de ello, que no tengo de ir con ella a caza».

Reñía uno con un cojo y amenazábale diciendo: «Yo os prometo que yo os haga asentar el pie de llano». Respondió el cojo: «Si eso vos hiciédeses, no os tendría yo por enemigo».

A uno que traía los pies tuertos, dijo un truhán que parecía que medía el suelo a pulgadas.

CAPÍTULO I

DE BURLAS Y DISLATES

Un recuero llegó a un mesón que está fuera de Almagro, una noche muy tempestuosa; y llamando a la puerta, respondiéronle que buscarse otra posada, porque la huéspededa estaba de parto. Dijo el recuero: «Decidle que me mande abrir, que yo haré que para luego». Y como estaba en tan grande necesidad, mandó que le abriesen. Y pidió una escribanía, y escribió unas letras, que se pusieron al cuello en una nómina; y en poniéndosela, parió. Y muchas mujeres de la villa la tenían por gran reliquia. Sucedió que la prestaron en casa de un caballero, y después que hubo parido su mujer, queriendo saber lo que tenía dentro la nómina, descosieronla y hallaron escritas estas palabras:

*La recuera y el recuero  
póngase en cobro,  
si la huéspededa pariere;  
y si no, póngase de dolo.*

Había en un lugar mucho cuquillo, que destruía las viñas; y sabido por un hombre que llegó allí, les dijo que les daría una nómina que pusiesen en el campo, en el lugar más alto de aquella comarca, y dentro de nueve días morirían todos; y no quería otra cosa sino que le diesen aquellos nueve días de comer, porque él no acostumbraba llevar dineros; y antes que se cumpliese el término, fuese. Viendo el pueblo que eran pasados los días y que todavía el cuquillo perseveraba en roer las viñas, determinaron de abrir la nómina para ver lo que tenía. En la cual hallaron escrito lo



siguiente: «Cucos, comed poco a poco, que así hago yo deste Consejo loco».

Hablando un señor con un albardero, que era su vasallo, vió que venía de la escuela un hijo suyo. El padre tomó lo que traía escrito, y mostróselo diciéndole: «¿Qué le parece a V. md. qué bien escribe mi hijo?» El caballero le preguntó: «¿En qué pensáis ocupar este niño, en saliendo de la escuela?» Respondió: «Señor, en lo que yo ayudé a mi padre, que es mi oficio». Pareciéndole a aquel señor que un niño de tan buen parecer y avisado era mal empleado en aquello, rogóle le pusiese a desprender platero, pintor o escultor, u otro oficio en que aprovechase su buen ingenio. El albardero le dijo: «Señor, quiero decir a V. md. lo que tengo pensado de hacer; y es, en saliendo de la escuela, darle tres o cuatro años de gramática, y será después un águila en nuestro oficio».

Preguntado a uno que tenía una pierna comida como de bubas, de qué enfermedad se le había hecho, respondió: «De romadizo».

Meneaban unos muchachos a un ahorcado. Dijo uno: «Quítenlos de ahí, que le tornarán loco».

A una señora que estaba en posesión de doncella, y no lo era, preguntóle una amiga suya que de qué estaba enferma. Respondió: «No sé sino que parece que me da el corazón mil vuelcos en este vientre».

Tenía una dueña mucho trigo en Sevilla, y viniéndole a pedir ciertos dineros que debía, dijo: «No los tengo, que por mis pecados hay tanto pan que no me dan blanca por ello».

A una mujer hermosa, que estaba en una aldea, díjole su marido que diese gracias a Dios que estaba fuera de la ciudad porque habían hecho un parque que no quedaba mujer de calidad, que tuviese algún

vicio, que no estuviese en él. Respondió la mujer: «Y aun por estar yo en este lugar arrinconada, no se hace cuenta de mí».

Preguntó uno a un su amigo por qué razón andaba perdido por una mujer que era fea y desgraciada, y mal compuesta y no muy avisada. Respondió: «Señor, hace unas mangas de lechuguilla en todo extremo».

Prendió la Hermandad a un hombre porque forzó una moza en el campo y sentenciáronle a que le asae-teasen. Rogó la moza al juez que se lo diese por marido y no le matasen. Recabóse con la justicia, y decía el cuadrillero mayor: «¿Cómo se puede hacer, comprada la caridad y convidados ballesteros, y puesto el palo?»

Combatiendo un castillo, que estaba cercado, halló el alcaide que habían tirado los contrarios una saeta con yerba. Mandó a un trompeta que fuese a decir al capitán que «si tan bravamente se había de haber con él, que también pondría él yerba en las pelotas de la artillería».

A un señor de este reino reñíale su ayo porque no hablaba a los caballeros que le visitaban. Dijo: «¿Qué les preguntaré?» Respondió: «Pregúnteles V. S. por sus mujeres e hijos, y otras cosas semejantes, que de aquí se levantaran razones con que se entretenga la conversación». Acaeció que el primero que vino a su casa fué un arzobispo, y preguntóle: «¿Qué tal queda vuestra mujer e hijos?»

Preguntó la reina doña Isabel a un escudero: «¿Cuándo ha de parir vuestra mujer?» Respondió: «Cuando vuestra alteza mandare».

Un gentilhombre suplicó a un marqués que le recibiese en su servicio. Dijo que él holgaría dello, que en qué le quería servir. Respondió: «Serviré a V. S. de trinchante». Preguntóle: «De un capón, ¿cuál es el mejor bocado, siendo muy grueso?» Respondió:

«Los cueros del pescuezo». Mandóle asentar treinta mil maravedís de partido. Un criado de este señor, viendo que él le había servido muchos años y había medrado poco, y aquél con una sola palabra que había dicho le habían asentado tan buen partido, acordó de despedirse de él, porque él presumía saber algo de aquel oficio, porque había visto muchas veces cortar en la mesa, y en el aparador; y fué al duque de Béjar, y díjole le hiciese merced de servirse de él, y le serviría de trinchante. Preguntóle el duque: «De un toro, ¿cuál es el mejor bocado?» Respondió: «Los cueros del pescuezo».

Preguntó a uno que estaba en Valladolid otro de su tierra, a qué había venido allí. Respondió: «¡No sé, par Dios! Trajéronme nueve leguas caballero por una tarja, y por eso vine».

Entrando un licenciado en casa de un labrador a comprarle dos puercos, y topó a la entrada de casa con su hija, que era hermosa moza. Queriendo decirle un requiebro, le dijo: «Si los puercos se parecen a V. md., hermosos puercos serán».

En un sermón dijo una mujer: «Yo perdono la muerte de mi marido». Preguntando quién le mató, respondió: «Señor, no es muerto, mas asiéntelo V. md., que yo perdono a quien lo matare».

Un soldado que había estado mucho tiempo en Italia, vino a España a un lugar que se llama la Muela, que es cerca de Zaragoza, de donde él era natural, que tiene once vecinos en todo extremo estéril, en el que no hay otra agua sino la que cae del cielo. Las casas son pajizas y muy miserables. Todos los moradores son pobres: el más rico era su padre de este soldado y no tenía seis reales. Contando las cosas notables de aquellas partes, así de edificios como de riquezas que allí había, preguntóle uno qué era la causa de haber dejado tan buena tierra. Respondióle: «El amor de la patria».

## CAPÍTULO II DE FIEROS

Saliendo un capitán español al campo contra sus enemigos, desmayaron los suyos porque eran muchos más los contrarios. Mostró gran ánimo, diciendo: «Si el cielo se cayese, le habemos de tener con los brazos».

Alabando a uno que tenía grandes fuerzas, que alzaba mucho peso, respondió: «Si el mundo tuviese asas, le alzaría».

Decía un soldado: «No me enojéis, que os echaré tan alto que temáis más el hambre que la caída».

Reñían dos y el uno de ellos, que era muy feroz, menospreciando al otro, decía: «Por matar tres, o cuatro, o cinco de vosotros, no lo tendría en un mavedí». Respondieronle: «¿Es el de los zamoranos?»

Decía uno: «Voto a tal, que quien me derribó estos dientes que me faltan, que cayó a mis pies». Preguntándole quién era, respondió: «Un guijarro».

Preguntando a un valiente hombre que a cuántos acometería, respondió: «Si es hombre de bien, uno basta; y de bellacos, la calle llena».

Decía un portugués: «*Desde que me vejo armado, de mi mesmo he medo*».

## CAPÍTULO III DE CAMINO

Un gentilhomme que iba camino, preguntó en una venta al huésped si había de comer. Dijo que no había más que pan y vino; mas que un hombre estaba asando un capón para él solo, y podría ser que pagándolo le diese de él. Entró a la chimenea donde estaba asando el capón, diciendo: «Gentilhomme, ¿habrá en el capón para todos?» Alzó la cabeza y preguntó: «Señor,

¿cómo es su nombre?», pensando que, por conocerle, se atrevía a pedirselo. Respondió: «Soy Pedro González Gaytán de Guevara». Excusóse diciendo: «En verdad, señor, que no hay para tantos».

Un señor iba de caza y aquella mañana habíale hecho la salva un maestresala <sup>(1)</sup> en un melón. Y pasando el señor que iba delante, un vado, hundién-dose el caballo hasta encima de la silla, volviendo a su maestresala, le dijo: «Aquí era buena la salva, que no en el melón».

En Carrión de los Condes, salió un perro a morder un caminante; y bajándose por una piedra, hallóse que estaba pegada con el hielo. Dijo: «¡Malhaya la tierra donde atan las piedras y sueltan los perros!»

Preguntó un caballero a su huésped si había en la casa buena caballeriza, porque traía un caballo regalado. «Si habrá, que también tengo yo un caballo más regalado que el de V. md., y adonde él está podrá estar». Fué luego a verle, y era un caballo que no tenía más del pellejo y los huesos. Rogóle el caballero que le mostrase el caballo regalado. Díjole el mesonero: «¿No lo ve ahí vuestra merced? Qué más regalado quiere que sea, que voto a tal, que no puede andar una legua a pie».

En una venta de Sierra Morena, reconoció un fraile al ventero que solía ser mesonero en Sevilla, y había posado algunas veces en su mesón. Preguntóle el fraile: «Hermano, ¿cómo os venistes aquí?» Respondió: «Padre, he querido recogerme».

Concertando uno un aposento en Valladolid, decía a la huéspeda: «Prometo a V. md. que en todas las posadas que poso, cuando me parto, quedan llorando». Y era así, porque siempre se iba sin pagar.

(1) Esta palabra suele reemplazarse modernamente por la frase francesa *maitre d'hôtel*.

Un caminante preguntó en una venta si había cama. Respondió la huéspededa: «Sí, hay; medid siete pies de este suelo y acostaos ahí». Dijo el caminante: «¿Habrá un canto para poner por cabecera?» Respondió la huéspededa: «¡Más pedid gollerías!»

Caminando un hombre, compró de un caminante unas tijeras de sastre, porque se las dió por muy poco precio. Y entrando por un lugar con las tijeras puestas en el cinto, pensando una mujer que era sastre, le dijo que si quería trabajar que se fuese con ella a su casa y le daría que hacer. Fuése con ella y como era hora de comer, rogáronle que comiese, y él no se hizo de rogar, porque no tenía blanca. De que hubieron comido, en alzando los manteles, pusieron sobre la mesa cuatro varas de paño. El pobre hombre, que no sabía nada de aquel oficio, pidió un jubón y estuvo casi media hora señalando el paño. Preguntándole la mujer para qué hacía aquello, respondió: «Señora, estoy trazando cuántos pares habrá aquí de alforjas».

Un escudero iba camino en una mula, y llegando a la orilla de un río, que estaba cerca de un lugar, como no sabía el vado, preguntó a un pastorcillo: «Di, hermano, ¿pasan por ahí este río?» Respondió: «Sí, por ahí derecho le pasan». Él entró con su mula, y dende a pocos pasos se sumió hasta las cinchas. El escudero volvió airado contra el pastorcillo, diciendo: «Traidor, ¿por qué me has engañado?» Respondió: «Pardiez, no he, que cada día pasan por ahí mis ánsares y los de Pedro Sánchez, mi vecino».

Decía muchas veces un criado a su señor: «Dios quite de mis días y ponga en los de V. md.». Caminando con su amo y pasando un puerto que tenía infinita nieve, y perdidos fuera de camino, cerca de anochecer y lejos de poblado, dijo a su señor: «Estos son los días que yo digo que quite Dios de mí y ponga en V. md.».

## CAPÍTULO IV

### DE MAR Y AGUA

Encendióse un barril de pólvora en una nao que estaba cerca del puerto de Cartajena, y por estar recién embreado de pez, encendióse de tal manera, que no se pudo remediar. Desnudóse uno y saltó en el mar, diciendo: «Quien quisiere ser corcho, échese al agua».

Navegando mucha gente en una nao, levantándose gran tormenta, que pensaban ser hundidos, uno de los que allí iban sentóse de espacio a comer, entretando que unos lloraban y otros se confesaban y hacían votos. Enojado el maestre de la nao con él, porque a tal tiempo se paraba a comer, le respondió: «¿No le parece a vuestra merced que quien espera de beber tanta agua como aquí ve que es razón coma algún bocado?»

Uno que había entrado en la mar, dijo, sintiendo levantado el estómago: «Señor patrón, tened la nao, que quiero vomitar».

Francisco Juliano, yendo tras una galeota de moros, prometió, si la topaba, de dar el diezmo de ella a Nuestra Señora de Guadalupe. Rióse un soldado de esto; como le preguntaron la causa, dijo: «Lo que ha prometido el capitán agora es de los moros, y si se gana, será de los soldados; pues mirad de dónde se ha de sacar el diezmo».

Preguntado a un maestre de una nao qué tan lejos de la muerte van los que navegan, antes que les respondiese, dijo: «¿Qué tan gruesa es una tabla de esta nao?», y señaló como tres dedos. Respondió entonces: «Tan cerca vamos de la muerte».

Navegando unos pasajeros para el Perú, levantóse una gran tormenta. Mandó el maestre de la nao que

cada uno de los que allí iban echase en la mar una de las cosas más pesadas que llevaba, para aliviar la nao. Asió uno de su mujer para echarla en el mar. Estorbándosele, preguntáronle por que la quería echar. Respondió que él no tenía otra cosa que fuese más pesada.

Ofreciéndosele a uno un viaje, aconsejábanle que fuese por mar, que iría más presto y a menos costa. Respondió: «No quiero ir en bestia que se gobierna por el rabo y no se puede el hombre apeaar de ella cuando quiere».

El mismo decía que era bueno hablar de la guerra y no ir a ella; y hablar de la mar y en ella no entrar; y hablar de la caza y tomarla en la plaza.

Pasando Alonso Carrillo un río por la puente, vió sacar a un hombre del río que decían que había tres días que se había ahogado, por ir presto por el vado. Dijo Alonso Carrillo: «Ya estuviera en su çasa si fuera por la puente».

A uno que tenía mucho trigo que vender y miraba al cielo, que venía una nube muy grande, dijo uno, que se paró mientras: «Más la querriades vos tener en el ojo».

Decía uno: «En el peligroso paso, dar la mano al compañero».

Un azacán tomó un asno fiado en cuatro ducados, y al tiempo de la paga habíasele muerto. Por no tener con qué pagar y no verse preso, fuese a las Indias. Volvió desde a seis años con más de diez mil ducados, y escribió desde Sevilla a su mujer, dándole cuenta de lo que traía. Ella le envió a avisar que procurase venir en secreto, porque era vivo el dueño del asno.

Cuando se descubrieron las Indias, diciendo a la reina doña Isabel que no había gente que fuese allá, respondió: «A lo menos irán necios y codiciosos».



## CAPÍTULO V DE RETOS Y DESAFÍOS

Como se acostumbraba en Castilla que para hacer campo se requiere que sean iguales en linaje, enviando un caballero a desafiar a otro que no era su igual, dijo así: «Decid a N., que yo me hago de tan ruin linaje como él, que se salga a matar conmigo a tal parte».

Desafiándose dos soldados en Italia, metidos en el campo, el padrino contrario, tomándole juramento, como es costumbre, si traía consigo algunas reliquias, oraciones o nómina, o conjuros, u otra cosa en que tuviese fe, respondió su padrino: «Esto yo juraré por él, que no la tiene».

Un soldado español desafió a un caballero de Italia. Dijo el caballero: «No sois el hombre con quien yo tengo de hacer campo, pero daré un criado que os haga conocer la verdad lo que yo digo». Respondió el soldado: «Yo lo otorgo, porque por muy ruin que sea, será mejor que vos».

Este mismo decía: «Con los hombres poderosos, nunca os toméis a brazo partido, sino usad con ellos de maña».

Un hombre de Toledo, que se decía Juan de Vilches, estaba retraído en una iglesia y llegó a hablarle uno que solía salir a toros, y los esperaba con gran destreza; y díjole: «Ahora que estamos solos y no hay nadie quien nos estorbe, salíos a matar conmigo». Respondió Juan de Vilches: «Idos para ruin, que no me tengo yo de matar con quien se echa al toro como capa vieja».

Visitando a este mismo Juan de Vilches un amigo suyo, como estaba retraído, le decía: «Agradezca N. a Dios que hay tanta justicia, que de otra manera se

averiguara este negocio». Respondió Juan de Vilches: «Pues cuerpo de tal, si por eso no fuese no estaría el paño de la caridad sobre alguno».

## CAPÍTULO VI

### DE APODOS DE ALGUNOS PUEBLOS DE ESPAÑA Y DE OTRAS NACIONES

La reina doña Isabel decía por Toledo, cuando en su presencia alababan otra ciudad: «Si tan grande, no tan fuerte; si tan fuerte, no tan grande».

Alabando el ingenio y habilidad que tienen los de esta ciudad, diciendo que era la de más alto juicio que floreció en su tiempo, decía: «Nunca me hallo necia, sino cuando estoy en Toledo».

De Granada escribió Juan de Mena <sup>(1)</sup> lo siguiente:

*Granada, quien la supiese  
bien comprar, pues que cabe,  
creo, que si no se viese,  
que decir no se pudiese,  
quien bien lo vido lo sabe.*

*Si basta comparación,  
Santa Fe es el Tenedón,  
y la Vega la Simoya,  
la ciudad es como Troya  
y el Alhambra el Ilión.*

*Es la Torre de Comares,  
la Real Casa de Apolo,  
y el Cenáculo, si mirares,  
vale más con sus pilares,  
que el sepulcro Mauseolo.*

*Doce Leones Reales,  
por sus bocas perenales,  
toda la ciudad autorizan:  
cuantas obras se matizan,  
no fueron tantas ni tales.*

(1) Célebre poeta español del siglo xv, autor del poema *El Laberinto*, llamado también *Las trescientas*, por el número de coplas de que consta.

En Sevilla está este verso:

*Hércules me edificó,  
Julio César me cercó  
de muros y torres altas,  
y el Rey Santo me ganó,  
con Garci Pérez de Vargas.*

De Sevilla dijo Alonso Carrillo que parecía a los trebejos del ajedrez, tantos prietos como blancos, por los muchos esclavos que hay en aquella ciudad.

Preguntó la reina doña Isabel a Alonso Carrillo qué le parecía de la ciudad de Córdoba. Respondió: «Muchas aldeas juntas a Concejo».

Decía Alonso Carrillo que dos meses de Illescas eran los mejores de Castilla: uno de guindas y otro de mentiras.

En la villa de Simancas está esta letra:

*Por librarse de paganos,  
las siete doncellas mancadas  
se cortaron sendas manos,  
y las tienen los cristianos,  
por sus armas en Simancas.*

El truhán don Francés decía que Medina del Campo no tenía suelo ni cielo, porque el suelo estaba cubierto con media vara de lodo y el cielo no parecía todo el invierno de niebla.

Cuando el cardenal Salvatti vino a España por legado, hallándose en las bodas del emperador Carlos V en Sevilla, estando en buena conversación, dijo que Francia olía a soberbia y España a malicia, y Italia a sabios y Inglaterra a vanos.

## CAPÍTULO I

## DE DICHOS EXTRAVAGANTES

Un señor de poca renta hizo su caballerizo a un criado, que le había servido mucho tiempo, y no había en la caballeriza más de un cuartago. Cuando cabalgaba el caballerizo, quedábase el amo en casa. Fueron apodados que parecían el caballerizo y señor, a Cástor y Pólux, que son dos estrellas, que la una aparece a prima noche, y cuando la otra sale se esconde la primera.

Decía este caballerizo que le había hecho su amo caballerizo de a pie.

Un escudero corrió un caballo muy ruinmente. Díjole un caballero: «Yo os prometo que nunca vos deshonréis a vuestra madre». Preguntó: «¿Por qué?» Respondió: «Cuando alguno hace bien alguna cosa, luego dicen: ¡O hi de p... , y qué bien lo hizo!»

A un gentilhombre que iba en un caballo muy flaco y largo, le preguntó uno: «¿A cómo vale la vara?» Mandó a su mozo que alzase la cola del caballo y respondió: «Entrad en la botica que allá os lo dirán».

El capitán Salazar tenía una gran cuchillada por la cara, que le habían dado en la guerra. Viendo a otro con otra gran cuchillada, parósele a mirar. Preguntó el otro: «¿Qué miráis?» Respondió: «Pensé que tenía muchos puntos, mas por la mano me ganáis».

Entrando un caballero en la Audiencia Real de Valladolid, el portero, que tenía una gran cuchillada por la cara, pidióle la espada, porque no pueden en-

trar allí con armas. Dióselas, diciendo: «Tomad, que en verdad, que no es ésta la que hizo el daño».

Llegóse a la tienda de un sastre un soldado que tenía la cara muy harpada, y el sastre dejó de coser y paróse a mirarle. Preguntóle el soldado qué miraba. Respondió: «Miro, que juro a tal, que querría más haceros de nuevo que no remendaros».

A uno diéronle una cuchillada por la cara. Díjole un pariente suyo, viniéndole a visitar: «No tuviera en nada si os dieran en una pierna o en el brazo, como os dió en la cara». Respondió el herido: «Mirad que, cuerpo de tal, a quien dan no escoge».

Agradeciendo una vieja a un juez, que tenía dos cuchilladas por la cara, porque la había hecho justicia, decía: «¡Vívame esta haz pintada!»

A uno que tenía una cuchillada por la cara, y hablaba demasadamente, dijo uno: «Pues tenéis tienda en la cara, tened freno en la boca».

Un escudero fué a visitar a Diego López de Ayala, canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, que había estado mucho tiempo en las Indias, el cual traía una cuchillada por la cara y no se acordaba el canónigo quién fuese. El escudero le contó quién era su padre, y parientes. Dijo el canónigo: «Señor, no os maravilléis que no os conociese, como tenéis borrado el sobrescrito».

A uno que tenía una gran cuchillada por la cara, mostrábase un amigo suyo una espada. Dijo: «No me la mostréis, que después que me dieron en el rostro, no las puedo ver».

Un caballero que quería tener en su casa hombres que fuesen esforzados, porque era enemistado; y encomendando a uno que le buscara un par de hombres de hecho, trújole dos hombres cariacuchillados. Des-

pidióle, diciendo: «Hermano, traedme a los que se las dieron».

Un día de San Benito convidó a almorzar a tres o cuatro amigos, y al tiempo que alzaron los manteles, cuando suelen dar gracias, dijo uno de ellos: «Plega a Dios que muchos sambenitos veamos en casa de vuestra merced».

Consolando uno a un vecino porque aquel día quemaban a un hermano suyo por hereje, le decía: «Tened paciencia, señor, que en fin todos habemos de ir este camino».

Platicando un predicador con un morisco, decíale que creía que cuanto les predicaba les entraba por una oreja y les salía por otra. Respondió el morisco: «Gualá (1) no salir, por no entrar».

Preguntando a uno de estos que habían cristianado cómo se llamaba, decía: «En la capilla estar». Visto lo que traía, era una piedra y una raíz, que quería decir Pedro Ruiz.

Un caballero portugués entró en Castilla bien acompañado. Preguntando a uno de sus criados: «¿Quién es este caballero?», respondió: «*Nan e cavaleiro.*» Dijéronle: «¿Quién es este fidalgo?» Respondió: «*Nan e fidalgo.*» Dijéronle: «¿Quién es este hombre?» Respondió: «*Nan e home, senan parente de o Rey de Portugal.*»

Decía un señor de este reino, que por solamente una cosa no se había de correr toros; y era porque no se mostrasen los hombres a huir.

El provisor de Cádiz tenía mucha librería y veíala tarde. Decía de él el obispo Sanabria que tenía hecha tregua con sus libros.

(1) Interjección que significa por Dios, por cierto. Úsase puesta en boca de mahometanos.

Decía Pedraza que tres cosas se pierden fuera de su natural: peces, latín y frailes.

Dijo un hombre por otro, a quien había hecho cortesía y no le había hablado: «Por nuestro Señor, que hay hombres que dejan de quitarse la gorra porque no se les parezcan los cuernos».

Preguntando un forastero por un caballero, acertó a preguntárselo al mismo delante de muchos caballeros. El caballero, por reír, respondióle: «Hermano, ese caballero por quien preguntáis, más ha de tres años que le ahorcaron». Preguntó: «¿Por qué, señor?» Dijo: «Por ladrón». Acudió el forastero, diciendo: «¡Oh desventurado dél!, ¿y no le bastaba ser cornudo, sino ladrón?»

A un cornudo mandó la justicia que le azotase su mujer; y que si no le diese recio, le diese a ella el verdugo. Y él volvió la cabeza, diciendo: «Catalina, dame recio a mí, no te den a ti».

Uno que era sospechoso de cornudo, envió una cabeza de carnero a su casa con cuernos. Dijo la mujer: «Cual vos, marido, tal carne traéis».

Un yerno dijo a su suegro que castigase a su hija, porque si él la castigaba, sería muy peor, porque él sabía cierto que le hacía traición. Respondió el suegro: «Reposaos, hijo, que por vida de entrambos, que lo mismo hacía su madre, hasta que llegó a los sesenta. Ella lo perderá, que así lo hizo esotra».

Pidió Diego López de Ayala, canónigo y obrero de la santa iglesia de Toledo, al conde de Fuensalida una vara de alguacil, para uno que había sido su criado. Y por haberla mandado el conde primero a un caballero de la misma ciudad, para el marido de una gentil mujer, con quien este caballero tenía alguna conversación, no se la dió. Paseándose el caballero por la iglesia mayor, díjole el canónigo: «No ha parado vues-

tra merced hasta poner la vara en los cuernos del toro».

Alabando en el coro de la santa iglesia de Toledo a un tiple, que subía mucho la voz, respondió Diego López de Ayala: «No os maravilléis que vuele tan alto, que va sin cascabeles».

Había prometido un tiple de ir a casa de un señor con otros cantores. Fué este cantor solo allá. Y como le vió entrar solo, preguntóle: «¿Qué es de vuestros compañeros?» Respondió: «Señor, no los tengo».

El cardenal Siliceo, burlándose con un clérigo muy gracioso, que se llamaba Rabago, pidióle el clérigo cierta cosa, y prometiósela. Y diciéndole que le diese un fiador, respondió: «Yo os doy por fiador a Lucas Sánchez, un tiple de la iglesia». Respondió Rabago que no le quería por fiador. Preguntando por qué, dijo: «No quiero fiador sin botones, que me llevará el aire».

Compró un esclavo, y en llevándole a su casa, dióle muy crueles azotes. Preguntándole el esclavo que por qué le hería, pues no había hecho porque lo mereciese, respondió su amo: «Por lo que hicieres».

Un caballero traía unos esclavos desnudos. Díjole un su amigo: «¿No mira V. md. que es vergüenza traer estos esclavos desnudos, muertos de frío?» Respondió: «Pásense ellos el frío, que yo me pasaré la vergüenza».

Un escudero tenía un esclavo, que se le iba muchas veces, y traía este esclavo un sayo sin mangas. Preguntándole a su amo por qué le traía así, respondió: «Córtole las alas, porque no se me vaya».

Contaba uno, que se había hallado en una tierra, donde había visto una berza tan grande que podían estar quinientos hombres de a caballo a su sombra. Uno de los que lo estaban oyendo contó que había visto hacer una caldera que andaban en la labor della tres-



cientos hombres, que no llegaba el uno al otro con veinte varas. Preguntóle el primero: «¿Para qué era caldera tan grande?» Respondióle: «Para cocer esta berza que decís».

Un extranjero extendíase mucho a mentir, diciendo que había andado muchas tierras, contándolas muy particularmente. Díjole uno de los que le oían: «¿Luego vuestra merced bien habrá estado en la cosmografía?» El extranjero, pensando que era nombre de alguna ciudad, respondió: «Señor, llegamos a vista de ella, pero dejámosla a mano derecha porque íbamos de prisa».

Un escudero de Ávila, llegó a tener doscientos mil maravedís, que compró veinte y cinco mil de renta, por su vida. Dijo, hincado de rodillas en una iglesia: «Señor, muchas gracias te doy, que me has dado con que pasar, sin servir a otro, ni pueda tomar quien me sirva a mí».

Decía Sanabria que las obras de Juan de Mena convenían a todos, y eran para todos los sabios, por lo que contenían, y los no sabios, por el estilo en que se decían.

Uno tenía unos olivares y dejábalos perder. Preguntando por qué, respondió que los más ciertos veinte mil maravedís que tenía, eran de no labrarlos.

Un gentilhombre quería ir a justar a Medina de Rioseco, y vendió para los aderezos un sayo de tela de plata. Preguntando qué hacía, respondió: «Mientras los otros se ensayan para las justas, yo desensayo».

Uno que tenía ocho hijas, nacióle una hija, y desde a cuatro días que la cristianó, murióse. Mostrando el padre gran dolor, y haciendo gran sentimiento por su muerte, preguntándole un su amigo por qué se fatigaba tanto, quedándole tantas hijas, respondió: «Porque verdaderamente era buena».

Un padre reñía a su hijo, porque no se levantaba de mañana; y dábale por ejemplo que uno se había levantado de mañana, y se había hallado una bolsa con muchos dineros. Respondióle el hijo: «Más madrugó el que la perdió».

Fueron dos compañeros a casa de una vieja a ver a una moza. Y como no vino la moza al concierto, atrevióse el uno a la vieja. Díjole el compañero: «¿Tanta hambre traíades, que roístes el cabestro?»

Entrando un señor en la Corte, todos los escuderos que le acompañaban traían cadenas de oro. Preguntando una señora a uno por qué no traía cadena, respondió: «Señora, no roigo».

A uno, que traía en una capa muchas fiestas de regocijo, dijo un escudero, que bien había visto fiesta de siete capas, mas no capa de siete fiestas.

Decía uno que los suegros y los hurones dan el fruto debajo de la tierra.

El mismo decía: «La herencia de los suegros y el cabrito se ha de partir a golpes».

Decía éste que no había duende de casa sino donde había falta del dueño de casa.

A un hombre que era muy feo, pedíale una mujer delante de un alcalde, que le hiciese justicia, porque la había forzado. Preguntóle el alcalde: «¿Por qué forzastes esta mujer?» Respondió: «¿Gesto es éste para hacerlo de grado?»

Uno había acompañado muchos días a un genovés en ciertos negocios que le importaban; y después, encareciéndoselo mucho el que le había acompañado, respondió el genovés: «También he ido yo con vos, como vos conmigo».

# UNDÉCIMA PARTE

## CAPÍTULO I

### DE DICHS AVISADOS DE MUJERES

Requiriendo uno a una mujer casada, respondió: «Cuando yo era doncella, obedecía a mi padre; ahora que soy casada, es razón que obedezca a mi marido. Si lo que pedís es justo, decídselo a él».

Consolando a una señora, que la habían desposado con un hombre muy feo, respondió ella: «Los amigos es bien que sean gentileshombres, que los maridos, como quiera basta».

Estando en la iglesia una señora, paró mientes que dos mujeres, que estaban cerca de ella, desde que entraron en la iglesia, hasta que se acabó la misa, siempre estuvieron hablando. La cual les preguntó por qué no habían estado en misa. Respondieron: «Por cierto, sí habemos». Replicó la señora: «¿Cómo puede ser eso, si siempre habéis estado platicando?»

Alabándole a una señora a uno de muy dispuesto, respondió: «No todo lo grande es bueno, mas todo lo bueno es grande».

Una duquesa, celosa de su marido, que amaba a una moza, y era fama que le había dado cosas para que la amase, mandóla llamar que viniese a donde ella estaba, con determinación de mandarla matar. Vino la moza, y como la vió tan hermosísima, le dijo: «Anda, vete, que tu hermosura es propio hechizo de hacerte amar».

Preguntando una señora desposada si en el lugar donde residía su suegra había palomas, respondiésele

que no. Dijo ella: «Yo lo creo, que de ahí no viene cosa que no tenga hiel».

Diciéndole a una señora, que en la Corte había un señor, que comía cada día cuatro gallinas asadas, y cocidas, y en manjar blanco, respondió: «Ese más parece zorra que señor».

A un hombre mal acondicionado, que estaba mirando al suelo, dijo una señora: «No es posible, sino que a éste le ha acontecido algún mal, o a otro algún bien».

Diciendo un hombre necio a una mujer que la quería más que a su ánima, respondió: «Más querría que me quisiese como a su cuerpo».

Fué un caballero vestido de camino, y calzado las espuelas, a despedirse de su dama, y pidióle licencia. Respondióle: «Otra vez cuando os hayáis de ir a otra parte, me la pediréis, que ahora pareceme que vos os la habéis tomado».

Doña Mariana, dama de la emperatriz, salió una vez a la sala. Díjole el portero que se detuviese, y no saliese. Respondió ella: «A vos no os ponen ahí para que no dejéis entrar».

## CAPÍTULO II

### DE DICHOS GRACIOSOS DE MUJERES

Cobijándose (1) una señora la boca, por que no le viesen perrilla (2) que tenía en el labio, díjole un gentilhomme que él le daría con que se le sanase, y era poniéndose un poco de su saliva. Respondió la señora: «Para las almorranas he yo oído decir que es eso singular medicina».

Una señora estaba de parto, y con los grandes dolores prometió con juramento de no ponerse en su vida

(1) Tapándose.

(2) Sic por perilla.

en ocasión de estar preñada, por no verse en semejante trance. Y en acabando de parir, dijo a una doncella, que tenía una candelica de Nuestra Señora de Monserrate encendida: «Mata esa candela, y guárdame ese cabillo para otras veces».

Leonor Páez dijo de un soldado, capitán Aguilera, porque con placer era muy gracioso, y con enojo era insufrible: «Vallejo es como el redaño, que ayuda a digerir la vianda, y él muy tarde se digiere».

Diciendo un gentilhombre a una señora, cuando se despedía de ella: «Beso pies y manos de V. md.», le respondió: «Señor, no se le olvide otra estación, que está en medio».

Una señora de más de cincuenta y cinco años deseaba hacerse preñada, y en sus juras decía: «¡Así me vea yo preñada!» Dijéronle: «A la vez, ¿para qué?» Respondió: «Por gozar nueve meses de regalo, y quince días de gallinas, y ocho de cama, y año y medio de cantares».

Una dueña tenía un hijo desposado con una dama muy hermosa, y en todo lo que podía los apartaba, enviándole muchas veces fuera de la ciudad, porque era hombre flaco, y temía no le viniese daño. Estando su esposa delante su suegra, vió unos gorriones que andaban por allí retozando. Díjoles: «Ox, ox, no os vea mi señora, que os apartará muy lejos».

Enviáronle a una señora recién casada un retrato de su suegra, hecho de azúcar. Gustóle con la lengua, y dijo: «Aun de azúcar amarga».

Una señora envió a decir a un caballero que la requería, que en quien ella pusiese su afición, había de tener estas cuatro eses: sabio, solo, secreto, solícito. Respondió el caballero, que a la que él se aficionase, le habían de faltar esas cuatro efes: que no sea fea, ni flaca, ni fría, ni floja.

Estaba una señora en Sevilla a una ventana, y hablándola un licenciado, enojada le despidió con ásperas palabras. Y él, con mucha gravedad, le dijo: «No debía V. md. de tratar de esa manera a un hombre como yo, que tengo grado de licenciado». Respondióle: «Muy necio sois: vais condenado en vista, y revista, ¿y apeláis para grados?»

Una señora, queriendo llamarse doña, mandó a un pregonero que diese ciertos pregones, diciendo: «Quien hubiese visto o hallado una perrilla de la señora doña N., mujer del señor N., que vive en tal parte, dénsela, y darle han buen hallazgo».

Reñían dos gentileshombres a la puerta de una mujer enamorada; púsose a la ventana, diciendo: «Caballeros, esta batalla, más se ha de hacer con plata que con acero».

Una señora, para decir que su marido no hacía hijos, decía: «Mi señor N. tiene extremadas gracias, y habilidades, gran músico, buen escribano, singular contador, salvo que no multiplica».

Un caballero, que era enamorado de una dama, topóla una noche a un rincón de una pieza, y fué tan encogido, que solamente la habló. En yéndose el caballero, preguntóle una dama, que le había visto: «Señora, ¿cómo le fué con aquel caballero?» Respondió: «Como no tomó rincón, luego vi que era burro». Jugando del vocablo que se suele decir en el juego de las tablas.

Pidiendo unos dineros un mercader a una mujer de un mullidor de una cofradía, le dijo: «No se maraville vuestra merced que no le paguemos, que por mis pecados, más ha de cuatro meses que no han llamado a mi marido para ningún enterramiento».

Resa, cantor de la emperatriz, estaba con unos cantores en la capilla. Salió una dama, y preguntóle qué hacía. Dijo Resa: «Señora, estoy con estos mis compañeros». Respondió ella: «Amigos serán, que no compañeros».

### CAPÍTULO III

#### DE DICHOS A MUJERES

Un caballero bastardo encarecía mucho a otro caballero, que debía tanto a un amigo, de una buena obra, que dél había recibido, que le parecía que le era en cargo más que a su padre. Preguntóle el caballero a quién lo contaba: «¿Paréceos que debéis en esta vida a otra persona más que a vuestro padre?» Respondió: «No». Replicó el otro: «Pues a mí me parece que debéis más a vuestra madre, porque os escogió tal padre, que no a vuestro padre en daros tal madre».

A un escudero, que había estado preso, pasando por la puerta de una señora, le dijo: «Pensamos, señor, que le ahorcaran, ¿y anda ya suelto?» Respondió: «Siendo vos viva, no tenía de morir ahorcado». Dijo esto, porque era ley muy antigua de los godos, que cualquiera mujer pública pudiese pedir por marido a cualquiera hombre que fuese condenado a muerte.

Preguntando a uno qué era la causa que se allegaban tantas mujeres al servicio de una señora pobre, respondió que les daba el campo franco, como en Bujía a los soldados.

Una señora topóse una pulga debajo de las faldas, en invierno, y dijo: «¿Aun en invierno hay pulgas?» Respondió un caballero: «Quizás es verano allá dentro».

Decía Sanabria que era gran crueldad de los tudescos y alemanes en la guerra que traen sus mujeres por

esclavas, y no menos liviandad la de los españoles en tener a sus mancebas por señoras.

Despreciando una señora a uno que la quería, le dijo: «Una mujer de mi condición no se ha de bajar a un hombre de tan poca calidad como vos». Respondió él: «Esto mismo se había de hacer, porque las mujeres son como lobas en el escoger, que siempre echan mano del más ruin».

Fíngese que se puso este epitafio sobre la sepultura de una señora que hablaba mucho:

*Aquí yace sepultada  
la más que noble señora,  
que en su vida, punto ni hora  
tuvo la boca cerrada.*

*Y es tanto lo que ella habló  
que aunque más no ha de hablar,  
nunca llegará el callar  
adonde el hablar llegó.*

Preguntando a uno por qué decía mal de mujeres, pues tan buenos autores decían bien de ellas, respondió: «Esos dicen cuáles debían ser; yo cuáles son».

Dando un pellizco unas señoras a un conde, porque habiendo sido mancebo, metido en cosas de mundo, lo había dejado, respondió: «Pues habemos dado al mundo la harina, razón será que demos a Dios siquiera el salvado».

Una señora de mucha calidad fué con una mujer que la acompañaba encubierta a la tienda de un joyero. Llegó a ella un caballero, y pensando que fuese alguna mujer con quien se sufría tener conversación, según su traje, habló en amores. Ella, mostrándose enojada, le despidió. Tornando él a requebrarla, le dijo: «Mirad, caballero, que soy mujer de N.». Respondió él: «Pues vestid como quien sois, o sed como quien vestís».



A un escudero preguntáronle por qué se había casado con una doncella sorda. Respondió: «Pensando que también era muda».

Una mujer de un conde palatino había reñido con otra mujer; y el marido por consolarla, le decía: «Señora, cuanto a lo de Dios, tan condesa sois como la condesa de Benavente».

En un sarao danzaba una dama a saltos. Dijo un caballero que era menester morderla, como a castaña.

Decía uno que la mujer brava era peor que el diablo: porque él hace mal solamente a los malos, y la mujer brava, a buenos y a malos.

El mismo decía que el placer de los hijos es, que de cuando en cuando dicen una cosa que provoca a reír; y los enojos de las madres duran toda la vida.

Un hombre preguntó a otro amigo suyo cómo teniendo tan poca costa no estaba rico, porque él sabía bien que tenía cada día ocho reales de renta, y no gastaba más de dos. Respondióle: «Hermano, los dos pago, y los dos presto, y los dos gasto, y los dos pierdo». Los que pago, doy a mi padre, y a mi madre cada día, que son pobres. Los que presto, gasta mi hijo en Salamanca, los cuales me pagará cuando yo sea viejo, si lo veo, como ahora pago yo a mi padre. Los otros dos gastamos yo y mi mujer en comer. Y los que pierdo, son los que mi mujer gasta en sus trajes y atavíos, que jamás no pienso cobrarlos.»

El mismo decía que la mujer es paraíso de los ojos, e infierno de las almas, y purgatorio de las bolsas, y limbo del pensamiento.

Hablando un caballero de los que buscan mujeres hermosas, decía: «A los seis meses es fea para su marido, y hermosa para los otros».

Diéronle a uno libertad que de tres mujeres hermosas tomase la que quisiese. Tomólas todas tres. Preguntándole por qué tomaba tantas, respondió que se acordaba del daño que causó haber tomado París la una.

Un criado de un obispo había mucho tiempo que no había visto a su mujer, y dióle el obispo licencia que fuese a su casa. El maestresala, el mayordomo y el veedor, burlándose con él, que eran muy amigos, rogáronle que en su nombre diese a su mujer, la primera noche que llegase, un abrazo por cada uno. Él lo prometió, y como fué a su casa, cumplió su palabra. Contándole el caso, como lo había prometido, preguntó la mujer si tenía más criados el obispo. Respondió el marido: «Sí, señora, mas los otros no me dieron encomiendas».

Reñía uno con su mujer, y rogándole un vecino, no tuviese enojo, respondió: «Señor, nosotros somos como las cardas, que aunque se rasguñan de día, duermen juntas de noche».

Pedía celos una dama a un gentilhombre, diciendo: «Andad, que sois perrillo de todas bodas». Respondió él: «Y vos boda de todos los perrillos».

Decía Alonso Carrillo: «Si tu mujer te dijere que te echés a un tejado, ruega a Dios que sea bajo».

Preguntando a un caballero, qué edad tenía su señora, respondió: «No vale el robo».

Un hombre dijo que las alcahuetas son como las ollas de barro, que cuando es nueva guisan en ella, y cuando vieja y quebrada, llevan con ella lumbre de una casa a otra, y sirve de cobertera.

A una dama, que era graciosa, y discreta, procuraban muchos caballeros de hablarla, y ninguno pre-

tendía casarse con ella. Preguntó uno a otro qué le parecía de aquella dama. Respondió que era como la justicia, que todos la querían, y ninguno por su casa.

#### CAPÍTULO IV DE MUJERES FEAS

De uno, que era enamorado de una mujer fea, y era la medianera muy hermosa, dijo Alonso Carrillo: «Mayor es la circunstancia que el pecado».

Casóse uno con una mujer muy fea; y mostrándosele a una señora, diciendo: «Señora, aquél es el novio», respondió: «Buen no-vio, que si viera, no se casara con mujer tan fea».

Un escudero, que venía de Andalucía, pasó el puerto de el Muladar; y entrando en una venta, que está de esotra parte del puerto, una mujer enamorada, no hermosa, agradóse de la buena disposición del escudero, y aguardó a que estuviese solo; y viéndole entrar en una cámara de la venta, entróse tras él, y cerró la puerta. El escudero le dijo: «¿Qué mandáis, señora?» Respondió: «Señor, hame parecido de buena disposición, y entro aquí para que se sirva de mí». Viéndola él tan determinada, le dijo: «Señora, idos en buena hora, que yo no quiero pasar el puerto de Muladar dos veces en un día».

Preguntó la reina doña Isabel a Alonso Carrillo, que era muy feo, por una dama que él conocía, diciendo: «Hanme dicho que conoces a tal dama: ¿qué te parece?» Respondió: «Que me parece».

Don Francisco de Estúñiga dijo que una que se casó, muy fea y con grande dote, que la habían tomado por el peso sin hechura.

Tres hermanas algo morenas pidieron a un escudero un real prestado. Él dijo que de buena gana le

diera, pero que no le tenía. Respondió la una de ellas: «¿Cómo un hombre honrado no tiene un real?» Dijo él: «Pues cuerpo de tal, no hay entre vosotras una blanca, ¿y maravilláisos que no tenga yo un real?»

Un escudero siguió a una mujer en la calle, que era muy dispuesta, y de que le vió la cara, le dijo: «Señora, mejor me parecistes por la trasera, que no por la delantera». Respondió: «Señor, besad lo que bien os ha parecido».

Estando dos gentileshombres en buena conversación, pasó por allí una doncella muy fea. Preguntando quién era, dijeron que hija de un platero. Respondió el uno de ellos: «Herrero conozco yo que las hace mejores».

A un hombre que tenía por amiga una mujer en todo extremo fea, le dijo un caballero, que quien aquella mujer podía ver, que tenía más vista que un lince.

Un hombre muy feo convidó a un forastero a comer; y al tiempo de sentarse a la mesa, dijo al convidado: «Señor, ésta es mi mujer. Paróselas a mirar, y vió que era tan fea como él. Y preguntóle: «¿Es cierto, señor, vuestra mujer?» Respondió: «Sí, en verdad». Dijo el convidado: «Por cierto que pensé que era vuestra hermana».

Una señora muy fea preguntó a un gentilhomme si era enamorado. Él dijo que sí. Rogóle que hiciese cuenta que ella era su amiga, para ver cómo la requería. Respondióle: «Por Dios, de buena gana lo hiciera, mas témome no me digáis de sí».

Tenía una dama morena cámaras, y preguntándole si tenía hijos, respondió: «¿No había de dar fruto tierra negra y estercolada?»

Entró un caballero en una sala donde había muchas mujeres feas, y entrando una hermosa, dijo: «Si esta señora no viniera, ganáramos de no figura».

CAPÍTULO V  
DE VIUDAS

Preguntando a una señora viuda que por qué no se casaba, respondió: «Porque no me quieren a mí, sino al dote; y si por esto me casase, pareceme que sería mi amigo, y no mi marido».

A una señora que había perdido un honrado marido, traíanle un casamiento, y respondió: «Si hallo un marido como el que tenía, no quiero tener temor de perderle; y si malo, ¿qué necesidad hay de él?»

Trayéndole a una viuda un casamiento, respondió: «La muerte del marido no ha de romper el amor de una casta mujer».

Decía el conde de Ureña don N.: «La buena viuda, al malo pone freno para callar, y al bueno espuelas para loar».

De una viuda que hacía gran llanto por su marido, dijo uno que la jornada de la viudez quería andar aquella mujer toda en un día.

Un señor pidió a un corredor le hiciese haber una buena mula. El corredor preguntó: «¿De qué condición la quiere vuestra merced?» Respondió: «Hacedme haber una mula viuda». Maravillóse el corredor de tal necesidad. Replicó el caballero, diciendo: «Hermano, si la mula es viuda, tendrá tres condiciones muy buenas, que las viudas tienen: gordas, comedoras y andadoras».

Una viuda había sido dos veces casada, y enterraron a los dos maridos en una iglesia, en dos sepulturas, la una junta a la otra. El primer marido había ganado y guardado mucha hacienda, y dejola dos cántaros llenos de dinero. El segundo marido gastólo todo, y quedó ella muy pobre. Estando en medio de las dos sepulturas, decía a unas mujeres, que estaban cerca de ella: «Aquí está Hinche-cántaros, y aquí Vacía-cántaros; ¡mal siglo hayan entrambos!»

CAPÍTULO I  
DE NIÑOS

Saltando unos muchachos por encima de una hoguera de paja, cuyos padres no eran hidalgos, dijo un escudero a otro: «Por cierto que habían de castigar a estos muchachos por las travesuras que hacen». Respondió: «Dejadlos que se perdigan, para cuando sean grandes».

Sotomayor, capitán del duque del Infantazgo, saliendo a su puerta, halló una carreta quebrada, que unos muchachos la habían quebrado. Y como estuviese muy enojado, topó con un amigo suyo, que le preguntó: «¿Adónde vais?» Respondió: «A buscar a Herodes, que me vengue destes muchachos».

Estando comiendo un hombre, olvidóse de dar de comer a un niño, que estaba a par de la mesa. Díjole a su padre: «Dadme sal». Preguntóle: «¿Para qué la queréis?» Respondió: «Para la carne que me habéis de dar».

Había pestilencia en un lugar, y todos huían a otro lugar que estaba cerca dél, porque perseveraba sano. Un muchacho deste pueblo lloraba, por que no había allí pestilencia. Preguntando por qué deseaba tanto mal, respondió: «Porque nos mudáramos».

Un médico quería probar un arcabuz, y tiró a un libro muy alto de medicina, que había heredado de su padre. Y diciendo que le había pasado, dijo un hijo suyo muy niño: «No le pasó mi abuelo tan presto».

Uno, que se preciaba de muy hidalgo sin serlo, llevaba un hijo suyo de la mano; y pasando por la puerta de un cristiano nuevo, mostróselo, diciendo con

voz baja: «Hijo, aqueste es judío». Respondió el niño, mirándole a la cara: «Padre, parece a vos».

Un caballero besó a un niño muy hermoso, hijo de una señora fea, que se llamaba doña N. de Albornoz, diciendo: «Paréceme, señora, que los rapacejos de los Albornoces se han tornado dorados».

En Alcalá de Henares, porfiaba un hombre con su mujer que estaba muy salada la olla; y sobre esta porfía, preguntáronle a una niña que estaba a la mesa si estaba salado; y gustando el potaje, respondió: «En verdad, que puede leer a Terencio». Estaba entonces en Alcalá un catedrático que leía a Terencio, que se llamaba Salado.

Preguntando un caminante a un ventero de Sierra Morena que si tenía que comer, respondió que no había otra cosa sino huevos. Replicó el caminante: «Habrà alguna carne salpresa, como la que nos distes hoy ha ocho días, cuando pasé por aquí, que en verdad no he comido cosa que mejor me supiese». Dijo un muchacho, hijo del ventero: «Caro costaría si cada semana se nos hubiese de morir un rocín».

El doctor Villalobos tenía un hijo pequeño con calenturas; y teniendo gran sed, no quería su padre que le diesen agua, aunque la pedía muchas veces. Dijo el niño: «Dadme un poco de agua bendita para beber». Respondió su padre: «O hi de p... rapaz, ¿armáisme zancadilla? Denle cuanta agua quisiere».

## CAPÍTULO II

### DE VIEJOS

Preguntando a un viejo qué tanto tiempo había vivido, respondió: «Poco, mas muchos años».

Decía un caballero: «El hombre de cincuenta años arriba, más ha de ocupar los pensamientos como ha de

recibir a la muerte, que no en buscar regalos para alargar la vida».

Viendo un viejo a otro de su edad con un palo en la mano, le dijo: «Cuando a las casas viejas les ponen puntales, cerca están de caer».

Preguntando a uno qué cosa era al viejo más dificultosa, respondió: «Hacer mercedes».

Decía uno, que regalar mucho a los ciegos es hacerles la muerte larga.

El mismo decía: «La más fea avaricia es la de la vejez, porque no puede ser mayor ignorancia que hacer mayor provisión, cuando menos queda de vivir».

Preguntando una vieja enferma a un médico si sanaría de una grave enfermedad, le respondió: «Verdaderamente, madre, iréis al caer de la hoja». Respondió la vieja: «A la de mi naranjo me atengo».

Decía un viejo que tres cosas se le habían acrecentado con la vejez: ver más, poder más y mandar más. Decía: ver más, porque cada cosa le parecía dos, con la flaqueza de la vista; poder más, porque cuando se apeaba de la mula, traía la silla tras sí; y mandar más, porque mandaba diez veces la cosa, y no la hacían una.

Un caballero anciano tenía amores con una señora, y enviándole un recado con una criada de una señora, que se llamaba Margarita, después de haberle encomendado lo que había de decir, despidióla, diciendo: «Margarita, echaos a cuestras, mi vida». Respondió la criada: «Es tan larga, que me echaré con la carga».

Una vieja hallóse un espejo en un muladar, y como se miró con él, y se vió tal, echando la culpa al espejo, le arrojó, diciendo: «Y aun por ser tal, estás en tal parte».



Mirándose un viejo al espejo, como se vió lleno de canas y la cara arrugada y amarilla, los ojos hundidos y tristes, los dientes y muelas caídos, decía: «No hacen los espejos ahora como solían, que me acuerdo yo que hacían un rostro que era alegría de verle».

A una señora que se llamaba N. de Torres, dijo un viejo: «Tales Torres, menester habían una barba cana».

Decía Hernando del Pulgar que a la puerta de un hombre viejo, siempre amanece un nuevo dolor.

Decía un caballero que el viejo es como papel quemado, que aunque está enhiesto, no tiene tomo.

Preguntando un señor a un hombre viejo: «¿Qué edad tenéis?», respondió: «Sano estoy».

Decía un señor deste reino que los viejos deshonestos eran como los puerros, que tienen las barbas canas y las colas verdes.

Un viejo dormía en una cama de por sí; levantóse una noche para ir a la cama de su mujer, topó en un brasero, y dióse un gran golpe en las espinillas. Despertóse la mujer, diciendo: «¿Quién anda ahí?» Respondió él: «Ya no es nadie, cuerpo de tal; y volvióse, quejándose, a su cama».

A un viejo y a una vieja, que eran enamorados, envió un caballero esta letra:

*Las damas que están pasadas,  
y el galán, ya viejo anciano,  
tienen el mal del milano,  
las alas solas quebradas,  
y el pico y el papo sano.*

A un viejo que hablaba en amores a una señora, le respondió: «A completas habla vuestra merced de esta manera».

Casóse una dama con un caballero viejo, comendador de Santiago. Decía una señora que le habían echado a la dama una tumba, con hábito viejo encima.

Un caballero viejo servía a una dama, y un competidor suyo, mancebo, díjole: «Señor, no son todos para servir el amor: mejor pareciera ya V. md. con un rosario en la mano». Respondió: «¿Decíslo, señor, porque sois mozo, y yo viejo? Pues sabed que en mi tierra, por más mozo tienen a un hombre de cincuenta años, que a un asno de quince».

### CAPÍTULO III DE ENFERMOS

Visitando un médico a un caballero, tañían por difunto allá en su parroquia. Preguntó el caballero al médico: «Decid, señor, ¿tañen aquel instrumento para que dance yo?»

Estando un escudero al fin de su vida, la candela en la mano, su mujer se puso de rodillas, llorando a los pies de la cama, y dijo: «Señor mío Jesucristo, suplíctote que revoques esta sentencia, dada contra mi marido N., y se ejecute en mí, muera yo, y viva él, para que ponga cobro en sus hijos y casa (1). Respondió él: «Esto, señora, recabadlo con Dios, que conmigo alcanzado lo tenéis».

Estando un caballero enfermo en un lugar que se llamaba Uña, rogó a sus parientes que le llevasen a otro lugar. Preguntando por qué, respondió: «Por no morir en Uña, como piojo».

Un labrador muy rico casó a su hija con un hidalgo pobre y enfermo, el cual le pegó las bubas. Y visitando el padre a su hija, y preguntándole cómo estaba, respondió: «¿Cómo quiere que esté?, que por adobarme la sangre me dañó la carne».

(1) Poner cobro en alguien o algo, poner sumo cuidado y diligencia.

A un enfermo aconsejaban sus deudos que se curase, y llamase un buen médico. Respondió: «Yo me suelo hallar bien con un buen regimiento, y dieta». Tornándole a porfiar, que en todas maneras le llamase, dijo: «Dejadme morir de mi espacio».

A un enfermo, que estaba a la muerte, preguntó una vieja si la conocía. Respondió: «Sí, que sois una grande alcahueta». Dijo la vieja: «Hermano, no es tiempo ahora de decir gracias». Replicó él: «Dílogo porque es tiempo de decir verdades».

Don Diego de Carmona, deán de Sevilla, estaba de la gota tan lisiado, que para ir a cualquiera parte le llevaban ordinariamente en una silla. Tomó la zarparrilla, y sanó. Pasando Bejarano por su puerta, viéndole en pie, dijo: «Mejor parece el deán en cerro, que ensillado».

Tenía un enfermo gran sed, y conveníale beber un jarro de agua para su enfermedad, y porfiaba de dejarse morir de sed, o le habían de dar vino, que era muy contrario. Acordaron dos médicos, que le curaban, de darle una copa de buen vino, y que luego tras ello le diesen un gran golpe <sup>(1)</sup> de agua. De que hubo bebido el vino, dándole prestamente el agua, despídióla, diciendo: «Ya no hay sed».

Estando un señor hidrópico, no le daban a beber. Preguntó al médico qué tanto podría vivir, diciéndole que dos horas. Respondió: «Dádmelas de agua».

Visitando en la villa de Tendilla un médico a un enfermo, el cual médico era alcalde en Tendilla, excusábase de recibir una medicina. Dijo un compañero del enfermo al alcalde: «V. md. mande que la reciba, so pena de seiscientos maravedís».

(1) Una gran cantidad.

# INDICE DE AUTORES DE LA COLECCIÓN AUSTRAL

De los 680 Primeros Volúmenes

## ABRANTES, DUQUESA DE

495-Portugal a principios del siglo XIX.

## AIMARD, G.

276-Los tramperos del Arkansas.\*

## ALARCÓN, PEDRO A. DE

37-El Capitán Veneno. - El sombrero de tres picos.

428-El escándalo.\*

473-El final de Norma.

## ALONSO, DÁMASO

595-Hijos de la ira.

## ALTAMIRANO, IGNACIO M.

108-El Zarco.

## ÁLVAREZ QUINTERO, S. y J.

124-Puebla de las mujeres. - El genio alegre.

321-Malvaloca. - Doña Clarines.

## ALLISON PEERS, E.

671-El misticismo español.\*

## ANÓNIMO

5-Poema del Cid.\*

59-Cuentos y leyendas de la vieja Rusia.

156-Lazarillo de Tormes.

337-La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artus Dalgarbe.

359-Libro del esforzado caballero Don Tristán de Leonís.\*

374-La historia del rey Canamor y del infante Turján, su hijo. - La destrucción de Jerusalem.

396-La vida de Estebanillo González.\*

416-El conde Partinuples. - Roberto el Diabolo. - Ciamades y Clarmonda.

622-Cuentos populares y leyendas de Irlanda.

668-Viaje a través de los mitos irlandeses.

## ARAGO, F.

426-Grandes astrónomos anteriores a Newton.

543-Grandes astrónomos. (De Newton a Laplace.)

556-Historia de mi juventud.

## ARCIPRESTE DE HITA

98-Libro de buen amor.

## ARÉNE, PAUL

205-La Cebra de Oro.

## ARISTÓTELES

239-La Política.\*

296-Moral. (La gran moral. Moral a Eudemo.)\*

318-Moral, a Nicómaco.\*

399-Metafísica.\*

## ARRIETA, RAFAEL ALBERTO

291-Antología.

406-Centuria porteña.

## ASSOLLANT, ALFREDO

386-Aventuras del capitán Corcoran.\*

## AUNÓS, EDUARDO

275-Estampas de ciudades.\*

## AVELLANEDA FERNÁNDEZ DE,

ALONSO

603-El Quijote.\*

## AZORÍN

36-Lecturas españolas.

47-Trasuntos de España.

67-Españoles en París.

153-Don Juan.

164-El paisaje de España visto por los españoles.

226-Visión de España.

248-Tomás Rueda.

261-El escritor.

380-Capricho.

420-Los dos Luises y otros ensayos.

461-Bianco en azul.

475-De Granada a Castelar.

491-Las confesiones de un pequeño filósofo.

525-María Fontán.

551-Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros.

568-El político.

611-Un pueblecito.

674-Rivas y Larra.

## BALMES, J.

35-Cartas a un escéptico en materia de religión.\*

71-El criterio.\*

## BALZAC, H. DE

77-Los pequeños burgueses.

## BALLANTYNE, ROBERTO M.

259-La isla de coral.

517-Los mercaderes de pieles.\*

## BALLESTEROS BERRETTA, A.

677-Figuras imperiales.

## BAROJA, PÍO

177-La leyenda de Jaun de Alzate.

206-Las inquietudes de Shanti Andía.\*

230-Fantasías vascas.

256-El gran torbellino del mundo.\*

288-Las veleidades de la fortuna.

320-Los amores tardíos.

331-El mundo es así.

346-Zalacaín el aventurero.

365-La casa de Aizgorri.

377-El mayorazgo de Labraz.

398-La feria de los discretos.\*

445-Los últimos románticos.

471-Las tragedias grotescas.

605-El laberinto de las sirenas.\*

620-Paradox, rey.\*

## BASHKIRTSEFF, MARÍA

165-Diario de mi vida.

## BAYO, CIRO

544-Lazarillo español.\*

## BÉCQUER, GUSTAVO A.

3-Rimas y leyendas.

## BENAVENTE, JACINTO

34-Los intereses creados. - Señora ama.

84-La Malquerida. - La noche del sábado.

94-Cartas de mujeres.

305-La fuerza bruta. - Lo cursi.

387-Al fin, mujer. - La honradez de la cerradura.

450-La comida de las fieras. - Al natural.

550-Rosas de otoño y Pepa Doncel.

- BERCEO, GONZALO DE**  
344-Vida de Sancto Domingo de Silos. Vida de Sancta Oria, virgen.
- BERDIAEFF, N.**  
26-El cristianismo y el problema del comunismo.  
61-El cristianismo y la lucha de clases.
- BERGERAC, CYRANO DE**  
287-Viaje a la Luna. - Historia cómica, de los Estados e Imperios del Sol.\*
- BERNÁRDEZ, FRANCISCO LUIS**  
610-Antología poética.\*
- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE**  
341-Sangre y arena.\*  
351-La barraca.  
361-Arroz y tartana.\*  
390-Cuentos valencianos.  
410-Cañas y barro.\*  
508-Entre naranjos.\*  
581-La condenada. - Otros cuentos.
- BOECIO, SEVERINO**  
394-La consolación de la filosofía.
- BOSSUET**  
564-Oraaciones fúnebres.\*
- BOUGAINVILLE, L. A. DE**  
349-Viaje alrededor del mundo.\*
- BURTON, ROBERT**  
669-Anatomía de la melancolía.
- BUTLER, SAMUEL**  
285-Erewhon.\*
- BYRON, LORD**  
111-El Corsario. - Lara. - El sitio de Corinto. - Mazeppa.
- CALDERÓN DE LA BARCA**  
39-El alcalde de Zalamea. - La vida es sueño.\*  
289-Casa con dos puertas mala es de guardar. - El mágico prodigioso.  
384-La devoción de la cruz. - El gran teatro del mundo.  
496-El mayor monstruo del mundo. - El príncipe constante.  
593-No hay burlas con el amor. - El médico de su honra.\*  
659-A secreto agravio secreta venganza. - La dama duende.\*
- CAMBA, JULIO**  
22-Londres.  
269-La ciudad automática.  
295-Aventuras de una peseta.  
343-La casa de Lúculo.  
654-Sobre casi todo.
- CAMPOAMOR, R. DE**  
238-Doloras. - Cantares. - Los pequeños poemas.
- CANCELA, ARTURO**  
423-Tres relatos porteños y Tres cuentos de la ciudad.
- CANÉ, MIGUEL**  
255-Juvenilia y otras páginas argentinas.
- CAPDEVILA, ARTURO**  
97-Córdoba del recuerdo.  
222-Las invasiones inglesas.  
352-Primera antología de mis versos.\*  
506-Tierra mía.  
607-Rubén Darío.
- CAPUA, R. DE**  
678-Vida de Santa Catalina de Siena.\*
- CARLYLE, TOMÁS**  
472-Los primitivos reyes de Noruega.
- CASARES, JULIO**  
469-Crítica profana.\*
- CASTELO BRANCO, CAMILO**  
582-Amor de perdición.\*
- CASTIGLIONE, BALTASAR**  
549-El cortesano.\*
- CASTRO, GUILLÉN DE**  
583-Las moedades del Cid.\*
- CASTRO, ROSALÍA**  
243-Obra poética.
- CERVANTES, M. DE**  
29-Novelas ejemplares.\*  
150-Don Quijote de la Mancha.\*  
567-Novelas ejemplares.\*
- CÉSAR, JULIO**  
121-Comentarios de la Guerra de las Galias.\*
- CICERÓN**  
339-Los oficios.
- CIEZA DE LEÓN, P. DE**  
507-La crónica del Perú.\*
- CLARÍN (LEOPOLDO ALAS)**  
444-¡Adiós, «Cordera!» y otros cuentos.
- COLOMA, P. LUIS**  
413-Pequeñeces.\*  
421-Jeromín.\*  
435-La reina mártir.\*
- COLÓN, CRISTÓBAL**  
633-Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento.\*
- CONCOLORCORVO**  
609 El lazarrillo de ciegos caminantes.\*
- CONDAMINE, C. MARÍA DE LA**  
268-Viaje a la América meridional.
- CORTÉS, HERNÁN**  
547-Cartas de relación de la conquista de Méjico.\*
- COSSÍO, JOSÉ MARÍA DE**  
490-Los toros en la poesía.
- COSSÍO, MANUEL B.**  
500-El Greco.\*
- CROCE, B.**  
41-Breviario de estética.
- CROWTHER, J. G.**  
497-Humphry Davy, Michael Faraday (hombres de ciencia británicos del siglo XIX).  
509-J. Prescott Joule, W. Thomson, J. Clerk Maxwell (hombres de ciencia británicos del siglo XIX).  
518-T. Alva Edison, J. Henry (hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX).  
540-Benjamin Franklin, J. Willard Gibbs. (Hombres de ciencia norteamericanos.)\*
- CRUZ, SOR JUANA INÉS DE LA**  
12-Obras escogidas.
- CURIE, EVA**  
451-La vida heroica de Marfa Curie.\*
- CHATEAUBRIAND, F.**  
50-Atala. - René. - El último Abencerraje.

**CHEJOV, ANTÓN P.**

- 245-El jardín de los cerezos.
- 279-La cerilla sueca.
- 348-Historia de mi vida.
- 418-Historia de una anguila.

**CHESTERTON, GILBERT K.**

- 20-Santo Tomás de Aquino.
- 125-La Esfera y la Cruz.\*
- 170-Las paradojas de Mr. Pond.
- 523-Charlas.\*
- 535-El hombre que fué Jueves.\*
- 546-Ortodoxia.\*
- 580-El candor del padre Brown.\*
- 598-Pequeña historia de Inglaterra.\*
- 625-Alarmas y digresiones.
- 637-Enormes minucias.\*

**CHMELEV, IVÁN**

- 95-El camarero.

**DANA, R. E.**

- 429-Dos años al pie del mástil.

**DARIO, RUBÉN**

- 19-Azul...
- 118-Cantos de vida y esperanza.
- 282-Poema del otoño.
- 404-Prosas profanas.
- 516-El canto errante.

**DAVALOS, JUAN CARLOS**

- 617-Cuentos y relatos del Norte argentino.

**DELEDDA, GRAZIA**

- 571-Cósima.

**DELFINO, AUGUSTO MARIO**

- 463-Fin de siglo.

**DELGADO, JOSÉ MARÍA**

- 563-José María.\*

**DEMAISON, ANDRÉ**

- 262-El libro de los animales llamados salvajes.

**DESCARTES**

- 6-Discurso del método.

**DÍAZ DE GUZMÁN, RUY**

- 519-La Argentina.\*

**DÍAZ-PLAJA, GUILLERMO**

- 297-Hacia un concepto de la literatura española.

**DICKENS, C.**

- 13-El grillo del hogar.
- 658-El reloj del señor Humphrey.

**DIEGO, GERARDO**

- 219-Primera antología de sus versos.

**DONOSO, ARMANDO**

- 376-Algunos cuentos chilenos. (Antología de cuentistas chilenos.)

**D'ORS, EUGENIO**

- 465-El Valle de Josafat.

**DOSTOYEVSKI, F.**

- 167-Stepántchikovo.
- 267-El jugador.
- 322-Noches blancas. - El diario de Raskólnikov.

**ECHAGÜE JUAN PABLO**

- 453-Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos.

**ERCKMANN-CHATRIAN**

- 486-Cuentos de orillas del Rhin.

**ESPINA, A.**

- 174-Luis Candelas, el bandido de Madrid.
- 290-Ganivet. El hombre y la obra.

**ESPINOSA, AURELIO M.**

- 585-Cuentos populares de España.\*

**ESPINOSA, AURELIO M. (h)**

- 645-Cuentos populares de Castilla.

**ESQUILO**

- 224-La Orestíada. - Prometeo encadenado.

**ESTÉBANEZ CALDERÓN, S.**

- 188-Escenas andaluzas.

**EURÍPIDES**

- 432-Alcestis. - Las Bacantes. - El ciclope.

- 623-Electra. - Ifigenia en Táuride. - Las Troyanas.

- 653-Orestes - Medea - Andrómaca.

**EYZAGUIRRE, JAIME**

- 641-Ventura de Pedro de Valdivia.

**FAULKNER, W.**

- 493-Santuario.\*

**FERNÁN CABALLERO**

- 56-La familia de Alvareda.

- 364-La Gaviota.\*

**FERNÁNDEZ DE VELASCO Y**

**PIMENTEL, B.**

- 662-Deleite de la discreción y Fácil escuela de la agudeza.

**FERNÁNDEZ-FLÓREZ, W.**

- 145-Las gafas del diablo.

- 225-La novela número 13.

- 263-Las siete columnas.

- 284-El secreto de Barba Azul.\*

- 325-El hombre que compró un automóvil.

**FERNÁNDEZ MORENO, B.**

- 204-Antología 1915-1945.\*

**FOURNIER D'ALBE**

- 663-Efestos. Quo vadimus.

**FRANKLIN, B.**

- 171-El libro del hombre de bien.

**FÜLÖP MILLER, RENÉ**

- 548-Tres episodios de una vida.

**GÁLVEZ, MANUEL**

- 355-El Gaucho de Los Cerrillos.

- 433-El mal metafísico.\*

**GALLEGOS, RÓMULO**

- 168-Doña Bárbara.\*

- 192-Cantaclaro.\*

- 213-Canaima.\*

- 244-Reinaldo Solar.\*

- 307-Pobre negro.\*

- 338-La trepadora.\*

- 425-Sobre la misma tierra.\*

**GANIVET, A.**

- 126-Cartas finlandesas. - Hombres del Norte.

- 139-Idearium español. - El porvenir de España.

**GARCÍA GÓMEZ, E.**

- 162-Poemas arábigoandaluces.

- 513-Cinco poetas musulmanes.\*

**GARCÍA Y BELLIDO, A.**

- 515-España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strábon.\*

**GÉRARD, JULIO**

- 367-El matador de leones.

**GIL, MARTÍN**

- 447-Una novena en la sierra.

- GOETHE, J. W.**  
60-Las afinidades electivas.\*  
449-Las cuitas de Werther.  
608-Fausto.
- GOGOL**  
173-Tarás Bulba. - Nochebuena.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, G.**  
498-Antología (poesías y cartas amorosas).
- GÓMEZ DE LA SERNA, R.**  
14-La mujer de ámbar.  
143-Gratuías 1940-45.  
308-Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías.  
427-Don Ramón María del Valle-Inclán.\*
- GOMPERTZ, MAURICE**  
529-La panera de Egipto.
- GÓNGORA, L. DE**  
75-Antología.
- GONZÁLEZ MARTINEZ, E.**  
333-Antología poética.
- GONZÁLEZ OBRIGÓN, L.**  
494-México viejo y anecdótico.
- GOSS, MADELEINE**  
587-Sinfonía inconclusa.\*  
670-Brahms.\*
- GRACIÁN, BALTASAR**  
49-El héroe. - El discreto.  
258-Agudeza y arte de ingenio.\*  
400-El crítico.\*
- GRANADA, FRAY LUIS DE**  
642-Introducción del símbolo de la fe.\*
- GUEVARA, ANTONIO DE**  
242-Epístolas familiares.
- GUINNARD, A.**  
191-Tres años de esclavitud entre los patagones.
- HARDY, T.**  
25-La bien amada.
- HAVEN SCHAUFFLER, R.**  
670-Brahms.\*
- HEARN, LAFCADIO**  
217-Kwaidan.
- HEBBEL, C. F.**  
569-Los Nibelungos.
- HEGEL**  
594-De lo bello y sus formas.\*
- HEINE, E.**  
184-Noches florentinas.
- HERCZEG, F.**  
66-La familia Gyurkovics.\*
- HERNÁNDEZ, J.**  
8-Martín Fierro.
- HESSEN, J.**  
107-Teoría del conocimiento.
- HORACIO**  
643-Odas.
- HUARTE, JUAN**  
599-Examen de ingenios.\*
- HUDSON, G. E.**  
182-El Ombú y otros cuentos rioplatenses.
- HUGO, VICTOR**  
619-Hernani. - El rey se divierte.  
652-Literatura y filosofía.  
673-Cromwell.\*
- IBARBOUROU, JUANA DE**  
265-Poemas.
- IBSEN, H.**  
193-Casa de muñecas. - Juan Gabriel Borkman.
- INFANTE DON JUAN MANUEL**  
676-El conde Lucanor.
- INSÚA, A.**  
82-Un corazón burlado.  
316-El negro que tenía el alma blanca.\*  
328-La sombra de Peter Wald.\*
- IRVING, WASHINGTON**  
186-Cuentos de la Alhambra.  
476-La vida de Mahoma.\*
- ISÓCRATES**  
412-Discursos histórico-políticos.
- JAMESON, EGON**  
93-De la nada a millonarios.
- JAMMES, F.**  
9-Rosario al Sol.
- JENOFONTE**  
79-La expedición de los diez mil (Anábasis).
- JONES, T. W.**  
663-Hermes.
- JUNCO, A.**  
159-Sangre de Hispania.
- KANT**  
612-Lo bello y lo sublime. - La paz perpetua.  
648-Fundamentación de la metafísica de las costumbres.
- KELLER, GOTTFRIED**  
383-Los tres honrados peñeros y otras novelas.
- KEYSERLING, CONDE DE**  
92-La vida íntima.
- KIERKEGAARD, SÖREN**  
158-El concepto de la angustia.
- KINGSTON, W. H. G.**  
375-A lo largo del Amazonas.\*  
474-Salvado del mar.\*
- KIRKPATRICK, F. A.**  
130-Los conquistadores españoles.\*
- KOTZEBUE, AUGUSTO DE**  
572-De Berlín a París en 1804.\*
- KSCHEMISVARA**  
215-La ira de Caúsica.
- LABIN, EDOUARD**  
575-La liberación de la energía atómica.
- LAMB, CARLOS**  
675-Cuentos basados en el teatro de Shakespeare.\*
- LARBAUD, VALÉRY**  
40-Fermina Márquez.
- LARRA, MARIANO JOSÉ DE**  
306-Artículos de costumbres.
- LARRETA, ENRIQUE**  
74-La gloria de don Ramiro.\*  
85-«Zooobib».  
247-Santa María del Buen Aire. - Tiempos iluminados.  
382-La calle de la vida y de la muerte.  
411-Tenía que suceder. - Las dos fundaciones de Buenos Aires.  
438-El linera. - Pasión de Roma.

- 510-La que buscaba Don Juan. - Artemis. - Discursos.  
 560-Jerónimo y su almohada. - Notas diversas.
- LATORRE, MARIANO**  
 680-Chile, país de rincones. \*
- LEÓN, FRAY LUIS DE**  
 51-La perfecta casada.  
 522-De los nombres de Cristo. \*
- LEÓN, RICARDO**  
 370-Jauja.  
 391-¡Desperta ferrol!  
 481-Casta de hidalgos. \*  
 521-El amor de los amores. \*  
 561-Las siete vidas de Tomás Portolés.  
 590-El hombre nuevo. \*
- LEOPARDI**  
 81-Diálogos.
- LERMONTOF, M. I.**  
 148-Un héroe de nuestro tiempo.
- LEROUX, GASTÓN**  
 293-La esposa del Sol. \*  
 378-La muñeca sangrienta.  
 392-La máquina de asesinar.
- LEUMANN, C. A.**  
 72-La vida victoriosa.
- LEVENE, RICARDO**  
 303-La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad. \*
- LEVILLIER, R.**  
 91-Estampas virreinales americanas.  
 419-Nuevas estampas virreinales: Amor con dolor se paga.
- LI HSING-TAO**  
 215-El círculo de tiza.
- LINKLATER, ERIC**  
 631-María Estuardo.
- LISZT, FRANZ**  
 576-Chopin.
- LOPE DE RUEDA**  
 479-Eufemia. - Armellna. - El delectoso.
- LOPE DE VEGA**  
 43-Peribáñez y el Comendador de Ocaña. - La estrella de Sevilla. \*  
 274-Poesías líricas.  
 294-El mejor alcalde, el Rey. - Fuenteovejuna.  
 354-El perro del hortelano. - El arenal de Sevilla.  
 422-La Dorotea. \*  
 574-La dama boba - La niña de plata. \*  
 638-El amor enamorado. - El caballero de Olmedo.
- LUGONES, LEOPOLDO**  
 200-Antología poética. \*  
 232-Romancero.
- LUMMIS, C. F.**  
 514-Los exploradores españoles del siglo XVI. \*
- LYTTON, B.**  
 136-Los últimos días de Pompeya.
- MACHADO, ANTONIO**  
 149-Poesías completas. \*
- MACHADO, MANUEL**  
 131-Antología.
- MACHADO, MANUEL Y ANTONIO**  
 260-La duquesa de Benamejía. - La prima Fernanda. - Juan de Mañana. \*
- MAETERLINCK, MAURICIO**  
 385-La vida de los termes.  
 557-La vida de las hormigas.  
 606-La vida de las abejas. \*
- MAEZTU, MARÍA DE**  
 330-Antología-Siglo XX. Prosistas españoles. \*
- MAEZTU, RAMIRO DE**  
 31-Don Quijote, Don Juan y La Celestina.
- MAISTRE, JOSÉ DE**  
 345-Las veladas de San Petersburgo. \*
- MALLEA, EDUARDO**  
 102-Historia de una pasión argentina.  
 202-Cuentos para una inglesa desesperrada.  
 402-Rodeada está de sueño.  
 502-Todo verdor perecerá.  
 602-El retorno.
- MANACORDA, TELMO**  
 613-Fructuoso Rivera.
- MANRIQUE, JORGE**  
 135-Obra completa.  
 665-Regimiento de príncipes y otras obras.
- MANSILLA, LUCIO V.**  
 113-Una excursión a los indios ranqueles. \*
- MAÑACH, JORGE**  
 252-Martí, el apóstol. \*
- MAQUIAVELO**  
 69-El Príncipe (comentado por Napoleón Bonaparte).
- MARAÑÓN, G.**  
 62-El Conde-Duque de Olivares. \*  
 129-Don Juan.  
 140-Tiempo viejo y tiempo nuevo.  
 185-Vida e historia.  
 196-Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.  
 360-El «Empecinado» visto por un inglés  
 408-Amiel. \*  
 600-Ensayos liberales.  
 661-Vocación y ética y otros ensayos.
- MARCOY, PAUL**  
 163-Viaje por los valles de la quina. \*
- MARCU, VALERIU**  
 530-Maquiavelo. \*
- MARICHALAR, A.**  
 78-Riesgo y ventura del Duque de Osuna.
- MARMIER, JAVIER**  
 592-A través de los trópicos. \*
- MASSINGHAM, H. J.**  
 529-La Edad de Oro.
- MAURA, ANTONIO**  
 231-Discursos conmemorativos.
- MAURA GAMAZO, GABRIEL**  
 240-Rincones de la historia.
- MAUROIS, ANDRÉ**  
 2-Disraeli. \*  
 660-Lord Byron. \*
- MÉNDEZ PEREIRA, O.**  
 166-Núñez de Balboa.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.**  
 28-Estudios literarios. \*  
 55-Los romances de América y otros estudios.



- 100-Flor nueva de romances viejos.\*  
 110-Antología de prosistas españoles.\*  
 120-De Cervantes y Lope de Vega.  
 172-Idea imperial de Carlos V.  
 190-Poesía árabe y poesía europea.  
 250-El idioma español en sus primeros tiempos.  
 280-La lengua de Cristóbal Colón.  
 300-Poesía juglaresca y juglares.\*  
 501-Castilla, la tradición, el idioma.\*
- MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO**  
 251-San Isidoro, Cervantes y otros estudios.  
 350-Poetas de la Corte de Don Juan II.\*  
 597-El abate Marchena.
- MEREJKOVSKY, D.**  
 30-Vida de Napoleón.\*
- MERIMÉE, PRÓSPERO**  
 152-Mateo Falcone y otros cuentos.
- MESA, E. DE**  
 223-Poesías completas.
- MESONERO ROMANOS, R. DE**  
 283-Escenas matritenses.
- MEUNANN, E.**  
 578-Introducción a la estética actual.
- MIELLI, ALDO**  
 431-Lavoisier y la formación de la teoría química moderna.  
 485-Volta y el desarrollo de la electricidad.
- MILL, STUART**  
 83-Autobiografía.
- MISTRAL, GABRIELA**  
 503-Ternura.
- MOLIÈRE**  
 106-El ricachón en la corte. - El enfermo de aprensión.
- MOLINA, TIRSO DE**  
 73-El vergonzoso en Palacio. - El Burlador de Sevilla.\*  
 369-La prudencia en la mujer. - El condenado por desconfiado.  
 442-La gallega Mari-Hernández. - La firmeza en la hermosura.
- MONCADA, FRANCISCO DE**  
 405-Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.
- MONTESQUIEU**  
 253-Grandeza y decadencia de los romanos.
- MORAND, PAUL**  
 16-Nueva York.
- MORATÍN, L. FERNÁNDEZ DE**  
 335-La comedia nueva. - El sí de las niñas.
- MORETO, AGUSTÍN**  
 119-El lindo don Diego. - No puede ser el guardar una mujer.
- MUÑOZ, R. F.**  
 178-Se llevaron el cañón para Bachimba.
- MUSSET, ALFREDO DE**  
 492-Cuentos.
- NAVARRO Y LEDESMA, F.**  
 401-El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.\*
- NERUDA, JAN**  
 397-Cuentos de la Malá Strana.
- NERVO, AMADO**  
 32-La amada inmóvil.
- 175-Plenitud.  
 211-Serenidad.  
 311-Elevación.  
 373-Poemas.  
 434-El arquero divino.  
 458-Perlas negras. - Místicas.
- NEWTON, ISAAC**  
 334-Selección.
- NIETZSCHE, FEDERICO**  
 356-El origen de la tragedia.
- NOVAS CALVO, L.**  
 194-El Negrero.\*  
 573-Cayo Canas.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, ALVAR**  
 304-Naufragios y comentarios.\*
- OBLIGADO, CARLOS.**  
 257-Los poemas de Edgar Poe.
- OBLIGADO, RAFAEL**  
 197-Poesías.\*
- ORTEGA Y GASSET, J.**  
 1-La rebelión de las masas.\*  
 11-El tema de nuestro tiempo.  
 45-Notas.  
 101-El libro de las misiones.  
 151-Ideas y creencias.  
 181-Tríptico: Mirabeau o el político. - Kant. - Goethe.  
 201-Mocedades.
- PALACIO VALDÉS, A.**  
 76-La Hermana San Sulpicio.\*  
 133-Marta y María.\*  
 155-Los majos de Cádiz.  
 189-Riverita.\*  
 218-Maximina.\*  
 266-La novela de un novelista.\*  
 277-José.  
 298-La alegría del capitán Ribot.  
 368-La aldea perdida.\*  
 588-Años de juventud del doctor Angélico.\*
- PALMA, RICARDO**  
 52-Tradiciones peruanas (1ª selec.).  
 132-Tradiciones peruanas (2ª selec.).  
 309-Tradiciones peruanas (3ª selec.).
- PAPP, DESIDERIO**  
 443-Más allá del Sol... (La estructura del Universo.)
- PARRY, WILLIAM E.**  
 537-Tercer viaje para el descubrimiento de un paso por el Noroeste.
- PASCAL, BLAS**  
 96-Pensamientos.
- PELLICO, SILVIO**  
 144-Mis prisiones.
- PEMÁN, JOSÉ MARÍA**  
 234-Noche de levante en calma. - Julieta y Romeo.
- PEREDA, J. M. DE**  
 58-Don Gonzalo González de la Gonzalera.  
 414-Peñas arriba.\*  
 436-Sotileza.\*  
 454-El sabor de la tierra.\*  
 487-De tal palo, tal astilla.\*  
 528-Pedro Sánchez.\*  
 558-El buey suelto...
- PEREYRA, CARLOS**  
 236-Hernán Cortés.\*

- PÉREZ DE AYALA, R.**  
 147-Las Máscaras. \*  
 183-La pata de la raposa. \*  
 198-Tigre Juan.  
 210-El curandero de su honra.  
 249-Poesías completas. \*
- PÉREZ GALDÓS, B.**  
 15-Mariñela.
- PÉREZ LUGÍN, ALEJANDRO**  
 357-La casa de la Troya. \*
- PÉREZ MARTÍNEZ, HÉCTOR**  
 531-Juárez, el Imposible.
- PFANDL, LUDWIG**  
 17-Juana la Loca.
- PIGAFETTA, ANTONIO**  
 207-Primer viaje en torno del Globo.
- PLA, CORTÉS**  
 315-Galileo Galilei.  
 533-Isaac Newton. \*
- PLATÓN**  
 44-Diálogos. \*  
 220-La República o el Estado. \*  
 639-Apología de Sócrates. - Critón o El deber del ciudadano.
- PLUTARCO**  
 228-Vidas paralelas: Alejandro - Julio César.  
 459-Vidas paralelas: Demóstenes - Cicerón. Demetrio - Antonio.
- POINCARÉ, HENRI**  
 379-La ciencia y la hipótesis. \*  
 409-Ciencia y método. \*  
 579-Últimos pensamientos.  
 628-El valor de la ciencia.
- PRAVIEL, A.**  
 21-La vida trágica de la emperatriz Carlota.
- PRÉVOST, ABATE**  
 89-Manon Lescaut.
- PRIETO, JENARO**  
 137-El socio.
- PUIG, IGNACIO**  
 456-¿Qué es la física cósmica? \*
- PUSHKIN**  
 123-La hija del Capitán. - La nevaska.
- QUEIROZ, EÇA DE**  
 209-La Ilustre casa de Ramfrez. \*  
 524-La ciudad y las sierras. \*
- QUEVEDO, FRANCISCO DE**  
 24-Historia de la vida del Buscón.  
 362-Antología poética.  
 536-Los sueños. \*  
 626-Política de Dios y gobierno de Cristo. \*
- QUILES, ISMAEL**  
 467-Aristóteles.  
 527-San Isidoro de Sevilla.
- QUINTANA, M. J.**  
 388-Vida de Francisco Pizarro.
- RADA Y DELGADO, JUAN DE DIOS DE LA**  
 281-Mujeres célebres de España y Portugal (Primera selección).  
 292-Mujeres célebres de España y Portugal (Segunda selección).
- RAMÍREZ CABAÑAS, J.**  
 358-Antología de cuentos mexicanos.
- RAMÓN Y CAJAL, S.**  
 90-Mi infancia y juventud. \*  
 187-Charlas de café. \*  
 214-El mundo visto a los ochenta años.  
 227-Los tónicos de la voluntad. \*  
 241-Cuentos de vacaciones. \*
- RAVAGE, M. E.**  
 489-Cinco hombres de Francfort. \*
- REID MAYNE**  
 317-Los tiradores de rifle. \*
- REISNER, MARY**  
 664-La casa de telarañas. \*
- REY PASTOR, JULIO**  
 301-La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.
- REYLES, CARLOS**  
 88-El gaucho Florido.  
 208-El embrujo de Sevilla.
- RICKERT, H.**  
 347-Ciencia cultural y ciencia natural. \*
- RIVADENEIRA, PEDRO DE**  
 634-Vida de Ignacio de Loyola. \*
- RIVAS, DUQUE DE**  
 46-Romances. \*  
 656-Sublevación de Nápoles capitaneada por Masaniello. \*
- ROJAS, FERNANDO DE**  
 195-La Celestina.
- ROJAS, FRANCISCO DE**  
 104-Del Rey abajo, ninguno. - Entre bobos anda el juego.
- ROSENKRANTZ, PALLE**  
 534-Los gentiles hombres de Lindenberg. \*
- ROUSSELET, LUIS**  
 327-Viaje a la India de los Maharajahs.
- RUIZ DE ALARCÓN, JUAN**  
 68-La verdad sospechosa. - Los pechos privilegiados.
- RUSSELL, B.**  
 23-La conquista de la felicidad.
- RUSSELL WALLACE, A. DE**  
 313-Viaje al archipiélago malayo.
- SAENZ HAYES, R.**  
 329-De la amistad en la vida y en los libros.
- SAID ARMEÑO, VÍCTOR**  
 562-La leyenda de Don Juan. \*
- SAINT-PIERRE, BERNARDINO DE**  
 393-Pablo y Virginia.
- SAINZ DE ROBLES, F.**  
 114-El «otro» Lope de Vega.
- SALOMÓN**  
 464-El cantar de los cantares. (Versión de Fray Luis de León.)
- SALTEN, FÉLIX**  
 363-Los hijos de Bambi.  
 371-Bambi.  
 395-Penni «El Salvador». \*
- SALUSTIO, CAYO**  
 366-La conspiración de Catilina. - La guerra de Jugurta.
- SAMANIEGO FÉLIX MARÍA**  
 632-Fábulas.
- SAN AGUSTÍN**  
 559-Ideario. \*
- SÁNCHEZ SÁEZ, BRAULIO**  
 596-Primera antología de cuentos braulios. \*

**SANDERS, GEORGE**

657-Crimen en mis manos. \*

**SAN FRANCISCO DE ASÍS**

468-Las florecillas. - El cántico del Sol. \*

**SAN JUAN DE LA CRUZ**

326-Obras escogidas.

**SANTA CRUZ DE DUENAS, MELCHOR DE**

672-Floresta española.

**SANTA MARINA, L.**

157-Cisneros.

**SANTA TERESA DE JESÚS**

86-Las Moradas.

372-Su vida. \*

636-Camino de perfección.

**SANTILLANA, EL MARQUÉS DE**

552-Obras.

**SANTO TOMÁS**

310-Suma Teológica. (Selección.)

**SCOTT, WALTER**

466-El pirata. \*

**SCHIAPARELLI, JUAN V.**

526-La astronomía en el Antiguo Testamento.

**SCHILLER, F.**

237-La educación estética del hombre.

**SCHMIDL, ULRICO**

424-Derrotero y viaje a España y las Indias.

**SÉNECA**

389-Tratados morales.

**SHAKESPEARE, W.**

27-Hamlet.

54-El rey Lear. - Pequeños poemas.

87-Otelo, el moro de Venecia. - La tragedia de Romeo y Julieta.

109-El mercader de Venecia. - La tragedia de Macbeth.

116-La tempestad. - La doma de la bravía.

127-Antonio y Cleopatra.

452-Las alegres comadres de Windsor. - La comedia de las equivocaciones.

488-Los dos hidalgos de Verona. - Sueño de una noche de San Juan.

635-A buen fin no hay mal principio. - Trabajos de amor perdido.

**SHAW, BERNARD**

115-Pigmalión. - La cosa sucede.

615-El carro de las manzanas.

630-Héroes. - Cándida.

640-Matrimonio desigual.

**SILIÓ, CÉSAR**

64-Don Álvaro de Luna. \*

**SILVA VALDÉS, FERNÁN**

538-Cuentos del Uruguay. \*

**SIMMEL, GEORG**

38-Cultura femenina y otros ensayos.

**SLOCUM, JOSHUA**

532-A bordo del «Spray». \*

**SOLAIINDE, A. G.**

154-Cien romances escogidos.

169-Antología de Alfonso X el Sabio. \*

**STAEI, MADAME DE**

616-Reflexiones sobre la paz.

655-Alemania.

**STENDHAL**

10-Armancia.

**STERNE, LAURENCE**

332-Viaje sentimental.

**STEVENSON, R. L.**

7-La Isla del Tesoro.

342-Aventuras de David Balfour.

566-La flecha negra. \*

627-Cuentos de los mares del Sur.

666-A través de las praderas.

**STOKOWSKI, LEOPOLDO**

591-Música para todos nosotros. \*

**STORNI, ALFONSINA**

142-Antología poética.

**STRINDBERG, A.**

161-El viaje de Pedro el Afortunado.

**SUÁREZ, FRANCISCO P.**

381-Introducción a la metafísica. \*

**SWIFT, JONATÁN**

235-Viajes de Gulliver. \*

**SYLVESTER, E.**

483-Sobre la índole del hombre.

**TÁCITO**

446-Los anales. \*

462-Historias. \*

**TAINÉ, HIPÓLITO A.**

448-Viaje a los Pirineos. \*

505-Filosofía del arte. \*

**TAMAYO Y BAUS, MANUEL**

545-La locura de amor. - Un drama nuevo. \*

**TEJA ZABRE, A.**

553-Morelos. \*

**THACKERAY, W. M.**

542-Catalina.

**THIERRY, AUGUSTIN**

589-Relato de los tiempos merovingios. \*

**TOLSTOI, LEÓN**

554-Los cosacos.

586-Sebastopol.

**TURGUENEFF, I.**

117-Relatos de un cazador.

134-Anuchka. - Fausto.

482-Lluvia de primavera. - Remanso de paz. \*

**TWAIN, MARK**

212-Las aventuras de Tom Sawyer.

649-El hombre que corrompió a una ciudad.

679-Fragmentos del diario de Adán y Eva.

**UNAMUNO, M. DE**

4-Del sentimiento trágico de la vida. \*

33-Vida de Don Quijote y Sancho. \*

70-Tres novelas ejemplares y un prólogo.

99-Niebla.

112-Abel Sánchez.

122-La tía Tula.

141-Amor y pedagogía.

160-Andanzas y visiones españolas.

179-Paz en la guerra. \*

199-El espejo de la muerte.

221-Por tierras de Portugal y de España.

233-Contra esto y aquello.

254-San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más.

286-Soliloquios y conversaciones.

299-Mi religión y otros ensayos breves.

312-La agonía del cristianismo.

323-Recuerdos de niñez y de mocedad.

- 336-De mi país.  
 403-En torno al casticismo.  
 417-El Caballero de la Triste Figura.  
 440-La dignidad humana.  
 478-Viejos y jóvenes.  
 499-Almas de jóvenes.  
 570-Soledad.  
 601-Antología poética.  
 647-El otro. - El hermano Juan.
- UP DE GRAFF, F. W.**  
 146-Cazadores de cabezas del Amazonas.\*
- URIBE PIEDRAHITA, CÉSAR**  
 314-Toá.
- VALDÉS, JUAN DE**  
 216-Diálogo de la lengua.
- VALERA, JUAN**  
 48-Juanita la Larga.
- VALLE, R. H.**  
 477-Imaginación de México.
- VALLE-ARIZPE, A. DE**  
 53-Cuentos del México antiguo.  
 340-Leyendas mexicanas.
- VALLE-INCLÁN, R. DEL**  
 105-Tirano Banderas.  
 271-Corte de amor.  
 302-Flor de santidad. - Coloquios románticos.  
 415-Voces de gesta. - Cuento de Abril.  
 430-Sonata de primavera. - Sonata de estío.  
 441-Sonata de otoño. - Sonata de invierno.  
 460-Los Cruzados de la Causa.  
 480-El resplandor de la hoguera.  
 520-Gerifaltes de antaño.  
 555-Jardín umbrío.  
 621-Claves líricas.  
 651-Cara de Plata.  
 667-Águila de blasón.
- VALLERY-RADOT, RENÉ**  
 470-Madame Pasteur.
- VAN DINE, S. S.**  
 176-La serie sangrienta.
- VARIOS**  
 319-Frases.
- VÁZQUEZ, FRANCISCO**  
 512-Jornada de Omagua y Dorado.  
 (Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras.)
- VEGA, EL INCA GARCILASO DE LA**  
 324-Comentarios reales. (Selección.)
- VEGA, GARCILASO DE LA**  
 63-Obras.
- VEGA, VENTURA DE LA**  
 484-El hombre de mundo. - La muerte de César.\*
- VIGNY, ALFREDO DE**  
 278-Servidumbre y grandeza militar.
- VILLA-UROTIA, MARQUÉS DE**  
 57-Cristina de Suecia.
- VILLALÓN CRISTÓBAL DE**  
 246-Viaje de Turquía.\*
- 264-El Cróton.\*
- VINCI, LEONARDO DE**  
 353-Aforismos.  
 650-Tratado de la pintura.\*
- VIRGILIO**  
 203-Églogas. - Geórgicas.
- VITORIA, FRANCISCO DE**  
 618-Relecciones sobre los indios.
- VIVES, JUAN LUIS**  
 128-Diálogos.  
 138-Instrucción de la mujer cristiana.  
 272-Tratado del alma.\*
- VOSSLER, CARLOS**  
 270-Algunos caracteres de la cultura española.  
 455-Formas literarias en los pueblos románicos.  
 511-Introducción a la literatura española del Siglo de Oro.  
 565-Fray Luis de León.  
 624-Estampas del mundo románico.  
 644-Racine.
- WAKATSUKI, FUKUYIRO**  
 103-Tradiciones japonesas.
- WALSH, W. T.**  
 504-Isabel la Cruzada.\*
- WALLON, H.**  
 539-Juana de Arco.\*
- WASSILIEV, A. T.**  
 229-Ochraná.\*
- WAST, HUGO**  
 80-El camino de las llamas.
- WELLS, H. G.**  
 407-La lucha por la vida.\*
- WHITNEY, PHYLLIS A.**  
 584-El rojo es para el asesinato.\*
- WILDE, JOSÉ ANTONIO**  
 457-Buenos Aires desde setenta años atrás.
- WILDE, OSCAR**  
 18-El ruiseñor y la rosa.  
 65-El abanico de Lady Windermere. - La importancia de llamarse Ernesto.  
 604-Una mujer sin importancia. - Un marido ideal.\*  
 629-El crítico como artista.\*  
 646-Balada de la cárcel de Reading. - Poemas.
- WINDHAM LEWIS, D. B.**  
 42-Carlos de Europa, emperador de Occidente.\*
- WYSS, JUAN RODOLFO**  
 437-El Robinson suizo.\*
- YÁÑEZ, AGUSTÍN**  
 577-Melihea, Isolda y Aida en tierras cálidas.
- ZORRILLA, JOSÉ**  
 180-Don Juan Tenorio. - El puñal del godó.  
 439-Leyendas y tradiciones.  
 614-Antología de poesías líricas.\*
- ZWEIG, STEFAN**  
 273-Brasil.\*  
 541-Una partida de ajedrez-Una carta

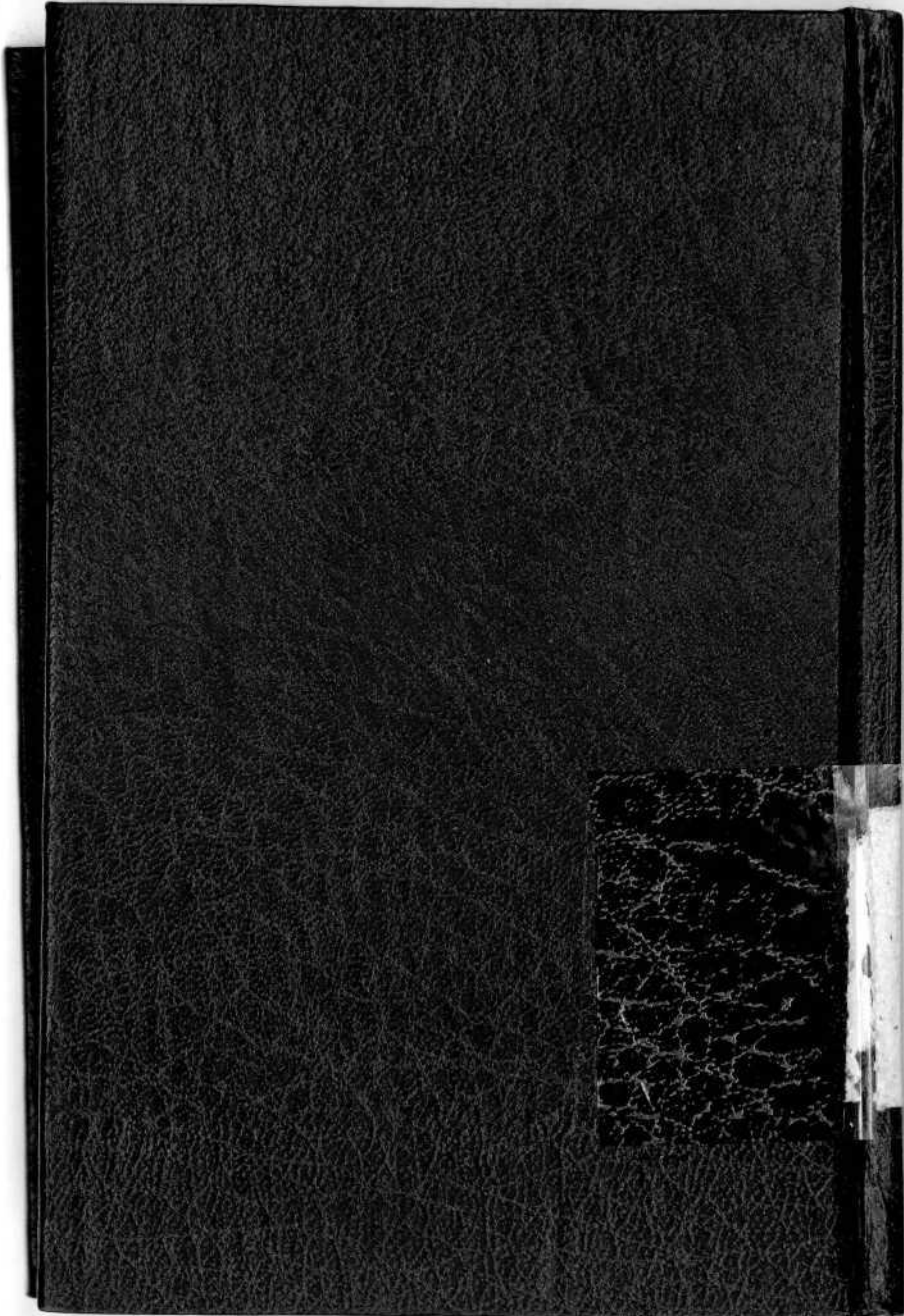
\* Volumen extra

FACILIDADES DE PAGO PARA LA ADQUISICIÓN DE ESTA COLECCIÓN, COMPLETA, O LOS VOLÚMENES QUE LE INTERESEN. SOLICITE CONDICIONES Y FOLLETOS EN COLORES











**SP - 3453**